

Comisión Nacional de la Feria del Libro

Eugenio María de Hostos

PAGINAS
DOMINICANAS

Selección de E. Rodríguez Demorizi

Segunda Edición



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

EDITORA TALLER. C. por A.

Santo Domingo. R. D.

1979

Eugenio María de Hostos
PAGINAS DOMINICANAS
Selección de Emilio Rodríguez Demorizi
Segunda Edición
Auspiciada por la Comisión Organizadora de la
Feria Nacional del Libro

Primera Edición: enero de 1964



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



1979, Editora Taller
Portada de Taller
Impreso en la República Dominicana
Printed in Dominican Republic

Taller, Isabel la Católica 309, Santo Domingo, República Dominicana

OFRENDA

Eugenio María de Hostos llega a Puerto Plata el 30 de mayo de 1875. Allí encuentra al Dr. Ramón Emeterio Betances; se hace amigo de Gregorio Luperón. El 5 de abril de 1876 se ausenta de la Villa de Isabel de Torre. Vuelve, esta vez a Santo Domingo, en marzo de 1879. Funda la Escuela Normal. En 1888 se ausenta hacia Chile. Caído Ulises Heureaux, llega a Santo Domingo, llamado por el Gobierno Dominicano, el 6 de enero de 1900. El 11 de agosto de 1903, muere. Aquí reposa. El 11 de enero de 1939 se conmemora en la República el Centenario de su nacimiento.

Hoy, con motivo de cumplirse el siglo de su llegada a Santo Domingo, en marzo de 1879, que coincide con la celebración de la Feria Nacional del Libro se reedita esta obra, de la Colección Pensamiento Dominicano, prenda de la dominicanidad de Hostos y de la devoción que le ha consagrado siempre el Pueblo Dominicano.

Comisión Nacional de la Feria del Libro

(Abril de 1979)



HOSTOS EN NUESTRO PASADO Y NUESTRO PORVENIR

Por Emilio Rodríguez Demorizi (*)

La ingente obra de Hostos en Santo Domingo fue de proyecciones tan altas y diversas que no es fácil empresa revelar los alcances que tuvo en las distintas esferas de las actividades nacionales (**). Esa labor se extiende desde el hogar hasta la escuela, desde el aula hasta el periódico, desde las ejemplarizadoras enseñanzas humanistas hasta el continuo y patriótico empeño

(*) Esta selección de páginas dominicanas del Maestro la hemos realizado gozosamente a solicitud del dilecto amigo don Julio D. Postigo, altruista Director de la Librería Dominicana. Estos escritos del Apóstol proceden de nuestra compilación *Hostos en Santo Domingo*, S. D., 1939 y 1942, 2 vols., 362 y 338 págs.

(**) En su revista *Letras*, Santo Domingo, 1918, el escritor Horacio Blanco Fombrona inició esta interesante encuesta: *¿Qué influencia tuvo Hostos en Santo Domingo?* Su resultado fue decididamente favorable a Hostos. Pero no se acometió entonces, como era de esperarse, la tarea de estudiar a fondo tema tan amplio y sugestivo. Ahora será más fácil agotarlo, en presencia de las abundantes publicaciones hostosianas recientes. Las contestaciones a la encuesta fueron escasas. Las de José Ramón López y Federico García Godoy aparecieron en *Letras*, núms. 92 y 93, de 1918. La de Fed. Henríquez y Carvajal fue reproducida en *Analectas*, S. D., vol. 5, núm. 3, de 1934, la admirable revista de Enrique Apolinar Henríquez. Algunas décadas después, en 1956, el diario *El Caribe* promovió otra encuesta, bien interesante aunque viciada por la política imperante. No obstante, quien quiso decir su verdad pudo decirla sin ninguna consecuencia. Los puntos del debate fueron: 1). La influencia de Hostos



en coadyuvar en la solución de los problemas del país, y en contribuir en toda forma posible al progreso moral y material de la República. Hostos fue, principalmente, por todos sus altos medios, mental y espiritualmente, un ciudadano en alma y cuerpo consagrado al bienestar de la Nación.

Con justeza decía José Ramón López que cuando Hostos llegó al país como un apóstol de la instrucción, la clase intelectual dominicana tenía eminentes representantes, hombres de singular talento, que podían ser gloria de cualquier nación, pero que lo que no había, y él trajo, era objetivos útiles, altos ideales humanos. Santiago Guzmán Espaillat llevó más lejos el elogio:

Si como maestro y pensador fue grande, como patriota fue el más grande de los dominicanos. Para librar a Quisqueya de los peligros que amenazan su existencia se empeñó en darle lo que le falta: un ideal de civilización que realizar.

Hostos no fue sólo el sabio Maestro, fundador de la enseñanza racional en la República, en victoriosa pugna con los caducos métodos coloniales de la época: fundó periódicos y colaboró asiduamente en tantos otros; formó la conciencia de algunos dominicanos ilustres, que fueron sus discípulos, tales como Francisco José Peynado, Luis Weber, Arturo Grullón, José Dubeau, Emilio Prud'

en la vida dominicana; 2) Significación de su laicismo en la trayectoria social del pueblo dominicano; 3). Se inspira aún la Escuela Nacional, según afirma el fenecido escritor M. A. Peña Batlle, en las ideas y sistemas del pensador antillano? Las contestaciones fueron recogidas en libro: *La influencia de Hostos en la cultura dominicana* (Respuestas a la encuesta de El Caribe), Editora del Caribe, S. D., 1956, 270 págs.



homme, Félix E. Mejía, Arismendi Robiou, Lucas Gibbes y otros de semejante calidad moral e intelectual; abrió el camino al fecundo magisterio de Salomé Ureña; enriqueció la bibliografía dominicana con sus obras fundamentales: las *Lecciones de Derecho Constitucional*, la *Moral Social* y la *Sociología*, que pueden ser consideradas como las primeras obras científicas producidas en Santo Domingo; nos dió a conocer en la América por medio de sus obras y de sus innumerables trabajos periódicos, cuando el nombre de la República sólo se conocía como ejemplo de disolución y de desorden y ya estaba perdida la gloriosa tradición de la antigua Universidad dominicana; contribuyó a la solución de distintos problemas nacionales, económicos, políticos, sociales, y casi siempre se le reconoció como un "ministro sin portafolio"; nos ligó todavía más a Cuba, en sus luchas por la independencia de la isla hermana; y a Puerto Rico, con los mas fuertes y extensos vínculos que existen entre esta y aquella isla; fue nuestro civilizador por excelencia; educó desde su hogar, modelo de hogares; la incomparable esposa compartía sus afanes de bien: ella formó sociedades de instrucción en Santo Domingo, ideó la supresión del juguete infantil de carácter bélico, sugestión acogida, mediante diligencia de la Delegación Dominicana, por la Liga de Naciones. La Sociedad de damas capitaleñas. *Escuelas Dominicales*, era presidida por la bondadosa Doña Inda. Maestro siempre, hasta en las exterioridades, la figura de Hostos no pudo ser menos sencilla que la de Sócrates ni menos dulce y grave, bajo el Olimpo de su frente, la luz de su palabra y de sus ojos. El mismo, pues, era viva lección.

El Maestro nos dió, en fin, gran parte de su vasta gloria, que ahora se difunde por el mundo y que al



crecer para él también crecerá para nosotros. Como afirma Pedro Henríquez Ureña, su obra fue extraordinaria: *moral e intelectualmente comparable a la de Bello en Chile, a la de Sarmiento en la Argentina, a la de Giner en España. Sólo el escenario era pequeño.*

El Nuevo Régimen, el excelente periódico de Rafael Justino Castillo y de Alberto Arredondo Miura, que fue de las mejores tribunas del normalismo, en su edición del 21 de abril de 1901 hizo el siguiente reconocimiento de los méritos del Maestro:

1º *que el país debe al Señor Hostos servicios que no le ha prestado ningún dominicano de nacimiento o de adopción en el orden intelectual, en el moral, en el social y en el político;*

2º, *que es evidente que antes de Hostos el dominio intelectual de los dominicanos era poco más o menos que el que correspondía a las enseñanzas del antiguo Colegio de San Buenaventura y al Seminario Conciliar, y que los hombres más ilustrados del país padecían de ignorancia constitucional (en el sentido patológico de la expresión);*

3º, *que antes de Hostos, la Pedagogía, el Derecho Constitucional, el Internacional, la Economía Política, la Sociología, la Moral teórica y práctica, independientemente de todo catecismo eclesiástico, eran cosas desconocidas o menospreciadas por nuestros sabios;*

4º, *que antes de Hostos y en el período de mayor esplendor de la enseñanza clásica, la instrucción que se daba en el país consistía, no en la adquisición de verda-*



des, sino en el aprendizaje de memoria de expresiones coordinadas en libros de enseñanza, independientemente de todo propósito de desenvolvimiento de ninguna otra facultad intelectual que no fuera la memoria;

5º, que antes de Hostos la disciplina escolar resultaba de las recompensas no siempre acordadas por justicia y del empleo de castigos corporales, muy propios para preparar a los niños a ser esclavos: la palmeta, el látigo, la postración de hinojos;

6º, que el Señor Hostos es aquí, y en cualquier parte del mundo, no solamente un poseedor de vastos conocimientos científicos, un sabio expositor de ciencias, sino un gran carácter, por todo lo cual es un gran Maestro.

A su muerte, hasta aquellos que no participaron de sus luchas reconocían el valer del sabio educador. El Lic. Augusto Franco Bidó se cuenta entre ellos. Su autorizado testimonio merece recordarse:

¡Ni Dios, ni Satanás! Ni por encima de nuestros próceres, ni por debajo de nuestros raros bienhechores. Ni ateo ni ortodoxo; sino una cosa mejor que todo eso: un ideal libremente altruista; un sentimiento más dulce, más elevado y más fecundo que sus fórmulas, sus medios y su tiempo... ¡Nos hizo bien, mucho bien! Educador competente y laborioso, nos ilustró desde la cátedra. Padre de familia ejemplar e intachable, nos educó desde el hogar bendito. Tal fue Hostos.

Considerable parte de la obra del Maestro, quizás la mayor, sus lecciones, prédicas y discursos improvisados no pudieron recogerse por su carácter oral. Así lo apun-



ta el Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, considerado por Don Félix Evaristo Mejía como el colaborador más inteligente y estudioso que tuviera el Maestro:

Sus artículos de periódicos, sus polémicas, sus grandes discursos, complementan de modo prodigioso la gran obra mental de Hostos durante los primeros ocho años que pasó en Santo Domingo consagrado a la enseñanza. Y nada es lo que de él decimos aquí, porque su gran enseñanza siempre fue mas bien hablada que escrita y lo escrito no expresa todò lo que ella fue.

Y en la actualidad, como señala uno de los más profundos conocedores de lá obra de Hostos, el Dr. Federico Henríquez y Carvajal, la influencia del Apóstol,

no obstante las alternativas de reacción efímera que ha solido oponerle el medio en días de regresiones menguadas o de mediocridades en boga, trasciende de continuo en todas las manifestaciones del progreso escolar dominicano.

Esas influencias trascenderán todavía más en diversos aspectos de la cultura patria, ya que ahora se está difundiendo mejor la obra escrita del Maestro y se le ha devuelto a su palabra, hasta ayer perdida en viejos papeles, inasequibles y dispersos, la vida y la unidad consagradorias de su perenne magisterio.

Esa enorme y proficua labor siempre estuvo animada por la invariable directriz de su ideal, por el cardinal objetivo de su vida; coadyuvar a la estructuración de una grande América en la que Puerto Rico había de formar, junto con Santo Domingo y Cuba, la ardientemente anhelada Confederación de las Antillas. A lo largo de toda su



obra, hablada o escrita, hay la declaración de ese propósito: antes de afirmarlo en su célebre discurso de 1884, en la investidura de los primeros normalistas, ya esa era la esencia de sus austeras predicaciones.

Los pobres de comprensión y de espíritu, voces solitarias que apocaron la obra de Hostos en Santo Domingo, no pensaron, seguramente, en lo que habría sido la juventud de la época sin sus nobles enseñanzas: más oscuro el caos, más profundas las tinieblas, más prepotentes las disolventes fuerzas del caudillismo, más pobres y desmembrados los frutos de la escuela, menos gloriosa la participación dominicana en la causa de las Antillas, menos grande y civilizada la República.

La vida de Hostos en Santo Domingo discurrió entre tantos azares, que parecerán increíbles las proporciones y la extensión de su obra si se considera el número de elementos adversos que se le opusieron. Las revoluciones que de continuo azotaban al país, agotando sus fuerzas, entorpeciendo todas sus actividades y dejando a su paso las más perniciosas influencias, eran, en primer término, los más graves inconvenientes que se oponían a la marcha regular de su obra, pero él seguía empeñado en ella, como el labrador que se obstina en sembrar su campo aunque lo invada la pertinaz ortiga y aunque lo azoten frecuentes vendavales. Tenía que luchar contra el rutinarismo y la ineptitud; contra los vicios de una sociedad que había sufrido todos los males que ensombrecen su historia; contra la pobreza económica de la Nación, sin recursos suficientes para facilitar su empresa educativa, necesitada de recursos materiales para desenvolverse eficazmente.

Cuando, en 1875, Hostos llega por primera vez a la República, pronto ha de entregarse a la angustiada defensa de los emigrados cubanos y puertorriqueños de



Puerto Plata, lo que le arrastra a mezclarse en la llamada *Evolución de enero*, de 1876, que produjo la caída del Presidente González. Y no bien acaba de iniciarse en el magisterio, cuando la certera previsión de una nueva revuelta le induce a dejar el país. Retorna en 1879, y no tarda en presenciar la revolución que derrocó al Presidente Guillermo. Durante la Presidencia de Meriño, de 1880 a 1882, en los primeros tiempos de la Normal, tampoco hay paz, sino a costa de lamentables fusilamientos. Nueva revolución. Meriño recurre a la dictadura como triste remedio a males peores; dicta el funesto decreto de San Fernando; combate la frustrada expedición militar de Cesáreo Guillermo, que termina en caudalsos y proscripciones. En el período presidencial de Woss y Gil, de 1884 a 1886, hay dos revoluciones. Al año siguiente se entronizaba la férrea y larga dictadura de Ulises Heureaux, y poco antes de ausentarse para Chile, en 1888, había otra revolución que, como siempre, terminaba con regueros de sangre, descrédito y miseria.

A su regreso a la República, en 1900, tampoco hallaría el Maestro la ansiada paz. Acababa de llegar cuando conmovieron el país la "cuestión dominico-francesa", el alzamiento de Perico Pepín en Santiago, y luego el brote revolucionario de San Francisco de Macorís. En 1901 ocurrieron otros sucesos que alteraron la paz: los conatos revolucionarios en el Cibao y en el Sur; la sublevación de La Vega; el alarmante incidente dominico-haitiano de Pitobet, que tuvo sus consiguientes consecuencias; los apasionantes debates del problema económico de la *Improvement*; y, además de todo esto, el recrudecimiento de las luchas del ultramontanismo y la incomprensión contra las ideas y los proyectos de reforma de Hostos. En 1902, otra revolución, la del 26 de



abril; caída del Presidente Jimenes; surgen las banderías políticas de *bolos* y *colúos*, y el Presidente Vásquez tiene que enfrentársele a la *revolución de la Línea* o de *los ocho meses*. La inaudita cuartelada del 23 de marzo de 1903, que reboseó todavía más de amargura el corazón de Hostos, fue la última vergüenza que presenciara. Pocos meses después descansaba de tan tristes espectáculos.

Para luchar en medio semejante, Hostos había de ser, como lo fue, según la justa expresión de Don Félix E. Mejía,

Nilo potente y caudaloso, arteria que se salía de madre en frecuentes y dilatadas avenidas por todo el valle del país, y al empuje de su masa pugnaba con penoso estuerzo por arrancarle abrojos y zarzales y dejarle en el limo las simientes.

No puede negarse que Hostos contó, en Santo Domingo, con elementos fervorosamente propicios a su reforma y noblemente adictos a su persona, como lo fueron Gregorio Luperón, Segundo Imbert, Eliseo Grullón, Salomé Ureña de Henríquez, Federico y Francisco Henríquez y Carvajal, Francisco José Peynado, J. Arismendi Robiou, y tantos otros; nunca fue tan amado ni en parte alguna se venera tanto su memoria; ni tuvo jamás, como aquí, tal legión de discípulos, "hijos de su alma", que le amasen con tan filial cariño: muchos le llamaban *padre*; a muchos él llamaba *hijos* (*). Si la fuerza de ese

(*) Del paternal amor de Hostos a sus discípulos hay elocuentes manifestaciones en sus cartas y artículos, especialmente en las páginas que escribió con motivo de la muerte de los normalistas Eduardo Carreras y José María Alejandro Pichardo (V. en el vol. I, pp. 99 y 199).



núcleo no tuvo la persistencia ni la vitalidad de los elementos que se le opusieron, hasta ese mal tuvo su indiscutible parte de bien: fue el valladar, la hostilidad que en vez de anonadarle le hizo más alto y más fecundo (*).

Ese estado de relativa oposición a la evolución de la cultura, no era privativo de Santo Domingo. Ya, desde muchos años antes y en país secularmente civilizado, Bacón señalaba los

reparos a la dignidad de la cultura, surgidos de la ignorancia, que brotan a veces del celo y suspicacia de los teólogos, otras veces de la aspereza y presunción de los políticos, y otras de los errores e imperfecciones de los hombres de estudio.

Y el Profesor Couant, Presidente de la Universidad de Harvard, al hablar de la "onda de anti-intelectualismo" que, según él, se ha precipitado sobre el mundo, declara que la anarquía intelectual ha prevalecido en los colegios norteamericanos por casi cien años y se pregunta si "no acabará nunca".

Lo que fue Hostos en Santo Domingo no es cosa que puede decirse ni apreciarse fácilmente. Todavía no se ha cumplido el voto poético de Penson:

...en el confín distante
que lira de oro al porvenir lo cuente!

*

De Bolívar se ha dicho que tiene mucho que hacer en la América todavía". De Hostos debe afirmarse que no

(*) Era tal la autoridad de que gozaba aquí la palabra del Maestro, que el historiador nacional D. José Gabriel García decía, en una nota inédita, que conservamos, lo siguiente: "¿Por qué no será un extranjero quien se dedique a escribir sobre las cosas de esta tierra, para que sus trabajos merecieran más crédito y fueran más honrados? Hostos debió ser el historiador dominicano!".



ha terminado aún su obra en Santo Domingo, en las Antillas, en el Continente. Su palabra rediviva, por tantos años apagada y dispersa, descenderá otra vez desde su alta cátedra en busca de conciencias. Todavía puede aprovecharse la voz del sabio. Todavía quedan por hacer muchas cosas que él quiso que se hicieran. Todavía la conciencia dominicana no es lo que él quiso que fuese: luz de verdad, de bien y de progreso. En realidad, su vasta empresa, iniciada en tiempos de oscurantismo, y rota aquí por el destierro y luego por la muerte, no deberá aceptarse sino como un punto de partida, desde el cual urge reemprender la jornada hacia el objetivo señalado por él; *civilización o muerte*.

Y en esa larga senda que los inertes, los apáticos, los retrasados, los malévolos y los egoístas convierten en viacrucis, el Maestro será creciente y poderosa luz, diáfano abrevadero de doctrinas en que ha de fortalecerse el civismo dominicano; sementera de enseñanzas morales para dignificar la educación y forjar "hombres de razón y de conciencia"; luz, también, que ha de encenderse de nuevo para ser guía en esa inaudita utopía de ayer y de hoy que será, quizás en no lejanos días, la más alta aspiración política "que conciencia y razón, deber y verdad, señalan como objetivo final de nuestra vida" en los pueblos del Caribe: la Confederación de las Antillas. El Maestro quería que Santo Domingo fuese "la nación generatriz de la gran nacionalidad antillana". En ella, Santo Domingo tendría el sitio glorioso señalado por el Apóstol. Entonces, en las nuevas islas helénicas, en las islas fraternas, junto a los padres de las pequeñas patrias se alzarían las altas figuras de los padres de la Patria Mayor: Hostos, Betances, Martí, Máximo Gómez, Luperón.



En las tumbas egipcias —dice José Ramón López, en su cálido elogio de la obra del Maestro— se han encontrado granos de trigo de más de dos mil años de edad, que germinaron lozanamente como si acabaran de desprenderse de la espiga. De esa vitalidad maravillosa es la simiente que sembró Eugenio María de Hostos en la República Dominicana, y ella germinará y seguirá germinando en el pensamiento dominicano, hasta que excediendo en número y vigor a las ideas morbosas, haga de este pueblo uno de los de mentalidad más saludable de la América.

¿Qué más se quiere? Esto será el venerable Apóstol en la tierra que le sirve de amorosa sepultura. ¡Las ilusiones del alba son realidades al mediodía o a la tarde!



POR EL BIEN DE LA REPUBLICA

EL HORIZONTE DE SANTO DOMINGO

También Santo Domingo mira hacia adelante, y acordándonos de la noble isla y pensando en ella, hemos escrito mucha parte del artículo siguiente (*).

Si nuestros deseos pudieran ser ejecutivos, haríamos sin vacilar lo que pensamos, y no habría designio, aspiración, esperanza de aquel pueblo hermano, que no cupiera en nuestra acción.

Para nosotros, Puerto Rico y Santo Domingo y Cuba no son pueblos diferentes. Ante nuestro afecto, son hermanos. Ante nuestra razón, son colaboradores indispensables de la misma obra.

La obra es la civilización: el punto inicial de la obra, la autonomía de nuestra raza en el archipiélago. Para asegurar la obra es necesario asegurar la autonomía. En Cuba se combate por ella. En Puerto Rico se tendrá que combatir por ella. Cuando Báez y los anexionistas de la actual Administración de los Estados Unidos conspiraban contra ella en Santo Domingo, la misma pluma que hoy funda en la autonomía, es decir, en la

(*) *Variaciones sobre un tema universal*, inserto en el mismo número de *El Mundo Nuevo-América Ilustrada*, (Vol. VI, 102, New York, 15 marzo, 1875), en que aparece el presente artículo.



independencia absoluta de nuestras islas, el porvenir común de todas ellas, defendía en 1870 la de Santo Domingo.

Independientemente del cariño hacia aquel pueblo hermano, nos movía entonces la misma previsión que ahora nos mueve: la previsión del porvenir común.

Mejores días los actuales para la isla querida que ocupa el centro del grupo principal de las Antillas, debemos asociarnos a la obra de reorganización, y vamos a estimular las excelentes ideas que embargan hoy a aquel pueblo y su gobierno.

Depuestas las animosidades que habían posibilitado el régimen arbitrario; asegurada la paz, no sólo en la actitud patrióticamente conciliadora de todos los hombres de influencia, sino en el convencimiento del pueblo, se ha presentado por sí mismo el horizonte que por tanto tiempo ha estado sonriendo inútilmente a los dominicanos.

La isla es todavía la misma tierra virgen que Colón y las Casas, los más dignos de admirarla, admiraron con expresiones inmortales de alborozo. Reino vegetal, animal, mineral, humano, todo está allí en el estado de naturaleza en que el estadista de ciencia y de conciencia querría encontrar las sociedades y los territorios que hubiera de poner en movimiento. La isla que produjo a los Bonilla y los Valverde, que dió héroes como los conquistadores de la Independencia, que ha dado a Cuba a Máximo Gómez, Modesto Díaz y Marcano, que ha dado a Puerto Rico algunos de los administradores probos e inteligentes que han logrado caber en la infame administración colonial; que ha dado el Padre Meriño a Venezuela; que tiene en los González, los Cabral, Lupe-rón, Pimentel, en descendientes de Bonilla y de Valverde, esperanzas que fructificarán para bien de la desventu-



rada isla, no es por cierto una tierra en que la especie humana haya dejado de tener representantes dignos. Mas cuando hablamos de una sociedad, no podemos caracterizarla por las individualidades que han dado fruto o lo prometen, sino por la suma de trabajo físico y mental, de progreso orgánico y moral que ella misma en conjunto representa; y como la noble isla no ha tenido un solo día de reposo, y la fuerza ha prevalecido hasta ahora sobre la inteligencia, sobre el trabajo, sobre los sentimientos fecundos del hogar, se puede afirmar que tan intacto vive en ella el reino humano como vive el vegetal.

Lejos de retraer, debe esa integridad primitiva de la sociedad dominicana atraer, impulsar y alborozar a los encargados de dirigirla. Todo es primitivo, y por eso deben estar en estado de naturaleza las virtudes humanas que tantos esfuerzos vanos cuesta conseguir artificialmente a las ciencias que se ocupan de las sociedades. El pueblo dominicano es hospitalario, sencillo y generoso: amante de su patria y decidido defensor de ella; necesariamente laborioso, porque es enérgico; orgánica, instintivamente capaz de la más positiva de las virtudes económicas, el ahorro, porque es sobrio y temperante.

Estas virtudes espontáneas, que ni la educación más previsora y a veces ni la misma virtuosa libertad logran inculcar activamente en la conciencia de pueblos más experimentados en la vida, bastan para encaminar a los gobernantes y a los legisladores de Santo Domingo, y sobran para desarrollar en la sociedad dominicana las aptitudes que indica para la paz, la libertad y la civilización moral e intelectual.

Un pueblo hospitalario no puede ser enemigo del extranjero; un pueblo sensato no puede tener desconfianza de los que vayan a ayudarlo en su trabajo; un pueblo



de sentimiento generoso no puede tener envidia de la prosperidad y la riqueza que otros consigan de su propio trabajo o de su propio ingenio. Por lo tanto, el pueblo dominicano está en la mejor aptitud para recibir inmigraciones abundantes, y esas inmigraciones, vayan de donde vayan, crean lo que crean, tengan las costumbres que tuvieren, son la necesidad capital de la isla.

Un pueblo patriota y denodado no puede contemplar el bien de la patria en la guerra demoleadora o en el desordenado gobernar de un tiranuelo, ni puede carecer de la virilidad necesaria para defender su libertad contra los atentados de sus malos ciudadanos. La paz, basada en la libertad interior, es el elemento capital de vida. Tiene aquel pueblo dos de las condiciones indispensables para asegurarla: basta, para conseguirlo, educar en la paz y en la libertad a ese pueblo.

Los dominicanos han probado en el breve período que precedió a la malaventurada anexión de España, cuán laboriosos cuán activos y cuán hábiles son para el trabajo. Aún cuando no hubieran tenido tiempo de probarlo, cualquier aprendiz de sociólogo descubriría en un pueblo que ha combatido mucho una gran actividad orgánica y una gran necesidad de satisfacerla: los torpes o los frívolos que juzgan ineptos para el trabajo a los pueblos latinoamericanos que combaten mucho, no merecen enseñar a nadie, porque necesitan aprender a observar y conocer el ser humano: todos esos pueblos denotan sus aptitudes precisamente en lo que al parecer las niega; pero como *son aptitudes mal dirigidas*, que nadie ha sabido o se ha cuidado de dirigir, la actividad que debió emplearse para el bien, la utilizó el mal. Teniendo el pueblo dominicano la actividad en que se fundan los bienes del trabajo, de la libertad y del progreso, sólo falta dirigirla.



Los dominicanos son sobrios: deben tener la virtud económica que más sirve a la producción de la riqueza y a la constitución de individualidades independientes: esa virtud es el ahorro. Basta que se lo den a conocer en su origen, en su proceder, y en sus frutos, para que lo aplique. Las cualidades virtuosas de las sociedades no se desarrollan solamente por medios morales. Los medios materiales contribuyen, más accesibles como son, a más rápidos efectos favorables.

Si se aumenta por inmigración la población de un país; si por medio de ferrocarriles se aumentan la producción, el tráfico y la comunicación; si por medio de obras de piedra o de ladrillo o hierro se aumentan las facilidades del comercio; si por medio de un establecimiento de crédito se multiplica la actividad comercial y la industrial; si por medio de una caja de ahorros se multiplica insensiblemente el capital del pobre; si por medio de comunicaciones telegráficas y marítimas se aumentan las relaciones directas entre países remotos o vecinos; si cultivando caña, café, tabaco, cereales, legumbres, flores, se aumenta el valor de las tierras rústicas o urbanas; si explotando minas se aumenta la riqueza social; si creando o trasplantando industrias se aumenta la prosperidad colectiva; en suma, si cultivando todas las formas del trabajo, y fomentándolas por todos los medios materiales se producen bienes físicos y orgánicos, que se cuentan, se valúan, se computan y se pesan ¿son bienes exclusivamente materiales los que se consiguen? En general, el trabajo es razón determinante de tres bienes morales: la moralidad, la libertad, el orden.

La inmigración significaría para Santo Domingo, no sólo el bien material del aumento de población, de trabajo y de producción, sino el bien moral del perfeccionamiento del trabajo. Un ferrocarril significaría movilidad



de productos, que es un bien material, además de aumento de relaciones personales, que es un bien moral. La mejora del puerto de la capital o de Puerto Plata significaría una ventaja inapreciable para el tráfico marítimo y una serie de estímulos para el embellecimiento de cada una de esas ciudades, bien material el uno, bien material-moral el otro. El establecimiento de un banco de emisión y descuento significaría una simplificación que no se calcula ni se discute, y el destronamiento de la mala fe en las relaciones comerciales: el bien material va adjunto al moral.

Todas estas empresas, que nosotros hemos deducido como deberes de los actuales gobernantes y de los legisladores de la buena isla, para desarrollar y poner en actividad las virtudes que por su mismo carácter hemos inducido en el pueblo dominicano, son empresas proyectadas.

Si hemos de creer a la persona fidedigna a quien debemos las noticias de Santo Domingo con que nos ha regocijado, esas empresas están pasando de proyecto a hechos. Parece que el establecimiento del Banco es ya seguro, y que la inmigración no lejana de algunos centenares de familias italianas, es un hecho próximo.

A medida que tengamos datos sobre el muy anhelado desarrollo de la paz y de la prosperidad en nuestra isla hermana, iremos cumpliendo con el deber de comentarlos.

Por el momento, consiéntasenos que recordemos a nuestros hermanos de Santo Domingo, que la primera de todas las reformas sustanciales y el más enérgico de los pocos libertadores que tienen las sociedades, es la educación común y universal. Edúquese, edúquese, edúquese al pueblo y a los niños y a la mujer; a la mujer y al niño y al pueblo.



Nuestros hermanos de Puerto Rico y Cuba, se nos dice, están siendo dignos auxiliares de los dominicanos. Reciban mil estímulos, y sepan que cuanto hagan por la isla hermana lo hacen por Puerto Rico y por Cuba. Todas ellas tienen el mismo horizonte, y tan bueno y tan patriótico es contribuir a devolver al esplendoroso horizonte de Santo Domingo su esplendor, como a dar a nuestras patrias inmediatas el que ellas tendrán en lo futuro.

(1875).



NOTAS DE VIAJERO EN PUERTO PLATA

Ya hacía mucho tiempo, mucho tiempo, que sólo con la vista anhelante del deseo veía yo la tierra y el sol de mis Antillas, cuando en la alborada del último día de Mayo de 1875, vi con los ojos mismos que tanto mal han visto, aparecer magestuosamente, en uno de los puntos cardinales, el bendecido sol, en otro de los puntos cardinales, la bendecida tierra que hacía mucho tiempo, mucho tiempo, no había visto.

No fue por complacer mi patriotismo, no fue por lisonjear mi orgullo de hijo, por lo que el sol de las Antillas apareció tan radiante, por lo que aquella tierra de las Antillas se presentó tan encantadora ante el sediento de su luz primera y de la primera memoria de su infancia. El sol y la tierra tienen en las Antillas la santa costumbre de ser continuamente lo que siempre han sido. Es lo único que no cambia en aquellas latitudes, por ser lo único que no ha sido educado por España.

Inmutables, el uno en su esplendor, la otra en su belleza, se presentaron como son y como fueron. Ni el espectáculo del mal ha empañado la luminosa sonrisa del que todo lo ha presenciado, ni la experiencia del dolor ha marchitado la belleza de la que todo lo ha sufrido. Integro en su magestad radiosa el sol de las Antillas, intacta la tierra de las Antillas en su tenaz virginidad, los cuatro siglos de injusticia contemplados por el uno, sufridos por la otra, no han logrado alterar lo



inalterable; y como aparecieron ante Colón maravillado, así reaparecieron ante mi alma conmovida.

Dulcemente conmovida: que también el alma es tenaz en su capacidad de bien, y nunca tanto como después de un largo espectáculo del mal. Era un bien para mí la presencia real del pedazo de mundo que más experiencias de males me ha costado: era benéfico y dulce y placentero el efecto que sentía. Pero si el sol que contemplaba era el mismo de mis primeros días, no era aquella la tierra de mi infancia. Un horizonte detrás de otro horizonte la ocultaba a mi vista y a mi anhelo: delante, el horizonte que se ve; detrás el horizonte que se busca; allá, la oscuridad de la distancia; más allá, la oscuridad del porvenir.

Suspiro al recordar, no suspiré al pensar. Sombras y tinieblas envolvían el sol y la Isla que, desde antes de alborear, me había puesto a pedir al horizonte oscuro; y de las sombras de la noche había salido el sol, y de las tinieblas del espacio había salido la Isla. "Así saldrá de las sombras de hoy", pensaba entonces, "así saldrá de las tinieblas del presente, la idea siempre oculta detrás de los horizontes del espacio y detrás de los horizontes del deseo".

Desde aquel día, un año más: uno más en el tiempo, uno más en el esfuerzo, uno más en el duro sondeo del alma humana, uno más de sonrisas de desdén, uno más de sarcasmos de dolor,— y aún sigue escondida detrás de sus tinieblas invencibles, la idea perseverante y encarnizadamente perseguida. Razón hay para el suspiro.

Pero cualquier mercader puede atreverse a pensar que no hay razón para empezar con suspiros de conciencia, y mucho menos con los de una conciencia elegiaca, una simple narración de viaje. Y como es posible que yo



acabe por hacer almoneda de ideas y sentimientos, empiezo a proporcionarme mercaderes. Con ese fin allá va la narración rapada.

Antes de la aurora,— puesto que dije: “en la alborada,”— me había levantado y puesto en la cubierta del buque de vapor en que viajaba, a esperar la salida del sol y la aparición de la tierra hacia donde me dirigía. No eran las cuatro de la mañana, y era el día 31 de Mayo.

Una de las cosas en que se puede conocer la enorme distancia a que están de la poesía intrínsecamente americana los poetas extrínsecamente europeos que (con excepciones, claro está) malpare a millares la tierra latino-americana, es lo incapaces que esos señores se han mostrado de apreciar y sentir y bendecir en versos vigorosos la atmósfera perfumada, la brisa deleitosa, el *terral* redivivente de nuestras Antillas. No siendo poeta, me es lícito entonar himnos silenciosos a lo que realmente es bueno, y siempre que me he aproximado a la Isla esclava (la poblada por unos colonos que podrían ser puertorriqueños, a la Isla heroica (la honrada por sus hijos los dominicanos), o a la Isla mártir (la redimida por los que saben ser cubanos), siempre he bendecido con exclamaciones de gratitud el aliento embalsamado que respiran esas tierras.

Embalsamado es un adjetivo sensual: el aliento de esas tierras es *virginal*. Exactamente lo mismo que embriagan las exhalaciones de la virginidad sexual, así las de aquellas tierras siempre vírgenes: ni el sentimiento, ni la imaginación, ni los instintos se sustraen, en el primer caso, a la embriaguez; no los sentidos, no la fantasía, no la afectividad, en el segundo: mezcla en ambos, de sollicitaciones materiales y morales de deliquio, en ambos es idéntico el efecto. Somos sentidos, y tenemos el sentido



exterior de las emanaciones incontaminadas; somos conciencia, y tenemos el sentido íntimo de la pureza inmaculada. Nos aproximamos a una de aquellas tierras; se baña en su perfume sin olor toda la atmósfera, y a la vez que los pulmones se deleitan, el ánimo se enajena de alegría.

Deleitando mis pulmones, enajenando de alegría mi ánimo, complaciendo mis sentidos, reconfortando mi organismo, avivando mis facultades, la brisa bienhechora de las Antillas quietó en aquella alborada venturosa las impaciencias de la espera, y pude esperar la aparición del sol y de la tierra.

Una por una se apagaron despacio las luces compañeras de la noche; se había borrado la huella centelleante de la vía láctea; iba sustituyendo un azul transparente al azul impenetrable de las noches antillanas; el horizonte oriental empezaba a ser visible; repentinamente dejaban de serlo hacia occidente las estrellas de primera magnitud, y ya no quedaba en la bóveda celeste otra luz que la azul del primero y último lucero, cuando el traslúcido horizonte del oriente transmitió los ardientes colores de la aurora, y todo se coloró en el firmamento y en el mar.

En el límite oriental del firmamento estaba el sol; en el límite occidental del mar apareció una isla. El sol era el que ilumina a las Antillas; la Antilla que iluminaba era Quisqueya.

Fue la segunda que descubrió Colón y es la segunda en superficie; fue la primera que España colonizó y es la primera que ha perdido; el amor de sus hijos primeros la dividía con dos nombres líricos — *Haytí, Quisqueya* —, en dos porciones igualmente queridas; y el odio de sus torpes conquistadores la ha dividido en dos secciones igualmente dramáticas. La una de esas seccio-



nes se llama Santo Domingo, el santo de las hogueras de carne humana, siniestro emblema de la colonización de España: la otra sección conserva uno de los nombres primitivos, el de Haytí, y el recuerdo de la barbarie primitiva de los conquistadores franceses. Santo Domingo es la sección oriental de la Isla; Haití la occidental. El drama de la una empezó el día mismo del descubrimiento, continuó desde el primer momento de la colonización, continúa aún: primero, el indígena engañado y destrozado; después, los colonos desoidos y enjaulados en las rejas del despotismo colonial; todavía la herencia maldita, la maldecida herencia del coloniaje esclavizador, embrutecedor y corruptor. El drama de la otra sección empezó con Anacaona esclavizada, envilecida y ahorcada; continuó en la lucha de los usurpadores franceses contra los usurpadores españoles, y culminó en el horrendo, pero en el legítimo, en el justo, en el heroico predominio de esclavos contra amos.

Infortunada ha sido la Isla; pero ha sido fuerte: la han malogrado; pero se ha vengado: la han obligado a tener una historia trágica; pero ella ha sabido hacer que la justicia sea la sangrienta moral de su tragedia. Con los dominicanos arroja dos veces de su seno a España injusta: con los haitianos aniquila para siempre la esclavitud inicua.

Muchos dolores ha sufrido, y muchos tendrá que sufrir la pobre Isla; pero mientras haya una razón deferente a la verdad, y una conciencia indiferente a todo, menos a la justicia, no siempre sufrirá la predilecta de Colón el dolor de verse escarnecida y mal juzgada. Bastará decir la verdad, para hacer a todos los ojos tan interesante, como es la Isla, en su pasado, en su presente y en su futuro. Bastará hacerle justicia, para descar-



gar las abominaciones que hoy caen sobre ella sobre otra cabeza criminal.

Posible es que al intentar el desagravio, me encuentre con opiniones tan vacías como era y seguirá siendo la cabeza de un mi compañero de viaje, que se asombraba de la encantada atención con que yo contemplaba la costa de la Isla. Pero no por eso dejaré de hacer lo que creo bueno, así como no por que me zumbara al oído el rumor de uno de tantos, dejé de admirar las elegantes proporciones, la belleza magestuosa y las encantadoras perspectivas de la Isla.

Es ella en extremo montañosa, y a la altura de Monte Cristi en que estaba nuestro buque, todo el grupo 3º del sistema dominicano (*) se presentaba a nuestra vista. Debajo de los 1,220 metros de *Diego de Ocampo* se empinaban Muraso, Guanábana, la Cumbre, y más allá, y más alto, entre nubes flotantes que resplandecían como nieve sobre el azul-cobalto de los montes, señoreaba Pico del Norte. Las inflexiones del terreno, la gradación desordenada de los planos, la extraordinaria combinación de austeridad y placidez en el paisaje; la frecuencia de contrastes parciales en medio del contraste general de aquellas moles amontonadas en lo alto, con aquellas florestas amontonadas en la playa: el continuo circular de nubes blancas por los senos oscuros de la Sierra; el continuo romper de ondas verde-mar sobre los arrecifes negros; el azul inefable del firmamento, la indefinible delicia de la mañana tropical, aquel baño de vida de la brisa, la inundación interior de sensaciones reales, de emociones fugitivas, de recuerdos claro-

(*) Se considera dividido en 10 grupos el sistema de montañas de la Isla. Ya se sabe que todos esos grupos pertenecen al sistema antillano, cuyo núcleo está allí, y no en Cuba.



oscuros, de reflexiones agri-dulces, todo contribuía a hacer voraz la vista para el espectáculo exterior, viva la atención para la actividad interior.

Pero en el mar no es posible prolongar por mucho tiempo un estado moral que se haya originado de una asociación de ideas con una escena de la naturaleza; la escena cambia a cada movimiento del buque, y el motivo de reflexión o de tristeza o de alegría se disipa.

El buque orzó, cambió la escena, y disipándose el motivo de tristes reflexiones, solicitó mi atención una nueva perspectiva.

Era risueña. Allá, en la lejanía, se levantaba, domi-nándolo todo, una cumbre iluminada por el sol. Unida a ella, como los eslabones se unen a los eslabones en una cadena de filigrana, descendía hasta la orilla del mar una serie de colinas, cuyas formas puntiagudas cónicas o piramidales, producían en el claro azul del horizonte el juego de formas y de luz que más encanta por ser el que más esfuerzo cuesta para describir y el que más espontáneamente enseña la naturaleza a todos los amantes de lo bello. Detrás de aquella cadena de colinas, una cadena de montañas más lejanas, que, a no distinguirse por la forma peculiar que las caracterizaba, solo hubieran parecido un enorme macizo de color azul. Desde la orilla del mar hasta el límite mismo de las cumbres más cercanas, una cadena vegetal, que empezaba en el cocotero estimulante y que, en medio de masas indiscernibles de enormes vegetales, concluía en el pararrayos de la palmera que, allá en la eminencia, gallardeaba su luciente estrella vegetal. Detrás de aquel escenario encantador estaba Puerto Plata. La colina más elevada era *Isabel de Torres*, objetivo de todos los marinos que van hacia aquella parte de la Isla, y objeto de admiración



continua para los que, viviendo en la ciudad y en el vasto contorno que domina, tienen ojos infatigables para lo que no se cansa de ser bello.

Estábamos ya próximos al término del viaje. Pocas millas más, poco más de una hora, y la sensación deprimente de lo desconocido iba a sustituir a la excitante emoción de lo bello nuevo. Era triste el objeto de mi viaje: ignoraba que allí había yo de conquistar algunos de los mejores amigos de mi vida; solo sabía que, habiendo allí muchos hermanos míos ante Cuba-Puerto Rico, *tal vez* no estaría solo conmigo mismo al poner en tierra el pie, y trataba de prolongar hasta el último momento la admiración candorosa de aquella naturaleza siempre amable y la dulce evocación de la infancia siempre amada.

Mas como la realidad no consiente dilaciones, y espolea al lento y azota al que la esquivo, no tuve más remedio que dejar de extasiarme en la naturaleza para asociarme al interés y a los sentimientos de los hombres que me rodeaban y que a cada momento me llamaban a consideraciones menos vagas. Ibamos a un lugar de la tierra donde, como en todos los lugares de la tierra, hay otros hombres, otras mujeres, otros niños de todas edades, hay usos y costumbres, cosas que aprender, cosas que ridiculizar: el tema de las conversaciones era ese. Ibamos a una ciudad que muchos de nosotros no conocíamos, y en donde, como en todas las ciudades conocidas, era probable que se comiera, se bebiera y se vivieran: el objeto de casi todas las preguntas era ese. Ibamos al laberinto de preocupaciones, errores, intereses y pasiones que son todas las tierras habitadas, y los expertos que antes habían recorrido el laberinto y que podían servir de guías, se espontaneaban a prestar el



servicio: ese era el sentido de las respuestas y de las instrucciones que se daban. Según el feriante, así la feria. Para unos, aquel era el peor de todos los países habitados. Para otros, ningún país tan habitable como aquel. Muy agradable para el uno la ciudad. El otro no podía soportarla. Los fundamentos de juicios tan contrarios estaban en razones tan sólidas como éstas: "Qué, hombre, si ahí no puede uno hacer cien mil pesos ni en diez años!" "Pues yo, bien gano ahí lo que no he ganado en otra parte". "Y luego, vea usted: un país en donde uno se divierte como en Nueva York". "Pero se divierte uno como en Puerto Plata".

En cuanto a las condiciones reales de la vida civil, política y económica; en cuanto al origen de las peculiaridades de esa vida; en cuanto a las causas del mal o del bien que exageraban, ni una sola palabra. Ni una sola que demostrara en aquellos contrarios o partidarios del país, el más leve sentimiento desinteresado o el más tímido conato de consideraciones que no fueran egoístas. Cada cual veía las cosas con sus dos ojos pequeños y al través del enorme cristal de su interés. Y para desgracia de toda nuestra pobre América Latina, como de todos los países en donde es lento el movimiento del progreso o en donde las solicitudes de la vida no salen casi nunca del círculo de las solicitudes del egoísmo individual, esos los ojos, esos son los cristales con que se mira a esos países.

Ya estábamos a dos pasos del en que íbamos a desembarcar, y a la vista de la ciudad de Puerto Plata.

¡Qué pintoresca ciudad, y qué admirable situación! Para hacer de ambas un retiro de filósofos y un paraíso de poetas, no falta otra cosa a la ciudad actual, sino algunos hombres que, procedan de donde quieran, nati-



vos o vecinos de ella, tengan ojos un poco más grandes para ver las cosas, y cristales un poco más pequeños para su interés individual. Así sabrían ver todo lo que les hace falta, mirar al interés de todos, confundir con éste el de cada uno, asociar toda esa masa de intereses, y, en vez de edificar en lo ruinoso para lo transitorio, construir en lo sólido para lo permanente. Pero, como a primera vista, la linda ciudad parece un nido, casi todos son allí aves de paso.

Las aves de paso salen siempre graznando del hoyo de arena, del hueco de roca, del tronco de ceiba o del paraíso desierto en que pernoctaron. Eran tan pocas las personas a quienes yo había oído decir nada bueno de la ciudad, que, al verla tal cual es, un grupo de casas pintorescas entre un grupo de palmeras y vergeles, exclamé como he exclamado al recordarla: "¡Qué pintoresca ciudad, y qué admirable situación!" Está situada al pie del *Isabel de Torres*, y siguiendo sobre las ondulaciones del terreno, cuantos movimientos de perspectiva le imponen los declives y los accidentes del suelo. Interrumpida al norte por la cadena de colinas que la domina, y al Sudeste por el mogote desnudo en que cierra el puerto, la población tiene dos playas; la del puerto y la que al Sud limita su desarrollo. Desde el puerto hacia el fondo de la ciudad, el terreno se eleva en una pendiente que concluye por dominarla: aquella eminencia, casi exclusivamente habitada por cubanos, se llama *Cuba libre*. Desde la playa meridional hasta la falda de *Isabel de Torres*, la población se eleva y se oculta en una serie de declives. Por el lado del mar, un baño continuo de brisa; por el lado del cerro, salutíferos efluvios continuos de la selva intacta. Sentada en aquella pendiente con los pies en el mar, con la frente bajo una



bóveda de plantas, con extremidades irregulares que ya se extiende hacia el camino de Santiago, ya hacia el de Sosúa, así está la tranquila Puerto Plata. Vista desde el mar, es un conjunto irregular de casas, superado por tres grandes edificios; y una serie de palmeras y de huertos interiores que domina y atenebra la masa negra y alta de la selva que, de pies a cabeza, cubre la colina.

La abundancia de palmas y otros árboles en el interior y en el exterior de la ciudad, concierta de un modo tan pintoresco con el aspecto primitivo del bohío indígena y con las construcciones de arquitectura colonial, y el color verde oscuro y verde claro de los vegetales y los montes contrasta de una manera tan efectiva con el vivo color encarnado de los edificios y con el color serpentino de muchas techumbres, o con el blanco-amarillento de muchas fachadas de mampostería, que es imposible dejar de experimentar el agradable efecto que yo sentí, cuando al doblar el mogote de la entrada, y al alejarse del fuerte ruinoso que lo domina, el buque fondeó frente a la ciudad

(1875).



UNA LECCION DE ECONOMIA POLITICA EN UN PLANO DE FERROCARRIL

El Sr. Castillo, ingeniero de caminos, puso no ha mucho a nuestra vista el plano de los trabajos preliminares que recientemente hizo para el trazado de la vía férrea que se proyecta entre Samaná y Santiago.

Pudiéramos entretenernos en ponderar la excelencia del plano como obra de arte, y la prueba de asidua laboriosidad que ha dado el ingeniero al hacer en un sólo mes el cuantioso trabajo de inteligencia y diligencia que hace patente el plano. Pero es preferible examinar desde otro punto de vista ese trabajo.

Mucho celebraríamos que de ese plano se hiciera en los E. U. una tirada litográfica; de ese modo, lo que vamos a decir podría considerarse como comentario del trazado.

Lo que esto representa es todo el desarrollo de aquella parte de La Vega Real comprendida entre las hoyas del Yuna y del Yaque.

A simple vista se ve que el terreno ofrece poquísimas dificultades para la construcción de la idea; una extensa tembladera, o pantanos continuos, en las cercanías de Samaná; no mucho más lejos, un núcleo aislado de colinas; acá y allá, grietas más o menos hondas que ha abierto el impulso de las aguas, eso, y una red soberana de corrientes, en que llaman al agricultor los arroyos



más modestos y el más vasto caudal de agua, son los obstáculos que la naturaleza opone allí al ingeniero. Mas como ni las tembladeras, ni las colinas, ni las zanjas naturales, ni torrentes, ni ríos, ocupan los espacios todos del terreno, el ingeniero no ha necesitado al trazar, ni necesitará al construir el ferrocarril, hacer esfuerzos de ingenio para salvar esas dificultades; las mayores y más frecuentes, que son las opuestas por los recursos del agua, con los no muchos puentes indicados en el plano quedan obviadas; con faldear la colina principal del grupo montañoso, basta. De modo que la construcción de la vía es muy fácil, y los gastos no pueden pasar de un millón y medio de pesos, y pueden reducirse en 30%, cuando menos, si se opta entre la vía ancha, la angosta, por la angosta. De todos los ferrocarriles hasta ahora construidos en la América Latina, sólo el del Rosario o Río IV, en la República Argentina, o el que me parece impropriamente llamado del Oeste, en la misma República, pueden comparar los fáciles terrenos que recorren la locomotora entre Samaná y Santiago. Allí la pampa, aquí la vega, parecen predestinadas a los rieles; casi no hay más que tenderlos sobre el suelo.

Aún cuando el Sr. Castillo no ha indicado en su precioso plano la pendiente que haya entre el punto de partida y el *terminus* de la vía que ha trazado, se pueda inferir de la disposición topográfica de la cuenca a que el dibujo se refiere, que la pendiente es insignificante.

Si sólo nos hubiéramos propuesto alabar la obra del ingeniero cubano o demostrar la posibilidad de la empresa, o estimular a ella a cuantos por interés nacional o personal deseen ese ferrocarril, aquí habríamos concluido; pero es más extenso nuestro propósito, y lo cumpliremos en artículo o artículos sucesivos.



II

El Doctor Velez Sársfield, uno de los verdaderos hombres de Estado de la República Argentina, hoy muerto y entonces Ministro del Interior, se manifestó asombrado cuando, recorriendo juntos el trayecto de ferrocarril que inaugurábamos en 1873, —él como miembro del Gobierno y yo como viajero—, me oyó decir:

“Dichosos los que disponen de la pampa solitaria y despoblada que acabamos de recorrer”. —Por qué?, me preguntó.— Porque representa siglos de trabajo por hacer. Mientras la República tenga estos inmensos baldíos, sus tipos tienen espacio que ocupar, campo que roturar, poblados que agrupar, industrias que instruir, un porvenir que fundar en santa paz.

Recorriendo mentalmente el trayecto representado gráficamente en el plano del ferrocarril proyectado entre Samaná y Santiago podemos repetir y repetimos lo que, seis años ha, decíamos al acabar de recorrer la parte de pampa que media entre la ciudad del Rosario y de la de Río IV en la Confederación del Plata: ¡Dichoso el pueblo que puede disponer de esa soberbia Vega real!

Ahí, sin salirse del plano, está el tesoro. En primer lugar, la bahía de Samaná; en sus cercanías, las tembladeras; más allá, el llano; bañando el llano centenares de corrientes; en el término del trayecto, las estribaciones del magnífico núcleo de montañas del Cibao.

Contemplando ese escenario delicioso, complácese el amante platónico de su naturaleza, que bien tiene en qué: por lo que a nosotros hace, tenemos la lección que nos dá en su silencio ese pedazo de tierra.

Ante todo, una bahía. La de Nipe, en Cuba que es magnífica; la de Cartajena, en Colombia; la de Santos en el Brasil; la de Mejillones en el territorio disputado



de Bolivia y Chile, y que esperan todavía que las descubra el comercio universal; la de New York y Río de Janeiro, a que le debe su enorme movimiento comercial el Estado de New York y la Provincia capital del Imperio brasilero no son mejores que la bahía de Samaná. No son tan buenas, porque, a excepción del puerto de Panamá, si llega a perforarse el Istmo, ninguno de los accesos marítimos del mundo moderno tiene una posición equivalente a la de Samaná. A medio camino de la navegación entre el antiguo y el nuevo mundo, entre el Norte y el Sud, del Continente americano, está casi en la extremidad oriental de la Isla, y apenas impone a los navegantes una leve desviación para seguir su rumbo hacia el Sud del Continente. Depósito comercial de primer orden, su sola posición haría de ella un bazar para los productos naturales y transformados del mundo entero. Extensa como ninguna otra, sería la mejor de las estaciones navales. Formada por una península tan risueña como es fértil, y rodeada de terrenos carboníferos y metalíferos, devolvería el bien que recibiera, y podría llegar a ser un centro inapreciable de exportación. Bien sabían los norteamericanos en donde ponían la vista.

Después de la bahía, el contorno de la bahía. Es necesario sumergirse en el bosque virgen del Brasil para conocer una flora tan potente como la de Samaná. Los ingleses, que a fuerza de industria y ciencia han logrado hacer producir a cada uno de sus estériles acres de tierra hasta 28 fanegas de trigo, se exaltarían a la vista de una tierra que, espontáneamente y sin ciencia y sin industria, produce tres o cuatro cosechas anuales de nuestro ceretos de los trópicos. Y qué cosecha en cantidad y en calidad! Si cualquiera de los *farmers* (estancieros) que en el Reino Unido o en los más fértiles terre



nos de Norte y Este de los Estados Unidos, viniera a convertirse en estanciero en Samaná, y encontrara, como donativo grandioso del terreno, con las monstruosas producciones que obtiene allí la agricultura más perezosa y menos científica del mundo, de cada acre haría un tesoro, y de cualquiera producción de frutos menores habría en diez años un capital honrado.

Detrás de las tierras sólidas, los terrenos inundados. Y un país que eso tiene, importa arroz! Con el que pudiera cosecharse allí, bastaría para abarrotar anualmente el mercado de arroz más insaciable. Los Estados Unidos, de quienes si es hoy tributario, concluirán por venir a pedir el tributo de su arroz a esas hoy inútiles marismas de Samaná. Y la sal que de allí puede sacarse? ¿Y el mangle amigo de las aguas salinas que la manipulación convierte en tinte, y que el curtidor ha convertido en necesidad primera de su industria? Y las mil plantas textiles que se deshilachan por sí solas en los terrenos inundados?

Sigue tras ellos el llano portentoso que Colón fue el primero (aunque desde otro punto de vista y de mira) en admirar y en bendecir. ¡Qué llano el de esa Vega portentosa, formada por la hoya del Yuna navegable y del Yaque salutífero! Yucales, platanares, maizales, tabacales, cañaverales, cafetales, cacaotales, pensiles, vergeles, hortalizas, potreros, estancias, hacienda, oquedales, bosques selvas, cuanto la tierra generosa ofrece pródigamente a las Antillas, unido a cuanto de su libre ofrecimiento pueden obtener la industria forestal, la pecuaria y la agronomía, que es la más dulce de las ciencias prácticas, tanto se puede obtener de aquella tierra virgen. ¿Estaría ella en su estado de paciente virginidad, si florecieran siquiera las dos industrias primitivas; la forestal, que



utiliza las maderas; y la industria pecuaria, que aprovecha para el ganado los eriales? Hasta la floresta no ha sido utilizada, ha sido destruída; el erial no ha sido aprovechado, sino abandonado a los animales que crecen y se multiplican porque crecimiento y multiplicación son una ley.

En medio de ese llano, centenares de arroyos y de ríos. Los que hayan tenido la suerte propicia de recorrer esa comarca, ¿han pesado alguna vez la fuerza motriz que representa esa red de aguas corrientes? ¿han calculado el número de siglos que esas aguas aseguran a la producción de esa tierra abandonada? ¿han meditado en lo que para el porvenir de la libertad en la República anuncian sin palabras las cien y cien corrientes fertilizantes de esa tierra? Pues nosotros vamos a hacerle pesar y meditar. Pero antes, volvamos a fijarnos en el plano del ferrocarril, para tomar un dato.

El trayecto que han de recorrer los rieles no es más de 250 kilómetros, que no son mucho más de treinta y una leguas. Suponemos (y si nó, lo aconsejamos) que, como en Estados Unidos, Perú, Argentina y México, se habrá hecho concesión del terreno marginal de la línea férrea a la Compañía contratadora; y suponemos que ésta ceda condicionalmente los terrenos a los carrileros braceros y acarreadores que encuentre o traiga y a las familias que consiga atraer como inmigrantes. Siendo muy corta la porción del terreno marginal, los ocupantes de él no podrán formar lo que llamamos una población, es decir, un grupo denso y coherente de población; pero podrán formar un casi continuo caserío de 125 kilómetros de extensión a ambos lados de la vía; no podrán tampoco formar un grupo de agricultores, pero podrán utilizar para el pequeño cultivo el pequeño lote



de tierra que por cesión de la Compañía ocuparen. En 125 kilómetros superficiales, caben 500 familias, a dos por kilómetro superficial, y a 250 familias en cada lado de la vía férrea. Según el cómputo común 500 familias son 2500 individuos, tres quintos de los cuales son adultos; es decir que a lo largo de la línea férrea se establecerían bastante más de mil individuos (1205) aptos para la producción, para el consumo, la circulación y la distribución de la riqueza. Según el cómputo de la Oficina de inmigración en Nueva York, el valor medio de cada año de trabajo para cada adulto es de \$400; o lo que es lo mismo, cada adulto representa una producción anual de \$400. Multiplicado el producto industrial por el total de pobladores a lo largo de la vía férrea, tendríamos \$482.000. No contentos con las concesiones que hemos hecho con respecto al número de pobladores en cada kilómetro, queremos conceder que, siendo incapaces de asociarse para emprender en grande las industrias que puede emprender ese capital asociado, y que siendo incapaces también de la virtud económica que se llama ahorro, todos esos pobladores se consagran a la pequeña industria, y gastan anualmente los \$482.000, que producen. Gastan en sus necesidades o en sus escasos; pero aún siendo la peor población que pueda imaginarse, gastan cerca de medio millón anual. Al cabo, acuden todos los intermediarios comerciales e industriales que exigen las necesidades y los excesos, en que se consume anualmente esa suma. Más o menos pronto, al lado de la población que consume cual produce, se establece otra que se distribuye la producción de la anterior.

Y como esa nueva población de comerciantes e industriales se forma para explotar a otra menos industrial, no tarda en buscar y en encontrar los medios mecánicos de producir más y mejor para, con los mismos



recursos que obtiene de la población consumidora, extender sus operaciones. El campo no puede ser más vasto; todo un país, que come casabe y que no tiene trituradora de yuca; que come pan, y en vez de importar el trigo para molerlo, importa la harina; que tiene plantas textiles, y en vez de vestirse con sus tejidos propios, paga con exceso los ajenos.

Y así todo. Para que eso se remedie ¿qué tiene que hacer el industrial? Girar la vista al rededor, ver la fuerza de propulsión que hay en las mil corrientes de agua de la vega, y utilizar la fuerza motriz del agua para trapiches, alambiques, trituradoras, aserradoras, molinos, etc,

La fuerza representativa de un caballo de vapor equivale a la fuerza utilizada de 21 trabajadores; o lo que tanto vale, un caballo de vapor ahorra el trabajo de 21 hombres: si calculamos en sólo un décimo el ahorro de trabajo humano que hace un volumen de agua equivalente al volumen fluído que llamamos un caballo de vapor, tendremos que, son los a veces enormes dispendios que exige la instalación de fábricas de vapor, y con el sólo útil empleo de las corrientes de agua, una población industrial podría en los terrenos de la vega que acaso recorra algún día la locomotora, podría producir diez veces más de lo que produciría una población diez veces mayor que continuarán desatendiendo, como hoy, ese verdadero manantial de riqueza que hay en ese tejido de corrientes.

Y si además se calcula que ellas representan la casi perpetuidad de la producción de la tierra! Y si además se medita en lo que significan para la libertad! Pero eso se calcula y se medita más despacio.



III

Como es seguro que muchos de los que hayan leído los artículos anteriores estarán ganosos de saber cómo, y por qué procedimiento ignorado, contribuyen corrientes de agua, y pueden contribuir las mil señaladas en el trazado del ferrocarril de Samaná, al porvenir de la libertad en la República, vamos a anticiparnos a la curiosidad, ya sea científica o ya idónea, de los que no siguen a nuestros razonamientos.

Decíamos que las abundantísimas aguas de La Vega perpetuarán en ella la fecundidad del suelo: diremos ahora que, para conseguirlo, bastaría que si los tiempos muy remotos del futuro en que lleguen a cansarse de producir esos terrenos, el drenaje que es el riego del sub suelo, empape y refresque las capas interiores de la tierra. Tenemos, pues, que si en el plan de la naturaleza, esa multitud de cursos de agua aseguran para mucho tiempo la fuerza vejetativa de aquella comarca en el plan sencillo de una agricultura adelantada queda asegurada para el tiempo indefinido que suceda al cansancio del terreno. Esa casi perpetuidad de producción es un dato importante para nuestra tesis. ¿Se conviene en que esa u otra cualquiera comarca puede con sus propios recursos naturales o con los recursos agronómicos, producir por un tiempo indefinido?

Pues, ipso facto, se demuestra que esa u otra cualquiera comarca será por un tiempo indefinido el factor más seguro de estabilidad.

Ahora bien: en donde quiera que el trabajo, en cualquiera de sus formas, asegura la estabilidad social, el problema de la libertad deja de ser un juego de pasiones para ser un progreso natural; es decir, un movimiento, tal vez lento, pero continuo hacia adelante, que la so-



ciudad hará por sí misma en virtud de su desarrollo natural. Es cierto que en la comarca representada en el plano que examinamos basta la serie de corrientes que la fertilizan para asegurar la perpetuidad de producción. Pues también es cierta consecuencia de eso que la abundancia de aguas es un factor importantísimo para el porvenir de la libertad en el país a que esa comarca pertenece.

En este punto, ya la economía política se entrelaza íntimamente con la ciencia-madre, la sociología, o se entra en indagaciones de un orden muy complejo, o se procede por sucinta expresión de principios excomáticos. Para dejar bien enunciada nuestra idea, optamos por el segundo método. Y decimos: pueblos industriales o manufactureros, pueblos cambiantes: las sociedades verdaderamente libres son aquellas en que se combinan de tal modo el trabajo de producción agrícola y el de reproducción industrial, que la fuerza expansiva de la una queda equilibrada por la fuerza conservadora de la otra. Si, pues, la naturaleza ha puesto en un territorio cualquiera cuanto de providencia depende para asegurar por tiempo ilimitado la producción agrícola, y el hombre completa la creación natural con la científica, transformando económica e industrialmente una región que en su principio era nada más que agrícola en una región de productos a la vez naturales y transformados, en ese territorio se habrá realizado uno de los ideales de la ciencia social. Ese ideal, que es el más elevado a que puedan aspirar las sociedades, y que consiste en equilibrar la producción agrícola con la manufacturera, puede conseguirse en todo el territorio dominicano, porque todo él tiene las mismas ventajosas circunstancias que la



comarca feliz a que se refiere el plano de ferrocarril que examinamos.

Si nos hemos ceñido al plano y a la comarca que representa, y hemos prescindido de las estupendas fuerzas de transformación que el vapor y la mecánica moderna ponen a disposición de todo país que quiere transformarse, la razón es obvia: ha sido porque, contentándonos exclusivamente con las fuerzas naturales que posee aquella comarca, se le puede transformar en el breve tiempo que tardará el ferrocarril en producir el modestísimo fruto con que podíamos contentarnos; es decir, una corta población que tuviera ojos para ver los tesoros que representan para la riqueza pública y privada, para la libertad y la estabilidad de la República, esa bahía de Samaná, esos pantanos de ese llano, esas corrientes de agua y esas montañas del Cibao que los rieles unirán algún día, si se lleva a cabo la obra del ferrocarril.

Y para concluir, preguntemos: ¿Es realizable esa obra? No solo es realizable, sino que basta querer para entregarla realizada. Los 125 kilómetros que recorrerían los rieles, se presupone que no costarán mas de \$1,200.000. No es caro ni barato: eso representa poco menos de \$10.000 por kilómetro. Para trayecto tan fácil no es barato; pero para el bien que ha de producir, no es caro. Para la Compañía constructiva, el negocio sería pingüe, porque, para sostener y conservar la Vía, bastan y sobran las exportaciones del Cibao. Una comarca que exporta por valor de dos millones de pesos, puede sostener su camino de hierro.

En cualquiera otra ocasión lo demostraremos. Por ahora, bástenos la lección que en el plano hemos tomado.



DEL OZAMA AL JURA

San Cristóbal, agosto 12-1882 (*)

A primera vista, la población de San Cristóbal es detestable. Pero ¿cómo no ha de ser detestable a primera vista la población de San Cristóbal, cuando se llega, como yo llegué a ella, a las dos de una tarde canicular bajo o mejor dicho, contra un sol urente, cabalgando a paso de carreta, mortificado por el calor, muerto por el cansancio, postrado de fastidio, indignado conmigo mismo por no tener los ojos bastante abiertos para ver las bellezas naturales que en cualquiera otra situación de ánimo lo llenarían de plancentera admiración?

Mas apenas se descansa un poco y se irradia el calor que se ha almacenado bajo el cráneo, la vista de San Cristóbal es extraordinariamente agradable.

Ante todo se ve un espectáculo que recuerda el que solo con la vista del entendimiento se ve en la Historia; el espectáculo atractivo que debía ofrecer una ranchería

(*) Los artículos que con este título empieza EL ECO DE LA OPINION a publicar son capitulos abreviados de un libro que escribiría su autor, si el tiempo no fuera constante enemigo del deseo.

En el libro los capítulos no irían en el orden en que van a publicarse, pues antes de llegar a Baní (que será la tarea del segundo artículo) habría que pensar mucho en San Cristóbal; y antes que llegar a Azua (tema del tercer artículo) habría que detenerse en Calderas, Sabana Buey y el Palmar de Ocoa, pero como el autor tiene deudas iguales de gratitud con San Cristóbal, Baní y Azua, primero quiere ser agradecido. Hostos.



india, una de aquellas poblaciones primitivas de nuestra tierra antillana en las cuales se distribuía el caserío, no de manera que cada casa fuera un obstáculo a la luz, al aire y a la independencia de sus moradores, sino de modo que la independencia del hogar fuera completa, y libre el aire, y libre el sol al bañar cada morada.

Para mí, que amo la independencia más que la existencia, nada puede ser más grato que el aspecto de la población que voy a complacerme en describir.

San Cristóbal es una calle larguísima; empieza en *Jubaso* y acaba a más de una milla de distancia en *Cañada-honda*. Con algunos vacíos en algunas cuadras esa calle es continua, recta, correcta. Si las poblaciones no fueran más que calles alineadas geoméricamente, San Cristóbal sería una población como cualquiera otra y toda ella estaría en esa calle larga. Pero San Cristóbal tiene una disposición de casas mucho más encantadora que esas especies de enormes calabozos que llamamos calles, en los cuales se puede considerar cada casa como una de las piedras de sillería que juntas forman el sepulcro de vivientes. San Cristóbal, fuera de su calle larga, es una cosa muy distinta y mucho mejor que eso, porque no tiene calles regulares ni casas apiladas ni falta de aire, ni escasés de luz, ni vida amurallada. Es una sabana elevada en cuyo centro —como si dijéramos, en su espinazo,— se ha construido una iglesita de aspecto no desagradable, suficiente para el número de pobladores, a cuyo rededor se agrupan unos doscientos o trescientos bohíos que, rodeados a su vez de extensas palizadas o del extenso prado, conservan su individualidad, su independencia, su aspecto de hogar, de verdadero hogar.

Así, vista desde la plaza, la población es tanto más agradable, cuanto que, además de insinuarse en el espí-



ritu la idea de la independencia de que goza en su casa el morador. se presenta cada bohío en medio de un arbolado, o limitado, detrás y delante, de cerca y de lejos, por árboles que resistieron el desmonte primitivo.

¡Y qué arbolado!... tan eminente que parece la elevación de una montaña; tan tupido, que la vista no puede penetrar en su interior; tan armonioso en la casual agrupación de los mil vegetales distintos que concurren a formarlo, que recuerda a la mente reflexiva aquellas sociedades vigorosas en donde los hijos de mil suelos se han reunido para representar en todos sus tipos y en todas sus aptitudes a la madre humanidad.

Desde la casita que yo ocupo en San Cristóbal, la cenefa de árboles que limitaba mi sedienta vista, le ofrecía espectáculos encantadores que nunca se saciaba de admirar. Por la mañana, cuando apenas alboreaba, el oscuro hacinamiento de troncos, de ramos y de hojas iba poco a poco venciendo la circunstante oscuridad (como van poco a poco venciendo sus tenebrosas tradiciones las sociedades que fueron sumergidas en la oscuridad de la ignorancia impuesta), enalteciéndose los árboles e individualizándose en la luz, y aunque confundidos todos ellos en la obra común del vegetar, cada uno de ellos insinuaba su personalidad, hasta que la aurora libertadora, devolviendo su individualidad a cada uno, la hacía destacar brillantemente. Y entonces, sin dejar de ser todos juntos la floresta, cada uno de ellos era la ceiba majestuosa, el jobo cimarrón, el espino silvestre, el caimito falaz, el mango umbrío, el chasqueante jabillo, el cocotero benéfico y aquel entre todos culminante el pararraye vegetal, la palma centelleante, en cuya copa estelada se recoge la luz y se difunde con una fuerza y una intensidad tan poderosas que, ahora, pensando, pien-



so que acaso la fulguración del ramaje de las palmas no es tanto el resultado de la disposición y del color de sus hojas cuanto de una verdadera transformación de la luz en electricidad.

Pero si es brillante al alborear, aquel hermoso arbolado es insinuante al anochecer. Entonces, al pasar rápidamente de la luz a la sombra, al confundirse cada árbol en la masa cada individualidad vegetal en la unidad del bosque, cada parte en el todo, qué recóndita, pero por lo mismo, qué viva, qué activa, qué ardiente simpatía la que se siente por aquellos dos árboles tenaces, extranjero el uno, indígena el otro, una acacia flamígera de Australia (*flamboyant*) el uno, una palmera el otro, que, no queriendo resignarse a la oscuridad en que ya duerme la floresta, se mantienen enhiestos, y altivos, resueltos, dominantes, tiende el uno su intrincada copa por encima de las copas caídas de los árboles dormidos, y el otro presenta de relieve, resultando sobre el fondo sombrío de la floresta, su fulgurante copa, su ramaje vibrante, como una estrella verde en el fondo tenebroso de la noche negra.

Pero la zona florestal no es todo en el apacible pueblo de San Cristóbal. En realidad, la floresta no es mas que una muralla vegetal en la indefensa población. El caserío compacto en la calle principal, bastante compacto en otras dos calles paralelas a la primera, deliciosamente diseminado en las calles que van de oriente a occidente, rústico y primitivo en todas ellas, de ceniciento color, como el de la corteza y las hojas secas de la palma con que se construyen los bohíos, en poquísimos puntos pintados de rojo y azul: aquellas calles de grama, en que la vista reposa complacida: aquella pradera circunstante, por donde libremente y a todas horas



guían sus parvadas las aves domésticas; y triscan los cabritillos y balan las ovejillas y pacen relinchando los cabalíos y pastan mugiendo con su conmovedor mugido las vacas nunca tranquilas sino al lado de su prole: aquella iglesita modesta, obra pía de un excelente sacerdote que pasó medio siglo en la práctica silenciosa de las virtudes evangélicas: aquel cementerio cuyo recinto de cal y canto amuralla el recuerdo de tantas existencias que se deslizaron sesgadamente como el Nigua tranquilo en el lugar en donde me baño: esa misma corriente deliciosa del Nigua: el Mercado que cada domingo es una feria, todo eso junto es el pueblo. Pero el pueblo tiene componentes mejores que todo eso, y son sus moradores.

¡La buena gente, la sencilla gente aquella! Cerrando los ojos para prescindir de un cambio etnológico, muchas veces me ha parecido que aquel era un aduar de la gente primitiva del país. Son hospitalarios como indígenas; serviciales, como aquellos generosos señores de la tierra, a quienes el Descubridor debió las pocas bondades que recompensaron su heroísmo.

Allí, entre aquella buena gente, sonriendo con sus sencilleces, encaminando sus inocentes malicias por la vía recta del derecho, estimulando sus excelentes tendencias, induciéndola a mejor utilizar su ponderable actividad, vivir sería tal vez sacrificar demasiado en las aras de la poesía bucólica; pero veranear será siempre un encanto.

Y pensar que un día vendrá el ferrocarril a disipar el dulce encanto!...

Y pensar que yo mismo he solicitado ese ferrocarril, y mártir del progreso, prefiriéndolo a mi dulce idilio, volveré a solicitar el bien de todos que acabará con el



de los pocos que conocemos las dulzuras del rincón de San Cristóbal!...

Bien lo pensaba yo: los puntos suspensivos son suspiros.

B A N Í

Baní ¿es notable por su aspecto físico? Yo no lo sé. Oigo hablar del "valle encantador", de la alfombra de abrojos deliciosos que encanta la vista en primavera, de las perspectivas que descubre el "Cucurucho" pintoresco, de los contornos risueños y apacibles que se ocultan para ser mas atractivos, en las sinuosidades del *Baní* refrigerante, pero yo no he visto en Baní mas que a la gente de Baní. En ella reside toda la fuerza de *atracción* que ejerce el pueblo, y de ella es el milagro de transfiguración que se opera en el viajero hastiado, tan pronto como de la incomunicación de los primeros momentos pasa a las fáciles, vivaces, sencillas y cordiales relaciones que allí se entablan inopinadamente y que es allí tan agradable como en otras partes es desagradable establecer.

Allí agradable como en otras partes es desagradable, porque allí es connatural, sencilla y desinteresada la espontaneidad que es postiza y fugitiva en ciudades que pasan por muy hospitalarias.

Pero no es tampoco esa fácil benevolencia con el extranjero lo que hace de la villa de los abrojos (*) una población tan pronto querida como vista; ni es tampoco la grata estancia allí, ni el amable recuerdo al pasar

(*) Cosa particual! Los abrojos, que en todas partes son inhospitalarios, puesto que se han hecho sinonimia de aflicción, son hospitalarios en Baní, cuyo césped esmaltan con risueñas flores. Hostos.



de allí, lo que estimula en el viajero pensador la reflexión.

Lo que hace reflexionar es un problema que se plantea a la vista intelectual del transeúnte, como se impone a su vista corporal la masa extraña del Peravia. He aquí el problema: ¿En virtud de qué fuerza de afinidades electivas, o de qué poder de selección, o de qué incomprensible facultad de sustracción, se han atraído y combinado elementos de población tan homogéneos en Bani? ¿Como, y porqué, se ha formado allí un verdadero paréntesis etnológico, y la raza caucásica prevalece con tan fuerte predominio que hasta en los tipos numerables de raza etiópica o de razas combinadas que se encuentran sin frecuencia han prevalecido los caracteres fisonómicos de los caucásicos?

Este problema de antropología que puede dar materiales suficientes para un estudio concienzudo, se presenta, no diré que *combinado*; preferiré decir *confundido*, con uno de sociabilidad. Y ese se plantea de este modo en la razón: ¿De dónde ha podido salir esta cultura general tan espontánea, tan superior a la de muchísimas ciudades, que presenta inopinadamente convertida en costumbre la civilidad, la cortesanía en ley, la buena conversación en hábito, los actos mas delicados de sociabilidad en norma común, la afabilidad digna y reservada en distintivo, no individual, como sucede en donde sucede, sino en constitución regional?

Para resolver este problema interesante voy a suministrar datos necesarios: ninguno de ellos es escogido: todos ellos constan en los recuerdos de mi rápido paso por aquella mansión de la benevolencia mutua.

Llegué y me encontré en mi casa. Es decir que la bondadosa matrona con quien primero se encontró el



transeúnte, lo recibió tan cordialmente como se recibe el amigo no visto tiempo ha; era la primera vez que me veía. Después me dejaron en completa independencia: saber respetar la independencia es la mayor sabiduría de la hospitalidad.

Después de la hospitalidad de la casa, la hospitalidad del hogar, distinción con la cual expreso la benevolencia cordial de aquella familia que, haciéndome la merced de tratarme como soy y por lo que soy, no por lo que dicen las recomendaciones, me hizo olvidar las muchas cosas que no es fácil olvidar quien viaja como viajamos por estos caminos, con esos calores, en esas cabalgaduras y con tanta incomodidad, con un sol tan enemigo del viajero.

¡Qué fácil conversación la de aquellos que conversan por comunicarse la mutua expresión de simpatías desinteresadas, los sentimientos humanos que palpitan en todo corazón sencillo, las ideas que brotan espontáneas y como súbita luz de entendimientos que el error preconcebido no oscurece!

Así hablando de todo sin hablar de nadie; recorriendo con la velocidad de la imaginación satisfecha de funcionar a su arbitrio y a su modo, pasan inadvertidas las horas formidables del calor del medio día banilejo, que son de las horas que nuestro clima hace de plomo para que pesen en los cerebros ociosos y los obligue a rendirse al sueño.

El tiempo que para el ocio es plomo y para el trabajo es oro, para el bienestar es aire. Y cuando se acuerda uno de él, han pasado catorce horas, ha conocido el viajero media docena de familias, media centena de hombres, los placeres de la conversación inofensiva, el inmenso placer de haberse encontrado entre gentes



completamente dignas, que no insultan al extranjero, al forastero o al extraño, creyéndolo capaz de envolverse en la murmuración cobarde, ha conocido a Baní, ha llegado la hora de prepararse a partir de madrugada. y ha visto que ha pasado entero todo un día, que debió ser de cansancio, de calor, de fastidio, de impertinencias, como pasan los días buenos, los que no se cuentan. Y entonces al poner el pie en el estribo para dejar a Baní, Baní pone el pié en el estribo para seguir dando hospitalidad al transeunte.

Al encaminarse de Baní a Azua, Baní me acompañaba en la persona de uno de los hombres más benévolos y más serviciales que en mi vida he conocido.

Al presentarle en la mañana anterior la carta que nos relacionaba, poniéndose en pié me dijo: "Aquí, y fuera de aquí, a sus órdenes." Le dije que saldría al día siguiente, y me dijo "Pues saldré con Ud."

Y salíamos en la madrugada como salen amigos de los tiempos viejos.

Pero yo no puedo salir todavía de Baní; yo tengo que explicarme porqué razón es tan atractiva la sociedad de esa poblacioncita, cuyos encantos físicos no conozco, cuyos atractivos urbanos están, si han existido, reducidos a ceniza por un incendio, y en cuyo aspecto desolado no hay, para el viajero, motivo ninguno que no sea de abatimiento, si es capaz de afectarse con el dolor ajeno, o de impaciencia por salir, si a todo es indiferente, menos a la necesidad de distraerse. ¿Por qué razón, me pregunto, es tan atractiva una sociedad tan reducida, encerrada en una población tan pequeña y cohibida en la pobreza?

Ya encontraremos la razón expresa: ahora busquémosla por los actos realizados a mi vista por esa sociedad.



Baní no tiene iglesia; pero quiere tenerla, y tiene un párroco que quiere que la tenga. La pobreza producida por el incendio y la sequía han puesto a casi toda la población en la capacidad de contribuir con óbolo alguno a fomento alguno. Sin dinero ¿qué iglesia de cal y canto se puede fabricar? La que de seguro no faltaría ningún municipio que no tuviera un sentimiento colectivo muy patente, una susceptibilidad local muy bien guiada y un deseo de adelanto muy vivaz. Pero Baní tiene dotes de municipio de porvenir, y se pone a la obra y él construye su iglesia.

El pueblo mismo: no hay en esto, lenguaje figurado: mis propios ojos han visto con asombro, a las tres de una tarde sofocante una porción de chicuelos recién despachados de la escuela, dirigirse a la fábrica a acartear piedras, obedecer el mandato del maestro de obras y prestar los servicios que edad y movilidad les consentía. Por la mañana, viendo una muchedumbre de borriqueros que corrían cantando con alborozo, al pedir la explicación del alegre tumulto, me señalaron la fábrica del templo: y a la fábrica iban a llevar espontánea y gratuitamente los materiales de la obra, aquellos que para la obra diaria de su vida necesitan emplear todas sus horas. Al mediodía, bajo un furioso sol, aterrado de ver como unos hombres se obstinaban en techar, a cielo raso, un como rancho fabricado en medio de la plaza, y manifestándome maravillado de que, con sol tan hostil, se trabajara con tanto empeño, y se manifestara tanto regocijo en trabajo tan abrumador, "es, me dijeron, que trabajan por el pueblo y por la iglesia". Pregunté quien era un como sobrestante, hombre de aspecto patriarcal, que, no obstante sus años venerables y su aspecto de no habituado a tales faenas, dirigía con celo



aquel trabajo, y me dieron el nombre de un doctor, y me dijeron que era uno de los miembros de la comisión nombrada por el Ayuntamiento para la dirección gratuita y honoraria de la obra. "Espérese hasta el sábado", me decían con instancia "y verá lo que es el pueblo de Baní: ese es el día en que las señoras y señoritas contribuyen con su cuerpo delicado a la obra de todos: por la tarde se establece una procesión del pueblo al cerro en la que todas las damas toman parte: van al cerro a buscar la piedra, y vienen a la fábrica a depositarla. Sólo así podrá Baní empobrecido tener su iglesia".

Sólo así debieran tenerla todos los pueblos que quieren tener espíritu municipal y deberse la fuerza de iniciativa que, como sirve para aglomerar materiales para una construcción de cal y piedra, sirve también y es lo mejor para que sirve, para congregar elementos intelectuales y morales, y con ellos, construir el templo de las libertades regionales.

Porque esa construcción popular del templo de Baní será sin duda, y me complace que así sea, inspiración del sentimiento religioso: ese, como los sentimientos fundamentales de la naturaleza humana, bueno en su esencia como es, es un sentimiento fecundo, constructor, organizador y civilizador, siempre que lo dirige la razón, siempre que lo ilumine la conciencia: como el maravilloso cometa que en estas madrugadas benditas es benéfico pasmo de la razón indagadora, el sentimiento religioso que, desviado de su órbita, es compañero de catástrofes, es obrero de progreso, coeficiente de desarrollo social, transportador de materiales de construcción inmortal cuando retenido por el sol de la conciencia en su órbita de atracción providencial en vez de perturbar concurre a la armonía. Así como en la



mecánica celeste son necesarias millonadas de astros cada uno de ellos encerrado inflexiblemente en su órbita de movimiento, así, en la mecánica social, son necesarias las millonadas de aspiraciones espontáneas de la naturaleza humana, para dar por resultante el concierto de la vida colectiva.

Pero, si me complazco en reconocer la intervención loable que el sentimiento religioso tiene en la construcción de la iglesia de Baní, aún me complazco más, por darme así esperanzas más próximas de bien para aquella excelente población, en reconocer que hay en su empeño y en sus faenas de estos días, un sentimiento vigoroso de municipalismo: solo quien, individuo o localidad, quiere a toda costa ser lo que aspira a ser, es capaz de tomar con tanto ardor una empresa que la ignorancia de los deberes municipales encomienda cuando no hay un tesoro municipal bien repleto, a los tiempos venideros.

Pero ese mismo espíritu municipal de Baní ¿de dónde sale? De la fuente misma de donde brota plácidamente el encanto de la sociedad banileja: del principio de familia.

Baní es una familia. Lo que tiene de encantador Baní, es que todo él constituye una familia; que todo él obedece al principio de familia, que en él la familia es un principio, un verdadero, un visible, un palpable principio de organización; no la monstruosa, la repugnante agregación contra la cual tiene la conciencia honrada que protestar a cada paso, en los continuos pasos que hay necesidad de dar por en medio de esas agrupaciones de la procadidad y el vicio, contra las cuales es preciso amurallar el hogar de la familia verdadera, encasillándola en su orgullo, cuando no baste encasillarla en el sentimiento de su dignidad y su virtud



Ese principio de familia, ese santo principio, sin el cual no hay nada, ni aún vergüenza pública, es la base de la sociedad banileja, y él y solo él, explica el municipalismo de Baní.

¡Ah! ¡llegue pronto la república entera a ser Baní!...

Septiembre de 1882.

EL CURA

Quise ver por dentro la iglesia que había estado viendo por fuera.

Era domingo, el día de más trabajo y de más actividad en San Cristóbal. Día de *marché*, como allí dicen, o de mercado y de verdadera feria como es, me parecía inútil el clamoreo de las campanas que llamaban, repicando, al feligrés. ¿Quién había de oír las voces de la iglesia siendo las del mercado tan ruidosa?

Pero el clamoreo alegre y persuasivo de las campanas de aldea, o de la iglesia única de un corto vecindario, recuerda al corazón, aquellos días que no vuelven, y que, por no volver, son el perpetuo ideal de la sensibilidad descontentadiza; y como tuve la esperanza de que, al modo de los días de la infancia, iba a escuchar palabras sencillas, penetré en la iglesia. Era el momento en que la voz pausada del sacerdote se dirigía al auditorio.

Mucho más numeroso de lo que yo había supuesto, pues todo el templo estaba ocupado por los fieles, y mucho, muchísimo más interesante de lo que son los auditorios de iglesias en las ciudades, el auditorio de que entré a formar parte se componía de esa buena gente de pueblo y de campo que, en las Antillas y principalmente en Santo Domingo, reúne en un mismo carácter digno de estudio y eminentemente educable, las



ingenuidades más encantadoras a las astucias más primitivas, los rasgos de ingenio más inesperados al candor más estupendo, la ignorancia más abrumadora a la asombrosa sabiduría práctica.

Allí estaban aquellos representantes de una sociedad en formación, atentos, silenciosos, reflexivos, oyendo la palabra que les dirigía desde el altar el oficiante, y de cuando en cuando exponiendo signos de reverente aprobación en su semblante.

Lo que yo oí, yo también lo aprobé.

Lo aprobé tanto, que salí meditando en la importancia del hermoso papel que puede representar entre la gente sencilla de los pueblos y los campos, y el mejoramiento moral de la República, el cura de almas, el buen cura, aquel cura, como el que acababa de oír y otro, en otro tiempo oído en Puerto Rico, que exalta con su palabra y su consejo las virtudes, que las pone al alcance de los entendimientos menos claros, que las hace agradables al corazón del pueblo y no solo les da por recompensa las del cielo sino el bienestar individual, las venturas de familia, la consideración social y el engrandecimiento de la patria.

Ceñido a esa obra, secundando con ella la obra de la sociedad, obrero de la paz, consejero de trabajo y de progreso, expositor ingenuo del fondo igualitario y libertador del evangelio, bautista de civilización, catequista del derecho, evangelista de la verdad, hombre de vista para los signos de los tiempos, que se ven; hombre de oído para los rumores de crecimientos de civilización, que ya se oyen; hombre de corazón, para palpar con todas las palpitaciones de la vida social; hombre de buena voluntad, para plegarse, servir como servidor de la familia nacional y la familia humana; hombre de



conciencia para resistir con ella, que por naturaleza es berroqueña, a todos los estímulos de las pasiones que disocian, a todas las sollicitaciones de la ambición que ciega, a todas las sugerencias de las envidias que enloquecen, el cura de almas tiene reservado en estos pueblos que crecen, en estas sociedades que se forman, en estas civilizaciones que se esbozan, por ascendiente tan noble, tan puro, tan dulce al espíritu elevado que, comparada con su modesta grandeza, sola otra grandeza modesta, la del guía de entendimientos, puede en nuestros países mover al ansioso de virtud y bien.

Desgraciadamente, sacerdocio es sacrificio, y el número de ios que se sacrifican ha sido, es y será siempre, como el número de las almas eximias, muy reducido. Desgraciadamente también, *sacerdocio* procede de *sacer*, y ese adjetivo es formidable como hombres de dos caras o espadas de dos filos: por una cara, *sacer* es *sagrado*; por otra cara, maldito, malvado, pernicioso. La cara más común es mala cara.

Por eso deseo con tanta fe que se ensaye en nuestros países la libertad de cultos absoluta; porque como creo en la eficacia de la función social que desempeña el cura en las sociedades que se constituyen; porque como lo considero exclusivamente un elemento de organización para lo cual no necesita ni se le piden otras virtudes que las basadas en el extraordinario sentimiento de la honradez y la dignidad individual, espero que las doctrinas religiosas ganen con la discusión y que los sacerdotes de los varios cultos que pudieran establecerse, ganarian con la competencia.

Hoy mismo, aquí mismo, aún bajo el exclusivismo de la unidad de culto puede probarse la importancia de la competencia.



Merced al estado de la Iglesia dominicana, el clero nacional y el extranjero se esfuerzan por superarse mutuamente en su obra, que acabará por ser favorable al elemento nacional del clero, tan pronto como lo dirija un arzobispo dominicano. Y sucederá así, no porque ese deseado arzobispo nacional cometa la injusticia de inclinarse parcialmente en favor de sus compatriotas, si no porque éstos movidos del patriotismo, estimulados por los fervores del renacimiento nacional que enardece ya en todas las esferas de acción a los dominicanos todos, harán con esa nueva fe, y pudiendo, lo que sin fe en el progreso nacional y no pudiendo hacer nada, han tenido poderosa voluntad para llevar a cabo. No han hecho la construcción más trascendente: no han edificado bastante en el alma del pueblo dócil que tan fácilmente hubieran podido colocar en aquel estado de conciencia que es quizás el más poderoso basamento de libertad jurídica, de orden jurídico, de paz jurídica; pero han construido iglesias, cementerios, hospitales, casas de beneficencia. Higüey, San Cristóbal, Guerra, Baní, Vega, Macorís del Cibao, creo que Moca, proclaman las aptitudes del clero nacional para la obra de reconstrucción social a que él debe concurrir; la capital y San Carlos son deudores de obras muy considerables y de iniciativa muy ejemplar, a dos clérigos de extraordinaria actividad.

Probado está, por tanto, que el cura dominicano puede ser considerado como uno de los elementos de organización que se puede utilizar en la sociedad dominicana, con que la sociedad puede contar.

Así pensaba yo al salir de la iglesia que San Cristóbal debe a uno de los evangelizadores mas virtuosos que ha tenido la República, cuando me encontré frente a uno de los repliegues de terreno que forma un como



foso natural en el contorno de aquella amable población rural. Aquel repliegue de terreno está encerrado en un recinto de mampostería, que sirve de base a un enverjado elegante y sólido de hierro. Allí duermen los cristobaleños que duermen para siempre. Si duermen tranquilos y seguros dentro del recinto, rodeados de unas bellísimas flores silvestres que allí crecen, en campo que la religión y la policía han consagrado casi en el centro de la población, como si la familia sobreviviente abrazara en su seno cariñoso los deudos que se han ido, lo deben a un clérigo, al párroco actual de San Cristóbal.

La iglesia en el centro del pueblo, obra de un párroco; el cementerio casi en el centro del pueblo, obra de otro párroco. Eso quiere decir, que fuera del Padre Ayala, en su tiempo; y fuera del Padre Mena, en el suyo: ¿no ha habido otros vecinos de iniciativa en San Cristóbal? No: eso quiere decir que, en el estado actual de la sociedad dominicana, el cura de almas tiene una influencia positiva que el estadista y el pensador no deben tener la ceguedad de desconocer. Esa influencia que es decisiva en ciertos casos y que es benéfica en cuanto se aplica a mover en dirección del progreso al pueblo, es lo que pone en actividad al municipalismo, el sentimiento de comunidad, el buen amor propio de la localidad, y decide a cada poblador y agita a cada vecindario, y, triunfando con sus varios párrocos en los distintos pueblos levanta las iglesias de esos pueblos, y triunfando con el párroco actual de San Cristóbal fabrica en breve tiempo el seguro y apacible recinto en donde reposan de las fatigas de la vida los que acaso pasaron tan dulcemente por ella que no conociendo más que el amable poblado en que nacieron, no conocieron



tampoco otras fatigas que las producidas por la benéfica ley del sustento por el trabajo y del trabajo para el sustento.

No es el cura de almas el único elemento de organización que se puede y debe utilizar en una sociedad naciente. Al contrario: es el único que es necesario no abandonar a sí mismo y que se debe encaminar de todos modos, especialmente por medio de la crítica religiosa, rama fecunda de la ciencia crítica que es absolutamente ignorada en la sociedad de un solo culto.

Ramas de esa ciencia son también la crítica escolar y la crítica teatral, que a penas hay ocasión de aplicar a países donde son pocas las escuelas y en donde un solo teatro, casi siempre cerrado, avisa al público lo en alza que estarán los recreos ilícitos cuando el honesto recreo está en tal baja. Mientras llega la hora del crítico, estamos en la hora del pensador.

Pensando, todo el que recorre los poblados y el despoblado de la República, aunque los recorra tan velozmente como yo anduve entre Ozama y Jura, por fuerza ha de ver con sus propios ojos lo que sepa que es bueno, si lo encuentra, lo bueno que no encuentra y que hace falta, lo mediano o lo malo que con algún esfuerzo se puede hacer útil o bueno, lo que anima, reanima o desanima, lo que aviva o amortigua la esperanza, lo que sirve o no sirve para organizar. Sobre todo, lo que sirve o no sirve para organizar; porque, si piensa, ningún transitante de vías, campañas y poblaciones puede en la República dejar de sentirse atraído de continuo por los cien problemas de organización que le salen al encuentro.

Esa sería, si lo escribiera la explicación del libro



que yo podría escribir con solo recapacitar en lo que pensé durante un brevísimo viaje de seis días.

Eso explica por qué las primeras preguntas que dirige el viajero concienzudo al llegar a una de esas pobres poblaciones que empiezan a salir de la pesadilla de la anarquía, son éstas:

¿Hay escuelas? ¿Cuántas? ¿Qué especie de hombre o de mujer es el preceptor o preceptora? Los padres ¿se muestran solícitos o indiferentes por la instrucción de sus hijos? Estos, ¿asistieron con asiduidad a la escuela? ¿Se sabe cuántos son los que saben escribir?

Después de la Escuela, primera asociación, se indaga qué partido saca de la asociación general la buena gente del pueblo; si se divierte, y cómo; si hay teatro, si funciona, si las personas respetables se dignan o no contribuir a los éxitos teatrales, si hay sociedades de recreo, de estudio, de fomento y de progreso, qué piensan, qué intentan, qué dicen, que hacen?

Lo pregunté en San Cristóbal, lo pregunté en Baní, lo pregunté en Azua.

Voy a analizar la respuesta que me dieron en cada uno de esos puntos.

En San Cristóbal hay cinco escuelas, y la asociación que compone la Compañía de aficionados; en Baní hay tres escuelas; en Azua, población de 2.584 habitantes, ciudad litoral y mercantil, capital de una comarca extensa, sólo van 296 niños a la escuela, sólo 576 individuos saben escribir, sólo existe una asociación que tenga por objeto el cultivo de las letras y el honesto recreo que fomenta los sentimientos fraternales.

San Cristóbal es una población rural; Baní se puede considerar como una de las poblaciones de mejo-



res elementos sociales en la República; Azua es una población de primer orden en embrión. ¿Cómo es que estando todas las desventajas por parte de San Cristóbal, están en su favor los elementos de organización que al entendimiento del más irreflexivo transeúnte se presentan espontáneamente como necesarios? La contestación inmediata se presenta en forma humana. San Cristóbal tiene una porción de hombres, uno entre todos, que tiene todo el afán de progreso que es compatible con la pasividad de carácter que España y Turquía han transmitido a los pueblos que subyugaron o formaron.

Esa porción de hombres, y entre ellos el que más se distingue por su generoso afán, alecciona domínicalmente a los campesinos imbuyéndoles ideas de progreso y nociones de orden que fructifican hasta el punto de ser motivos de legítimo orgullo para los campesinos, agricultores o generales, conuqueros o dragones, el declararse en sus conversaciones hombres de orden y de paz.

Esa porción de hombres es la que, a fuerza de empeño y decisión para mover la enorme mole de la inercia pública, ha conseguido acomodar un bohío cualquiera, que uno de entre ellos ha cedido, para desempeñar las funciones de Teatro, y para mantener viva entre ellos y en el pueblo la afición a las reuniones placenteras e instructivas.

Se quejan, probablemente sin motivo suficiente, de que el Párroco no es propicio a ese solaz honesto y útil; pero yo no puedo resolverme a creer que un hombre que desde el púlpito esparce simientes de concordia y de trabajo, y que así desempeña una función de organizador en la parte que le toca, pueda mirar de soslayo una institución como el Teatro, que, sobre todo, en el estado



de infancia en que está San Cristóbal, no sólo no puede producir daño moral alguno, sino que puede ser un verdadero elemento de organización, un verdadero factor de desarrollo, un verdadero motor de progreso, un verdadero centro y núcleo de concordia.

Es seguro que, considerando desde ese punto de vista el excelente propósito de los fundadores del teatro en San Cristóbal, el buen Párroco no le opondrá, si las ha opuesto, dificultades de ninguna especie, y antes contribuirá a vencer obstáculos que puedan no favorecerle, aún cuando solo sea por la especie de paternal orgullo que los influyentes de los pueblos experimentan al pensar que "su pueblo" tiene lo que no tienen otros muchos.

Otros muchos, más extensos y acaso más ricos que San Cristóbal no tienen el modesto teatro que él ofrece a la curiosidad del viajero pensador, ni tienen otras muchas cosas que tiene el blando burgo bañado por el Nigua.

No tienen una de las cosas que más me han admirado; unos escolares increíbles, en quienes no se puede creer sino después de haberlos visto una y tres veces. ¡Qué muchachos! Más tranquilos, más ordenados, más respetuosos no los he visto en parte alguna tan merecedores de la serie continua de sacrificios que se hace en la modesta profesión del preceptorado, no creo que los haya en la República.

Tuve necesidad, como tuve complacencia, de relacionarme con el hombre recomendable que, a la par de uno de los más importantes papeles en la pequeña sociedad sancristobaleña, desempeña la regencia de una de las escuelas del lugar. Por benevolencia y cortesía se empeñó en relacionarme con otro excelente hombre



importante de la comarca, y para ello, a pesar de mis protestas, tuve que dejar abandonados a sí mismos no menos de treinta escolares que me parece que en aquel momento reunía el local. Al volver a la media hora, vi con asombro, que los niños se mantenían en la misma actitud en el mismo silencio, en la misma amable y admirable compostura. De las cinco escuelas de San Cristóbal, he visto funcionando tres, dos de ellas, mixtas; es decir, las escuelas más expuestas a desorden, pues la reunión de los dos sexos es todavía más bulliciosa en la infancia que en la juventud. Sin embargo, en ninguna de esas escuelas he notado indicio alguno de los resabios que, aún visitados por primera vez, delatan otras escuelas.

Verdad es que la índole de aquellos niños es singularmente bondadosa.

Me enternece ahora mismo como entonces me enterneció: fue el símbolo de mi alianza con San Cristóbal.

En la mañana del primer día que yo iba a pasar allí llevaba de las manos a mis hijitos. Al desembocar en aquella hermosísima plaza de mullido césped, que ojalá no desaparezca nunca, un muchacho como de unos diez años se detuvo de pronto ante los pequeñuelos; se descinó un canastillo que llevaba, tomó de él un pan, lo dividió, puso una parte en manos del mayorcito, quiso poner en la de mi *toda-ojos*, y cuando objeté con la edad, se sonrió como llega uno a olvidarse que así se sonríen los racionales, y acariciando a los pequeños desapareció.

No tanto, ni tan delicado, ni tan tierno como eso; pero el modo común de proceder de aquellos niños concuerda en la calle y en la escuela. Si no se abandonan a movimientos espontáneos como el que me cautivó,



nunca he encontrado un niño que no haya saludado con afecto, que no haya sabido sonreír, que no haya llevado en su frente y en sus ojos la huella de esa inocencia luminosa que tan precozmente se eclipsa en los ojos y frente de esos monstrucillos que macaquean repugnantemente la inmoralidad, el vicio y la dureza de corazón que los circunda.

A ese resultado bendecible ¿contribuye el relativamente extraordinario desarrollo de la instrucción elemental en San Cristóbal? No lo dudo; y cuando el encaminamiento de la infancia por la senda de la verdad no tuviera otro resultado, la escuela no podría ser más fecunda.

Bien es verdad que la escuela no basta y que se necesitan, además, hombres como los señores Pina, Cordeiro, Reynoso, Pérez y otros, que, en las funciones públicas y en las privadas de ciudadano, se esfuerzan por secundar el movimiento progresivo de la sociedad dominicana, utilizan los elementos de organización que hallan a manos, se convierten a sí mismos en elementos de organización y trabajan modesta y patrióticamente por contribuir en su esfera a organizar la sociedad.

AZUA

Todo lo vi en Azua, menos a los azuanos. Y sin embargo, todo lo que vi, o la mayor parte de lo bueno que vi en Azua, me sirvió para hacer justicia a los azuanos.

Ante todo, vi una ciudad que, no ha mucho, era la ruina de un incendio, y hoy es la esperanza de una de las ciudades más bonitas de la República.

(Me apresuro a exceptuar la capital: no sea que, como me sucedió con el artículo consagrado a Bani,



me valga la no excepción dos o diez docenas más de patrióticos enemigos de la verdad, dicha sin más intención que la verdad).

Vi también en Azua una considerable afluencia de extranjeros, un considerable ir y venir de ellos del campo a la ciudad, de la ciudad al campo, de caminos peligrosos a caminos solitarios.

Y vi, en fin, radiante, deslumbradora, fulminante la gran explicación, la recóndita incógnita de Azua: vi no: sentí, padecí, sufrí el fulminante sol de Azua.

Azua está en su sol, el sol de aquel pedazo de cielo es la mejor, si no es la única explicación correcta de aquel pedazo de tierra.

Quien lo ha sentido como yo lo he sentido, fulminando sus rayos silenciosos sobre el cráneo abrasado; quien lo ha sufrido como yo lo he sufrido, reverberando entre ocho y diez de la mañana sobre terrenos desnudos y sedientos, o sobre los alevos espinares que en forma de arbustos macilentos adquieren la hipócrita apariencia de risueños oquedales; quien haya tenido sed ardiente, y no haya podido saciarla en ninguno de los frecuentes álveos pedregosos, cadáveres de arroyo que, como todo cadáver, hacen más punzante la idea de la vida ausente; quien haya exhalado fuego por todos los poros de su cuerpo, y haya llegado ciego, atolondrado, balbuciente, casi mudo, al término de un viaje que, a pesar de lo muy deseado, no ha sido bien visto ni creído sino después de algunos minutos de íntima conferencia consigo mismo para saber si se podía contar con energía bastante para seguir viviendo, ese sabrá en donde está la explicación de Azua, y por qué son los azuanos como son.

Pero aún lo sabrá mejor el que, puesto momentáneamente en las condiciones físicas en que vive su vida



el azuano, se sienta azuano en un momento dado: sentirse azuano es sentirse irritable hasta el olvido de sí mismo y de los otros.

Así me sentí yo en el momento en que me expliqué la influencia del clima sobre la comarca que iba recorriendo.

Dada esa influencia, que es palpable, tanto como es irresistible, y dadas las circunstancias azarosas de la sociedad dominicana, y las peculiarmente adversas que han favorecido en Azua el desarrollo indefinido de las pasiones anárquicas, nada es tan natural como el carácter impetuoso y las turbulentas disposiciones de la comarca.

Pero, opuestas a esas tendencias que conjuntamente han producido un clima terrible y una gobernación atroz, van presentándose rápidamente en la comarca mal juzgada, y se presentan con extraordinaria fuerza reconstructora, otros agentes de organización y apaciguamiento que sólo tardarán en transformar el carácter moral de la región, lo que tarde el desarrollo de los intereses materiales en transformar la siempre modificable naturaleza física del territorio y el carácter social de los terrícolas.

La reacción de esos elementos buenos sobre los anteriores agentes de corrupción, es ya palpable. No sé de la vida íntima de la ciudad de Azua ni de los comarcanos, aunque creo que es demasiado corto el tiempo de que han podido disponer las influencias saludables para destruir el vivero de discordias, malas pasiones, vicios, procacidades, murmuraciones y calumnias que son por fuerza todos los lugares, urbanos y rurales, en donde por tiempo indefinido se han enseñoreado la guerra corruptora y las costumbres brutales de la guerra; pero sé que he visto reconstruido en breve tiempo, y



mejorada, la ciudad de Azua; sé que el comercio tiene allí una fuerza considerable; sé que los extranjeros van y vienen sin que los molesten, los provoquen o los asechen; sé que, relativamente, mejores son allí que en parte alguna las disposiciones de los campesinos en favor de los extraños o de los extranjeros que buscan terrenos para los fundos agrícolas; se que Azua la levantisca se ha mantenido en orden durante las últimas agitaciones; sé que se fundan haciendas de caña, que se intenta el establecimiento de la mejor forma de explotación agrícola, la cooperación; sé que se intenta ligar por tranvía la ciudad al puerto, sé que las conversaciones allí oídas versaban todas sobre el desarrollo de la riqueza pública, sobre los elementos que allí dormitan y se puede despertar, sobre la inclinación de todos a seguir la directriz del trabajo; sé, por último, que Azua tiene su plena, soberana y encantadora esperanza de reconstrucción en la comarca, y no dudo de la próxima reorganización de los medios de paz, prosperidad y vida en la ciudad y en la región. Y si me dan restablecidas en Azua las condiciones normales de la vida, doy en Azua uno de los propulsores más eficaces del progreso en la República.

Esta no es una profecía; es una simple convicción. La tengo íntima de que, para haber mantenido el hábito del trabajo en una tierra en donde el sol es fulminante; de que para haber conservado en el fondo de los espíritus algún deseo de paz y alguna inclinación por la vida civil, en un clima que parece ideado por la naturaleza, para la lucha desesperada y para perpetuar todas las formas de la disociación, es necesario que el azuano tenga disposiciones admirables para el trabajo, actividades irreprochables para el comercio, facultades muy en-



comiables para la sociedad civil y para hacer fructífera la asociación civil. Con esas dotes de naturaleza, fueran inextirpables las raíces de la anarquía, por entre ellas reaparecerían los frutos de la paz, como por entre los mismos inextricables espinares que forman allí las *bayahondas*, se presentan arbustos de sabroso fruto.

Vista al rápido correr de un caballo azuano la *plena* extensa que asegura el porvenir agrícola de Azua, se presenta en la memoria como una visión esplendorosa.

Al lado del calor de Azua es un plácido baño de constante brisa; al lado del pedregal desierto que circuye a Azua, es un oasis con todos los caracteres de fecundidad, verdura, belleza, delicia y encanto que tienen los edenes del Atacama y del Zahara; al lado del horizonte circunscrito que encarcela a Azua, es un horizonte extenso que domina una llanura sembrada de césped florido, de árboles, de arbustos y de caña, y que cierra a lo lejos la encantadora perspectiva de la cordillera caprichosa de Maniel.

Vista despacio, la preciosa llanura que un vocablo francés adulterado ha convertido en *plena*, es una porción de tierra que atestigua con sus muchas plantaciones de caña en pequeña escala el constante trabajo de una comarca perseguida por la discordia que ofrece ya en el magnífico *Calderón* y en otros ingenios de azúcar la seguridad de su riqueza natural, y que brinda con espacio, fertilidad e inagotable fuerza productiva a los empresarios de Centrales que han concluido por fijar su vista en aquel pedazo de tierra delicioso.

Poseyendo allí un rincón se haría soportable el mismo fulminante sol de Azua.



DE LA PRESIDENCIA AL RECTORADO

Se piensa en alguien para el Rectorado del Instituto Profesional? Confieso que, aplazada como veo la ejecución de la ley orgánica recientemente sancionada, creía que no era tiempo de pensar en el Rector; pero habiendo oído hablar de personas muy recomendables. supongo ha llegado ya el caso de opinar.

Si hubiera prevalecido en absoluto el texto primitivo del proyecto que hoy es ley, sería cuidado y deber del Consejo de Dirección elegir el Rector; pero como todavía no estamos suficientemente duchos en materia de organización y preferimos echar sobre el Ejecutivo la carga y la responsabilidad de toda organización, hasta lo que (como la de los Institutos docentes, que ha de ser libre para que sea buena), prevaleció la idea de las ternas y de la elección del Ejecutivo.

Nadie se sorprenderá tanto como él mismo, al verse inopinadamente convertido por mí en candidato para el Rectorado, sin previo acuerdo, sin que hayamos hablado de esto ni de nada, puesto que hace más de un año que no nos vemos, él por sus tareas, yo por las mías; pero como yo no soy hombre de candidaturas para nada, sino de buenas intenciones para todo, poco hay que ver con esa sorpresa, aunque, si es desagradable, sienta producirla.

El Rector que conviene al Instituto Profesional es el actual Presidente de la República.



Conviene al Instituto y conviene a la República. Conviene al Instituto, porque es hombre de saber y de experiencia. Conviene a la República, porque es una buena enseñanza para ella, un buen ejemplo, una elevada manera de practicar la verdadera doctrina democrática, cuya base es la instrucción general. El ver convertido a un Presidente que sale de la dirección de los negocios públicos, en director de un Instituto, enseñaría prácticamente que no hay puestos altos ni bajos para el deber cumplido; sería ejemplo para los futuros presidentes; que, en vez de expatriarse o de encerrarse en la infatunda infatuidad de no ser ya *menos* de lo que se ha llegado a ser, aspirarían a desempeñar de un modo *presidencial*, es decir, supremo, el puesto a que gustos y aptitudes los llamaran; sería una manera elevada de practicar la democracia, porque si ésta es lo que hoy debe ser, lo es por la universalidad de la educación común, y tanto es presidir los destinos de una democracia el dirigirla desde la primera magistratura como el encaminarla desde el magisterio.

El Presidente Meriño sale de la presidencia en Septiembre: esperemos que en Octubre entre en el Rectorado (*).

(*) Muy pronto cumpliéndose el voto del Maestro. Meriño bajó de la Presidencia de la República y subió al Rectorado. En 1961 se trató de repetir el magno ejemplo, malogrado por las incomprendiones y las demasías del momento.



BANI COMO EJEMPLO DEL DEBER DE CONTRIBUCION

En la República Dominicana, sobre la cual habían llovido todas las calamidades, y sobre la cual están lloviendo ahora calamidades de otro orden, hay un pueblecito que para tener poco, no tenía iglesia. No tener iglesia entre los benditos hijos de España en América, es casi lo mismo que no tener hogar. Así era tan desasosegada la antes tranquila vida del pueblecito; así tan triste la población del valle entero.

Un día a un párroco que tenía que officiar en una casa vieja, se le ocurrió utilizar los vivos deseos de tener iglesia que se manifestaban en el desasosiego y la tristeza del pueblo y valle de Baní, y resolvió convidar a valle y pueblo a la alta empresa de la erección de un templo. Pueblo y valle contestaron con unanimidad de corazón.

Pobre el pueblo, pobre el valle; uno y otro agotados por la adversa sequía que malograba los frutos y los campos y la prosperidad del pueblo, apenas podían corresponder con óbolos de plata al llamamiento de su párroco. Pero tenían voluntad, tenían corazón, tenían brazos, podían trabajar más de lo que ya de costumbre trabajaban, podían hacer el sacrificio de algunas horas en aras de la idea que los electrizaba: ya que no podían dar dinero, pueblo y valle se resolvieron a dar tiempo y trabajo

No había nada con que contar. La municipalidad



no podía disponer de otros que de aquellos sus pequeñísimos recursos, ni de más auxilio efectivo que el de la organización de lo que debía ser hecho. Y organizó una junta de fábrica y trabajo y entre él y algunos salvados de las últimas miserias, aprontaron exiguos medios para empezar la fabricación de la iglesia. Medios tan exiguos eran, que apenas había cal, apenas había maderas, apenas ninguno de los más indispensables materiales para la construcción.

Pero las colinas circunstantes tenían piedras, la tierra comarcana es arenosa, el fondo del valle es muy selvático, y en pueblos y valles había hombres dispuestos al trabajo. Lo emprendieron, y empezó a tener la forma de algo que debía ser algo el antes montón de escombros y de materiales.

Y entonces tuvieron envidia las mujeres; y las excelentes barilejas se dijeron: ¿por qué no habíamos de trabajar nosotras? Y fueron a la próxima cantera y al lecho del río desecado, y al vecino cerro, y llevaron sus cargas, sus óbolos, su contribución de piedras.

Y entonces tuvieron envidia los niños y consiguieron que los maestros los despidieran diariamente una hora antes de la reglamentaria, y se iban en tropel, imitando a sus hermanas y a sus madres, a llevar al templo su triunfo de piedras y arena.

Y al verlos, babeaban envidiosos sus abuelos, y se les fueron detrás porque se estimularon al trabajo y se estimularon a sí mismos, y cargaron piedras, arenas y cascajo.

Al ver empeñados a los venerables, artesanos y hombres de trabajo se presentaron a pedir su puesto; y para que cada cual tuviera el suyo y no se interrumpieran los unos a los otros y la confusión no interrumpiera



quiera el proseguimiento de la obra, hubo que establecer vez y hora, y los niños iban a su hora, y las damas a su vez, y todos en el momento prefijado.

Por eso, cuando el viajero llegaba a la población más hospitalaria del Sud de la República, y después de sestear, se asomaba a la plaza y oía leves toques de campana y veía cómo con cada toque coincidía una renovación de actividad en los contornos, no tenía necesidad que le explicaran que aquella actividad correspondía a aquellas campanadas.

A la mayor parte de los viajeros encantaba, sobre todo, aquella hora de tibio ambiente, de vaga luz, de tenues resplandores que las damas de Baní habían escogido para llevar su corvea voluntaria al templo. Y era, en efecto, un hermoso espectáculo para aquellas hermosas tardes de Baní, la continua procesión de dulces y risueñas banilejas, desde el cerro al templo y desde el templo al cerro.

Mas para el oscuro pensador del porvenir, la hora y el espectáculo más conmovedores eran aquellas sofocantes horas de la siesta y aquel tumulto de escolares que a esa hora se encaminaba a la plaza a poner su piedra en la nueva edificación.

¡Mil veces ah!... Si a todas horas y en todas partes y en toda obra de reedificación o de construcción enseñaran a poner su pedruzuela a las generaciones nuevas, ellas sabrían qué materiales, ellas sabrían qué arte habrían de poner en la obra que el tiempo y el destino les encomiendan, y toda obra se levantaría, como se ha levantado el templo de Baní, sin lágrimas, sin duelos, sin sacrificios, sin fraudes, sin mentiras; como obra de bien, como obra de buena voluntad, como obra de buena fe, como obra de todos para todos, de



los municipales para el municipio, de los individuos para la sociedad, de la sociedad entera para todos y cada uno de sus componentes.

(1883).



LA PROVINCIA DE SANTIAGO DE LOS CABALLEROS COMO EJEMPLO DE ADHESION

La provincia más provincia de todas las provincias de la República Dominicana, la de Santiago de los Caballeros. Ella es la que salvó de la invasión haitiana, todo el norte de la República: ella es la que, desde mucho antes, sostenía, con el espíritu viril que faltaba a las demás: la lucha por la vida en que estaban empeñados los colonos españoles de oriente y los colonos franceses de occidente.

En los tiempos ominosos de la reencadenación a España, Santiago de los Caballeros fue la que más propugnó, con más brío y con más resolución y con más abnegación. Ella fue, entonces, la que prefirió ver despojadas sus viviendas, yeremos sus campos, incendiada su capital, despobladas sus comarcas, hambrientos y desnudos sus guerreros, antes que sucumbir al yugo que otras comarcas habían recibido mansamente.

En las luchas civiles, la provincia que más fuertemente ha combatido la tiranía, la que con más frecuencia ha batallado contra el despotismo, la primera siempre en alzarse en nombre de los principios, ha sido Santiago de los Caballeros. Ella fue la que destruyó el edificio de sangre que habían levantado seis años de constante trabajar contra el derecho; ella fue la del 5 de marzo; ella fue el alma y el arma de la Evolución, único



movimiento de doctrinas, única lucha de ideas que se ha sostenido en el país. Ella también, Santiago la magnánima, fue la provincia en donde más tenazmente se sostuvo el más popular de cuantos presidentes se han dado a la República: ella por último, fue la de aquel combate de 1867 en que unos cuantos jóvenes y unos cuantos campesinos desalojaron del castillo perfectamente defendido por una fuerza numerosa a los sostenedores del error.

Pero provincia tan viril ¿á qué debe el carácter que la distingue? Casi exclusivamente a la ADHESION de sus provincianos. Entre ellos es ley el servir sin condiciones a su sociedad provincial, y como solo les han dado ocasión para servirla en los trances de la guerra y en las horas del conflicto, hacen brillar su adhesión a la provincia en todos los momentos del esfuerzo de sus hijos.

Hora vendrá en que el noble provincialismo de los santiagueros tome un curso más plácido y tranquilo; esa hora será la que señale la llegada del primer tren de ferrocarril de Samaná a Santiago. Entonces los guerreros fuertes, los ciudadanos varoniles invertirán todas sus fuerzas en el cultivo de su tabaco y su café, en la manipulación de sus abundantes materias primas y en la cultura de su entendimiento vigoroso y de sus sentimientos elevados.

Entonces, el ejemplo que hoy pueden dar aquellos buenos provincianos será ejemplo mejor, porque será más completo y más digno de la civilización.

(1884).



SUD Y NORTE: NORTE Y SUD

Un escritor desconocido, a quien las letras patrias me agradecerán que haya dado a conocer, el señor Jesús del Cristo, ha publicado en el número anterior de esta Revista, un excelente artículo, titulado: *El Sud como ejemplo de amor a la Independencia* (*).

Nada hay en ese artículo, bien escrito y bien pensado, que me haga arrepentir de haber buscado en hechos y nombres de la República Dominicana, los ejemplos que ella ofrece a la moral social. Por el contrario: la publicación de ese buen trabajo, pensado a imitación de los que completan mi obra de Moral social, me prueba que es bueno el medio escogitado por el Director de la Escuela Normal para ilustrar la doctrina y los principios de moral que ha expuesto e inculcado a los normalistas.

Injuria sería atribuir a escritor como Del Cristo, la pobreza de criterio que pueden tener los que hayan visto intenciones políticas o preferencias inmotivadas, en el acto que yo creí patriótico, de presentar a la nobilísima provincia y ciudad de los Caballeros como ejemplo de adhesión. Mas como la patriótica devoción que muestra en favor del Sud de la República el escritor, tiene cierto sabor de protesta, algo de que protestar un hombre justo tendrá sin duda, el trabajo que tomé de la Normal para complacer a la REVISTA.

(*) El artículo citado aparece en *Hustos en Santo Domingo*, Vol. I. p. 119.



Ese algo ¿qué es? Algún dejo de mala voluntad para el Sud. Del Sud son Baní Azua, San Cristóbal, centros sociales de la República, cuyas excelencias patenté en escritos calurosos. Sud es la capital, a cuyos intereses inmediatos he consagrado en los periódicos de ayer y de hoy, cuantos escritos bien intencionados me ha dictado el interés doctrinal que me inspira el desarrollo de los elementos de civilización. Sud, fulgurantes personificaciones del Sud, fueron Duarte y Sánchez, y como ejemplo los tomé de los deberes sociales a que gloriosamente se sacrificaron.

Ayer, mientras del Norte y del Noroeste y hasta de París, recibía estímulos para proseguir en estudios justicieros como esos, del Sud no recibí estímulo, contando sin duda, y con razón con que no los necesita para perseverar en su propaganda del bien y de lo bueno, quien ya mucho antes de venir a tratar de realizar uno de sus propósitos en la República, conocía los dolores de esa propaganda.

Hoy, cuando por continuarla, y haciendo una Justicia, que es patriótica, manifiesto admiración a una virtud patente, que honra tanto a la nación dominicana como a la Provincia en donde brilla esa virtud, porque la honra de la hija es honra de la madre, surge expresamente un escritor inteligente, con el único fin de excitar rivalidades provinciales, estableciendo comparaciones que de ningún modo han estado en la mente de quien, no para el público irreflexivo, sino para estudiantes obligatoriamente reflexivos, dicta el tratado y las ilustraciones de Moral social a que corresponde el ejemplo que impugna de soslayo el panegirista patriótico del Sud.

Mucho lo siento, lo siento por el país, lo siento por



el inteligente patriota del Sud, lo siento por mí. Es lamentable estado moral el de un país, en donde el reconocimiento público de méritos en una de las fracciones de su suelo es impopularidad en las fracciones restantes.

Yerra, aún con el mas alto propósito, el patriota que, como el señor Jesús del Christo, descubre y aún favorece con su talento esa tendencia nacional a la desunión de los miembros integrantes de la nacionalidad. Yerro yo mismo, cuando, después de tantas y tan continuas pruebas de afecto igual a todas y cada una de las entidades que constituyen la República, y después de tantas y tan absolutas pruebas de elevación de carácter y de indiferencia o desprecio por todo lo que es mezquino, aún puedo estar al alcance de imputaciones como la que intentara presentarme como favorecedor de rivalidades y discordias.

Errar, por ser concienzudo, —que es mi caso; errar por ser patriota del Sud,— que es el caso del señor Del Christo; patentiza involuntariamente una lacería social, como la de la suceptibilidad vidriosa de cada provincia, cuando se dice bien de otra. ¿No es esto sensible hasta el punto de obligar a invocar la *Ricordanze* de Leopardi, o las *Metamorfosis*, de Ovidio, o la *Soledad* de Zimmermann, o la autobiografía de Richter?

Pese a Dios y pese a mí! Pues estamos frescos con la misión de mártir que tiene en nuestras tierras el consagrado a desarrollo moral e intelectual!...

Pero es necesario perseverar: que el daño es grave, cuando hombre como debe ser de bien el que personifica en Del Christo la tendencia enfermiza del país, se nos presenta enfermo de un mal tan peligroso para el porvenir de la Patria dominicana. Es grave el mal: santa



virtud y mas santo deber es el patriotismo; pero patriotismo no es eso. Patriotismo no es exclusivismo sino *inclusivismo*.

El patriota no excluye, incluye; no resta, suma; no divide, multiplica; no fracciona, integra; no tiene ojos de aumento para los méritos locales, y ojos de disminución para los méritos de hermanos; no considera extraño a todo no nacido en el lugarejo o el lugar, ni llama extranjero a todo el que por el mero hecho de prestar servicios patentes al país, es más nacional y más patriota, cien mil veces más patriota y más nacional, que la mayor parte de esos patriotas de colmillo envenenado que, no conocen más patriotismo que el patriotismo de la tontería.

Puesto que no pertenece a esa falange de tontos agresivos, no los secunde ni les sirva el bueno, pero errado patriota del Sud. Secunde y sirva a los que queremos una patria dominicana tan homogénea, tan adherente en sus varias partes, tan una, que Norte y Sud, Sud y Norte, no sean mas que articulaciones del organismo nacional.

Y entonces podrá llegar el suspirado día en que Este y Oeste, Oeste y Este, formen con Norte y Sud los puntos cardinales de la que algún día será una gran nacionalidad

(1884).



LA QUE ALGUN DIA SERA UNA GRAN NACIONALIDAD

Y entonces podrá llegar el suspirado día en que Este y Oeste, Oeste y Este, formen con Norte y Sud los puntos cardinales de la que algún día será una gran Nacionalidad.

Sea del patriotismo vocinglero, o del entusiasmo iluso, el derecho de afirmar un porvenir esplendoroso, tomando como premisa un presente menos umbroso que el pasado. Al pensador toca el deber de presentar las pruebas de sus afirmaciones; y, si afirma que esta sociedad en formación, cuyos materiales de construcción no están siquiera preparados, puede llegar a ser digna de la Historia, no será por ceguedad de sentimiento, no tampoco por credulidades de ilusión; será por el dominio racional de datos efectivos.

Hasta ahora, tal como la han hecho, según que sigue siendo la República Dominicana, es no más, no menos, un campo de explotaciones económicas: la afluencia del capital, la inmigración de trabajadores, el mejoramiento de los procedimientos técnicos del trabajo, la importación de industrias, junto con las excelencias de su suelo, han podido, de la noche a la mañana, hacer de ella un centro de producción, y podrán, con dirección mas atinada, hacerla un centro fijo de consumo. Eso, con un poco de actividad sajona, han hecho de Singapore los ingleses, y de Hawai los ingleses y los norteamericanos. Pero eso, y cuanto de eso se desprende, podría llevar a



la prosperidad social y al bienestar individual sin que la nación dejara de ser una nacioncita como hay cien y como podrá haber mil en donde quiera que haya hombres capaces de organizar concienzudamente el trabajo social.

La que puede ser una gran nacionalidad no es la República Dominicana que conocemos. La República puede progresar hasta el punto de organizar todas sus fuerzas, utilizándolas en su propia civilización, y así podría llegar a ser una gran nación. Cuba si logra salir de las garras españolas, Puerto Rico, si quisiera decirse a salir de ellas, podrían también llegar a ser naciones considerables. Pero ninguna de ellas podrá llegar aislada a lo que sólo juntas pueden llegar todas.

La nacionalidad es de institución natural; la nación es de institución jurídica. La geografía, la historia, sobre todo la etnología, la ética misma, concurren a la formación de la nacionalidad, en tanto que la nación puede constituirse aún contra los elementos éticos, étnicos, históricos y geográficos. Así, Suiza, una de las naciones más poderosas por la fuerza orgánica de sus componentes, es un compuesto heterogéneo. Las naciones todas de Europa, y sobre todo España, y Austria aún más que España, son naciones híbridas, en cuya composición han entrado casi todos cuantos elementos históricos han funcionado en Europa desde la acción de Roma sobre las confusas naciones que hormigueaban en su contorno, hasta la reacción de los pueblos bárbaros sobre Roma, y desde la descomposición del Imperio de Occidente hasta la recomposición de las naciones europeas. Hoy mismo, en el fondo de la política internacional de Europa (de la política, no de la diplomacia), si hay un problema fundamental que resolver para hacer estable el inestable



equilibrio artificial de aquellos Estados, no es otro ese problema que el de la restitución de algunas naciones o fracciones de nación a su nacionalidad originaria. Italia irredenta, el panermanismo, el panslavismo, la exaltación de los principados danubianos a monarquías autónomas, incógnitas despejadas, o por despejar, son del problema. Incógnita también de él aún más tenaz, la cuestión de Oriente.

En las Antillas mayores hay el esbozo de una nacionalidad; y de una nacionalidad tan natural, por inasequible que hoy parezca y aún por invisible que sea a tardos ojos, que en ninguna otra ha hecho la Naturaleza tanto esfuerzo por patentizar su designio. Cuba, Jamaica, Santo Domingo, Puerto Rico no son sino miembros de un mismo cuerpo, fracciones de un mismo entero, partes de un mismo todo.

Geológicamente, son el mismo pedazo de la misma costra continental, fraccionadas por la misma convulsión. Geográficamente, son la misma porción de territorio en casi los mismos paralelos. Físicamente, tienen la misma estructura, el mismo sistema de montañas, los mismos climas, con la misma distribución de relieves y las mismas zonas agrícolas, industriales y comerciales. Históricamente, el mismo pasado ante-histórico, la misma procedencia colonial, parecidos sucesos, o los mismos, derivados de los mismos motivos de existencia. Étnicamente, la más sencilla combinación que hay en América; una misma variedad caucásica como fondo, y el mismo derivado etiope como accesorio. Éticamente, las mismas tradiciones religiosas, políticas, económicas y administrativas, produciendo los mismos usos y costumbres, o más bien, la misma falta de costumbres.

Si se incluye a Jamaica en esta asimilación de las



grandes Antillas, no será porque las ignoren sus disparidades que resultan del cambio ventajoso de metrópoli y de variedad caucásica que Cromwel procuró a nuestra hermana del Sudoeste, sino por ser palpable la prioridad de los motivos de asimilación sobre los de disparidad.

También se desemejan la antigua Quisqueya, por una parte, y Cuba y la antigua Borinquen por la otra, y nadie será, sin embargo, tan ciego que no vea la confraternidad evidente de esos grupos sociales.

Si así lo reclama la política, descartemos a Jamaica: ella vendrá algún día a su centro de gravedad. Pero la política, como la razón, como la moral, como la civilización, quiere que encartemos las tres grandes Antillas restantes.

El grupo que constituyen es tan homogéneo, que para ser en la historia lo que son en la Geografía, les bastará organizarse según Naturaleza, obedecer a la Naturaleza, constituir políticamente la clara nacionalidad que intrínsecamente constituyen.

A eso se irá, a eso habrá que ir por la fuerza de las cosas, y el día en que a eso llegue, la sociedad de las Antillas formará en los tiempos venideros una nacionalidad de un carácter semejante, y tan poderosa y tan prepotente y tan viva y tan insinuante en la civilización universal, como aquella sociedad helénica que, en la cuna de las sociedades europeas, ocupó en el mundo antiguo una posición geográfica y comercial que en el mundo moderno no tiene más que las Antillas.

Ahora bien, ¿a cuál de las Antillas corresponde la iniciativa en esa obra, y cuál de las tres dispone de los recursos que sólo dá la independencia? Necesariamente ha de ser la única de las tres que es independiente. Y cuáles han de ser los recursos que ponga en juego? Todos,



y cualesquiera, a medida que las circunstancias los reclamen.

Pero además de esos medios imprevisibles, que sólo el desarrollo de los hechos y el desenvolvimiento de un plan metódico pueden indicar con precisión, hay un sistema de conducta definido, que indefectiblemente llevará a esa meta. Y ese sistema de conducta, por justa providencia de la lógica, es exactamente el mismo que requiere la civilización de la República.

La República no podrá considerarse civilizada, ni aún en vías de concienzuda civilización, hasta que haya empezado a poblar del modo más expansivo su territorio despoblado; hasta que haya sabido poner en producción todas sus fuentes de riqueza natural; hasta que haya fundado un sistema racional de rentas, que le consienta establecer sin restricción el libre cambio universal; hasta que, educada por el libre cambio de productos, adopte el libre cambio de ideas, y olvidando el exclusivismo colonial de España, que aún conserva, abra de veras sus puertas a los hombres de todas procedencias, de todas las religiones, de todas las opiniones, y abra su alma a todos los efluvios del pensamiento humano.

Sobre este orden económico-social se establecerá por sí mismo un orden jurídico que hará de la noción del derecho y del deber la base de las relaciones políticas, y de cada morador un ciudadano y de cada ciudadano un hombre libre, y de cada hombre libre un patriota contento de su patria, y de la patria un espectáculo consolador para los hombres.

De lo que es a lo que puede ser, bien vé la República el abismo; pero es el abismo imaginario en que todo, forma o puede formar la ignorancia.



La ignorancia de las condiciones propias de la vida dominicana y del que debe ser objetivo de la vida dominicana, la ha desviado tanto de su objeto, que cuando éste se presenta parece imaginario, ilusorio e inaccesible. Es como, cuando ascendiendo por las primeras estribaciones de la *Serra dos Orgaos* y dirigiéndose desde la estremidad septentrional de la bahía de Río Janeiro hacia la arcádica Petrópolis, contempla el solitario pensador el punto de partida y el de meta; parécetele inaccesible el uno, por lo alto; insondable el otro por lo hondo, y como entre él y ambos puntos hay un mar flotante de vapores que atenebran y ocultan la orilla, la bahía y la ciudad, en tanto que hacen más puntiagudos los cúmenes de los *Orgaos* hacia donde se dirige, en el primer momento de su pasmo cree que todo es aire vano, vapor, gas tenebroso, y que no hay más tierra firme, ni más punto de apoyo para él que el recodo del camino en que se encuentra.

Y así en las sociedades que tienen nuestro origen, y así principalmente en la sociedad dominicana: su punto de partida es la mayor hondura, el coloniaje de España, y tienen que elevarse por sí mismas a la mayor altura, la civilización moderna, palpando y tanteando en las tinieblas: y andan extraviadas en ellas casi siempre, y cuando logran un asidero, aún cuando sea un error, creen que es el único punto de apoyo que existe para ellas, que sólo es buen camino el que caminaban y que las altas cumbres hacia donde las empuja su destino son meras ilusiones ópticas, peligrosas vaguedades, vaporosidades pavorosas.

Salir de esa alucinación, mirando frente a frente a las oscuridades del pasado, las sendas torcidas del presente y las agudas perspectivas del porvenir; decidirse a



vivir como deben vivir los pueblos americanos, decidirse a convalecer, *valere audere*, aplicando las fuerzas de la salud a desarrollarse del modo más completo en la totalidad de los aspectos de la vida, atreviéndose a querer ser la nación iniciadora de la nacionalidad antillana y del plan de confederación en que ha de modelarse eso sería constituir una nación fuerte por los recursos, fuerte por el pensamiento, fuerte por el ideal.

Por pequeña que sea la nacioncita llegaría a ser la madre de la gran nacionalidad que algún día mediará entre el Norte y el Sud del Continente, como media el fiel en la balanza; para ponderar y equilibrar y dar a cada uno lo que es suyo.

¿Oegri somnis? Pues si no se realizan, será porque la estupidez está despierta.

(1884).



QUISQUEYA, SU SOCIEDAD Y ALGUNOS DE SUS HIJOS (*)

De aquí a tres meses, el 12 de octubre, habrá cumplido cuatro siglos de historia positiva el Nuevo Mundo; de aquí a cinco, el 6 de diciembre, tendrá cuatro siglos de pruebas y dolores la isla que más amó el que dió un Mundo Nuevo al Viejo Mundo.

Para que cuando llegue el día del homenaje que América y Europa se aprestan a tributar al varón fuerte a quien debe la humanidad uno de los servicios más fecundos que en toda la serie de los siglos se le han hecho, podamos tener del escenario en que se consumó ese beneficio una idea un poco más viva y penetrante que las dadas por la geografía impasible y por la historia casi siempre desdeñosa de las vidas oscuras, voy a intentar el retrato de la tierra y de la sociedad a quienes Colón dió nacimiento histórico y a quienes la providente justicia ha confiado las cenizas del civilizador por excelencia.

I

En la mañana del 6 de diciembre de 1492, doblando Colón el cabo que forma la extremidad norte de la especie de plataforma en que Cuba comienza por el este,

(*) Esta serie de artículos fue publicada en el periódico *La Patria*, de Valparaíso, Chile, entre agosto y octubre de 1892, y reproducida en el periódico de Santo Domingo, *El Eco de la Opinión*, en noviembre del mismo año.



distinguió a simple vista, hacia el oriente, un promontorio que al principio tomó por una de las salientes de la isla que recorría; pero que, a poco andar, reconoció como una isla distinta. Era *Bohío*, como él y su gente habían entendido a los indígenas de Guanahaní y Cuba que se llamaba Haití.

Haití, así por sus habitantes llamada a causa de sus montañas, y por sus vecinos designada con el nombre de Bohío (casa, por extensión y figuradamente familia) para expresar su numerosa población, era una isla digna de la admiración que por ella demostraban los demás lucayos (pues las Lucayas y las grandes Antillas estaban pobladas por la gran familia de ese nombre), y merecía también el entusiasmo con que llenó el pecho de Colón.

Tan pronto como se acercó al promontorio de Marién, que él llamó cabo de San Nicolás, por ser el santo del día, empezó el himno de bendición y admiración que el enajenado Descubridor entonó, desde aquel hasta el momento de la muerte, a su tierra predilecta.

"A la entrada de él —dice Las Casas en el extracto del diario— carta de Colón —se maravilló de su hermosura y bondad. Y aunque tiene mucho alabados los puertos de Cuba, pero sin duda, dice él que no es menos éste, y antes los sobrepuja, y ninguno le es semejante".

Y tenía mucha razón en admirarlo, porque enseñanza de agua en más bella tierra, y disposición más pintoresca del terreno para enseñar las aguas, probablemente no hay que sorprenda, asombre y entusiasme tanto al capaz de apreciar las bellezas de la naturaleza.

Cuatro días después habiendo desembarcado en otro puerto, "vieron las mejores tierras del mundo"

Al día siguiente, navegando por el canal que separa



de Haití a la isleta de Tortuga, dice contemplando desde a bordo a la primera, "que es la más hermosa cosa del mundo".

Medio arrepentido de haber comparado aquella hermosísima tierra a la de Castilla (por lo cual había llamado Española a la isla), dice en el diario del 13 de diciembre: "Dijeron también (los enviados por Colón a tierra) que ninguna comparación tienen las de Castilla, las mejores, en hermosura y en bondad, y el Almirante así lo veía por las que ha visto y por las que tenía presentes, y decíanle que las que veía ninguna comparación tenían con aquellas de aquel valle, ni la campiña de Córdoba llegaba a quella con tanta diferencia como tiene el día de la noche".

En la mañana del 15 buscando y encontrando por mar el acceso del valle que tanto lo había ponderado, llega a él y exclama que "otra cosa más hermosa no había visto por medio del cual valle viene el río".

Al día siguiente, ya no se contenta con alabanzas comparativas, sino con esta expresión absoluta de la maravilla: "tierra es la mejor que lengua pueda decir".

En ese mismo diario del 16 de diciembre, queriendo el buen Las Casas, que también amó con entusiasmo aquella isla, alabarla con las mismas palabras de Colón, no se satisface con extractos, y copia del diario carta lo que Colón decía a los reyes de Castilla y Aragón: "Crean vuestras altezas que estas tierras son en tanta cantidad buenas y fértiles, y en especial esta de la Isla Española, que no hay persona que lo sepa decir, y nadie lo puede creer sino viere".

Cuando llega a la bahía de Acul, cree necesario excusarse de su admiración siempre creciente, diciendo "que ha loado tanto los pasados que no sabe como lo enca-



recer, y que teme que sea juzgado por manificador excesivo más de lo que es la verdad”, y pone por testigos de la verdad de sus aseveraciones a los marineros antiguos que consigo lleva, “y éstos dicen y dirán lo mismo, y todos cuantos andan en la mar; conviene a saber, todas las alabanzas que ha dicho de los puertos pasados ser verdad, y ser éste muy mejor que todo, ser así mismo verdad”.

Después, en su segundo viaje, cuando penetrando de la costa en el interior, y en dirección inversa, desde el este al oeste, empezó a conocer la selva virgen, y sin saberlo, fue acercándose por las fragosidades de la cordillera del Cibao a aquel viaje longitudinal de la Isla, que es probablemente el más hermoso remedo del Continente que la naturaleza ha hecho en “tierra rodeada de agua por todas partes”, o la más bella prueba geológica de que las Antillas son un continente sumergido o un pedazo arrancado de la tierra continental, quedó mudo de admiración ante lo que al recobrar la palabra, llamó con mal nombre Vega Real, olvidando que la naturaleza se apoca, disminuye y desvirtúa cuando la hacen servir para perpetuar superioridades ficticias.

Aunque el objeto de su expedición al interior de Haití no era su admiración al admirable suelo que aún espera moradores capaces de consagrarlo a la faena de la civilización, al llegar al llamado Santo Cerro, mirador sin igual desde donde se abarca de una ojeada todo el valle central de la Isla, prorrumpió en exclamaciones de alegría que los ecos de la historia han ido transformando en maldiciones, porque desde aquella hora, feliz para Colón, infeliz para Quisqueya, quedó decretada la muerte de la inocente familia que pobló la Isla.



No fué Colón quien decretó esa muerte: él, cuanto amó a la tierra, tanto amó a sus moradores.

En el momento mismo en que empieza a conocerlos, empieza a alabarlos.

Si la tierra le parece la más “llena de hermosura y bondad que lengua puede decir”, el habitante le pareció “la mejor gente del mundo y más mansa”.

Al ponerse en comunicación con el primer hombre notable de la tierra que se le acercó, la natural distinción de su persona le hizo creer que era rey, y dice: “Este rey y todos los otros andaban desnudos... y son los más hermosos hombres y mujeres que hasta allí hubieron hallado”, aunque pocos días antes, oyendo las ponderaciones de los que habían saltado a tierra, había dicho que no sabía cómo había de ser gente mejor que la de Guanahani y Cuba, siendo éstas tan buenas y tan bellas.

Cuando el 17 de diciembre, estando en Puerto de Paz vino el jefe de la población que hoy es *Gros Morne* a visitarlo se empeña en comunicar a los reyes de su impresión favorable, y les dice: “sin duda parecería bien a vuestras altezas su estado (presencia y continente) y acatamiento que todos le tienen”.

Más adelante, en el mismo diario, al relatar las recíprocas muestras de consideración que se dieron el *ni-tayno* y él, se capta Colón las simpatías de cuantos lo ven tan a la altura del papel de civilizador que era digno de representar y que fue sombrío destino suyo trocar después por el de primer conquistador.

Cuando del que es hoy pueblo de Acul, vecino al puerto de este nombre, vinieron hacia las carabelas —“tantas que cobrían la tierra”, dice Las Casas— pondera Colón la liberalidad de los indígenas, diciendo: “Y no se diga que porque lo que daban liberalmente, por-



que lo mismo hacían y tan liberalmente, los que daban pedazos de oro como los que daban la calabaza del agua; y fácil cosa de cognoscer cuando se da una cosa con muy deseoso corazón de dar". Después, juzgando, agrega: "Finalmente, no puedo creer que hombre haya visto gente de tan buenos corazones y francos para dar".

En el diario del 24 de diciembre, navegando hacia el Guarico, escribe a los reyes: "qué más mejor gente ni tierra puede ser, y la tierra y la gente en tanta cantidad, que yo no sé ya como lo escriba: porque ya he hablado en superlativo grado la gente y la tierra de la Juana, a que ellos llaman Cuba; mas hoy tanta diferencia de ellos y de ella en ésta como del día a la noche, ni creo que otro ninguno que esto hubiere visto, hubiese dicho ni dijese menos de lo que yo haya dicho, y digo que es verdad que maravilla, —y todos de muy singularísimo trato amoroso y habla dulce, y de buena estatura hombres y mujeres". Y hablando del señorío natural de los nitaynos, o personas en ejercicio de autoridad que ha visto: "todos éstos señores son de poca palabra y muy lindas costumbres: su mando es lo más con hacer señas con la mano".

En la Navidad, con ocasión de la pérdida de la nao, "Santa María", que él mandaba, recibió de Guacanagari, el cacique de Marién, en la vecindad de cuya mansión zozobró el buque, tales tan espontáneos y tan delicados servicios, que Colón certifica, dice Las Casas, "que en ninguna parte de Castilla tan buen recaudo en todas las cosas se pudiera poner sin faltar una agujeta". Y si no son expresión figurada del agradecimiento de Colón, sino correspondencia de la palabra con el hecho, las que el Almirante emplea, "el cual como lo supo (el naufragio) dicen que lloró", alma bien delicada hubo



de ser aquel, predestinado a víctima de sencillez de corazón.

Las Casas extracta las siguientes palabras de la primera entrevista de Guacanagarí y Colón: "Hoy a salir del sol vino el rey de aquella tierra que estaba en aquel lugar, a la carabela, "Niña", donde estaba el Almirante, y casi llorando le dijo que no tuviese pena, que él le daría cuanto tenía, y que había dado a los cristianos que estaban en tierra dos muy buenas casas, y que más les daría si fuese menester, y cuantas canoas pudiesen cargar y descargar la nao y poner en tierra cuanto gente quisiese, y que así lo había hecho ayer, sin que faltara una migaja de pan".

Esta hospitalidad de corazón enternece al Descubridor hasta el punto de darle la palabra que caracteriza al admirable semi bárbaro... "tanto son fieles y sin codicia de lo ajeno, y así era sobre todos aquel rey virtuoso".

Aunque el relato del recibimiento hecho en la corte por Guacanagarí a Colón es un extracto desairado, causa encanto y delicia ver a través de él la delicadeza, bondad y sencillez del indigena lucayo: "Salió el Almirante en tierra y parecióle que el rey lo había visto cuando iba en la barca, el cual se entró presto en su casa disimulando, y envió a su hermano que recibiese al Almirante, y llevólo a una de las casas que tenía dadas a la gente del Almirante, la cual era la mayor y mejor de aquella villa. En ella le tenían aparejado un estrado de camisas de palma, donde le hicieron asentar. Después el hermano envió un escudero suyo a decir al rey que el Almirante estaba allí, como que el rey no sabía que era venido, puesto que el Almirante creía que lo disimulaba por hacerle mucha más honra. Como el escudero se le dijo dió el cacique dice que a correr para el Almirante,



y púsole al pescuezo una gran plasta de oro que traía en la mano”.

Salió, en la mañana del 2 de enero de 1493, “para ser despedido del rey Guacanagari”. Hizole y recibió presentes, le recomendó a Diego de Arana, uno de sus pocos fieles, a quien dejaba como jefe de la guarnición del fuerte de la Navidad; dispuso una escaramuza con la gente de los navíos armada, mandó disparar bombardas para que con este aparato de guerra “tuviese (el cacique) por amigos a los cristianos que dejaba” y el buen Guacanagari “mostró mucho amor al Almirante, y gran sentimiento en la partida, mayormente cuando lo vió ir a embarcarse”.

Estos hombres, que fueron buenos desde el primero hasta el último instante de su rápido paso por la historia, ocupaban en gran número, y divididos en cinco cacicatos o gobiernos, la hermosísima isla de Haití.

Uno de esos cacicatos señoreaba la porción del territorio que hoy constituye la provincia capital de la República Dominicana.

Como los indígenas llamaban Quisqueya esa comarca, los dominicanos se complacen en dar a la República ese nombre que suena eufónicamente al corazón y los oídos cuando lo invoca un poeta delicado (*):

Si dulce es el reclamo
 Que en el oculto ramo
 De la floresta umbría,
 La enamorada esposa, en blanco nido,
 Dirije al ruseñor, dulce a mi oído
 Suena tu nombre más, Quisqueya mía.

(*) Emilio Prud'homme, autor de la letra del Himno dominicano.



II

Quisqueya, o la República Dominicana, ocupa las cuatro quintas partes del territorio de la isla; Haití es dueña del quinto restante (*).

Aquella se extiende desde el comienzo de la isla, al este; la república negra hasta el extremo de la isla, hacia el oeste: la separa una línea divisoria constituida en casi toda su extensión por dos ríos que aproximadamente corren de norte a sur, o con más precisión, que trazan juntos los límites de ambas nacioncitas en la dirección norte-sur del territorio (**).

La isla tiene unas 7,500 leguas cuadradas de superficie, está en casi el centro del archipiélago, en medio de Cuba, al oeste y de Puerto Rico, al este, separada de ésta por el Canal de Amona, de aquella por el de los Vientos, y constituye probablemente el nudo central del sistema antillano, aunque es general el atribuir ese centro orográfico al Yunque, la montaña más alta del sistema, en Cuba (***)).

Aunque está en plena zona tórrida, sólo el litoral es caluroso. Tan pronto como se empieza a subir por las montañas, la temperatura se va modificando y no hay necesidad de elevarse a más de 400 metros sobre el nivel del mar para encontrarse en un verdadero clima templado.

Las tres cordilleras, al norte, al centro y al sur del territorio, erizan el plano hasta el extremo de que en el

(*) Sería más exacto decir $2\frac{1}{3}$ y $1\frac{1}{3}$ partes.

(**) El río Pedernales corre de Norte a Sur; el Masacre de Sur a Norte.

(***) Ya es cosa cierta que el núcleo del Sistema Antillano está en la Cordillera Central de Santo Domingo



centro de la isla, en la confluencia de la Hilerá Central o cordillera del centro, y del Cibao o cordillera septentrional, los montes Caos constituyen un verdadero laberinto de montañas.

Hay tres grandes valles en la misma dirección este-oeste de las cordilleras, y multitud de vallejos, vallezuelos, talveg y alti-planicies que diversifican la temperatura, las producciones y el aspecto físico del suelo. Tanto como él es hermoso en su belleza hacia los senos de las cordilleras, tanto es gentil y risueño en las vertientes, en las faldas de las montañas y en los llanos de la costa.

Los altos valles son especialmente imponentes por su graciosa sublimidad; pero las sabanas son particularmente encantadoras por la fuerza de luz y de colores con que resplandecen.

Todo aquel suelo está admirablemente regado; y con tal arte dispuesto por la naturaleza el sistema de corrientes que lo bañan, fecundan y mantienen en verdura perdurable, que sus cuatro grandes ríos forman dos como diámetros interesantes que distribuyen las aguas principales y afluentes hacia los cuatro puntos cardinales.

El corte de su litoral está con tan sabia predestinación dispuesto que al nordeste, mirando hacia el Viejo mundo tiene la pasmosa bahía de Samaná en la República Dominicana; y al sudoeste, mirando hacia el Titán, tiene la hermosísima ensenada de Gonaive en la República Haitiana. El corte, aquí produce la extensa península de Jaragua: allí la de Samaná.

Cortes menos profundos, pero casi continuos, dan origen a puertos magníficos entre los cuales los tan admirados por Colón al noroeste, y el semillero de puertos



que al sur constituye la ensenada esplendorosa de Ocoa (*).

Colón, que no conoció más que una parte de la isla, en el litoral, y que del interior no conoció sino una parte del valle central que con el nombre de Vega Real, admiró tan entusiastamente, se habría declarado descubridor del Paraíso, si hubiera podido explorar la isla que ahí mismo, después de cuatro siglos, yace casi inexplorada.

Las tierras que el Descubridor declaró excelentes para la agricultura, lo son tanto, en efecto, que dan sin trabajo lo que se les pide, han empezado a dar más con trabajo de lo que éste les pide y pueden dar cuanto es posible pedir a un territorio. Si los terrenos del nivel del mar son capaces de producir cuanto brinda la zona tórrida, los del nivel de la montaña podrían dar cuanto produce la zona templada.

Lo que pueden dar por su espontánea gracia, ya lo dan. Así desde 300 metros de elevación, empieza la zona forestal de los pinos, que contiene pinares ilimitados, y ejemplares de coníferas que avergüenzan a los países de la zona templada.

(*) Este nombre a tanta distancia sorprende gratamente a los que procuramos que el secreto de la antehistoria americana está en el estudio comparado de los restos de lenguas indígenas que han quedado; pero más gratamente me sorprendió y me agitó a mí, cuando, recién llegado, vi una fotografía que representaba "el palmar de Ocoa"

El nombre, la circunstancia de ser la Ocoa dominicana una comarca de palmares portentosos, y el hecho mismo de ser las palmas de aquella comarca las más semejantes a las que todavía hermosean algunas campiñas de Chile, me hizo entrar apresuradamente a la fotografía; pero al ir a preguntar cómo había llegado a Chile aquel recuerdo de las Antillas, recordé que Chile tiene también su Ocoa, que ella es también el lugar de los palmares, y que, para no suspirar por los nativos campos, lo mejor es no dejarlos— Hostos.



Cuando desde el seno de esos pinares, en plena zona templada por el clima y los productos, se tiende la vista hacia las llanuras y se las ve pobladas de palmeras, cocotales, pinares, ceibales, caobales y otros cien tipos pródicos del trópico enseñoreándose en un mundo de cafetales y cañaverales, se duda de la realidad de aquella conjunción de climas y productos tan distintos, y se duda también de la racionalidad del hombre, que, en cuatro siglos de posesión de tanto bien, sólo en hacer mal los ha empleado.

Porque si ha habido tierra consagrada por el hombre al mal, es la de esas tierras venturosas, y especialmente aquella a quien la independencia ha devuelto una de las venturas de que el hombre, aunque también lo ha intentado, no ha podido despojarla.

La isla estaba poblada cuando la descubrió Colón por una población tan numerosa, que sus historiadores la hacen pasar de dos millones de habitantes, aunque generalmente se supone que sería de un millón. De esa muchedumbre, los trabajos, los contagios, la emigración y el horror a los conquistadores no dejaron en quince años, Herrera dice que en seis, más que unos cien mil. Tal vez Herrera tenga razón, porque Ovando, el gobernador con quien subrepticamente sustituyó Fernando el Católico a Colón, tenía que hacer plagar de las islas Yucayas o Lucayas los 40,000 hombres de trabajo, y mitad con quienes llenó el cómputo que parece le impusieron, y Ovando llegó a la isla a los seis años de descubierta.

Lo patente es que, a principios del siglo XVI, cuando Diego Colón consiguió temporalmente la devolución de los bienes, títulos, prerrogativas y dominios que por las capitulaciones de su padre con los reyes de Aragón y Castilla le tocaban, y fue de virrey a la Española, el



alzamiento del último de los lucayos, el nobilísimo Guarocuya, hubiera podido devolver la libertad a los indígenas, si hubiera habido indígenas; pero ya no quedaban sino unos cuantos centenares de familias al ceder Enriquillo o Guarocuya.

Aún antes de consumarse el mal de la despoblación, se había consumado el de las guerras civiles entre los conquistadores; tres hubo en los cuatro primeros años del descubrimiento.

Después vino la lucha con los filibusteros, con razón empeñados en utilizar para la agricultura y el comercio la fértil tierra que sus poseedores mantenían despoblada e improductiva, lucha en la cual conculyeron los aventureros de mar por apoderarse de todo el occidente de la isla, que pusieron bajo el patrocinio de Francia, hasta que un tratado la convirtió en colonia francesa.

No bien aposentados en su conquista los filibusteros, sobrevino la lucha realmente portentosa de los negros de Haití, encabezados por Toussaint Louverture, y la lucha de los dominicanos con los franceses, con objeto de volver a la dependencia de España.

Apenas conseguido este extraño objeto, el primero de los dominicanos, el que primero personificó la independencia y la república, realizó sin lucha la independencia y sentó la confederación de la Gran Colombia, ya artificial, pero gloriosamente concluida por Bolívar.

Mas apenas Núñez de Cáceres hubo obtenido su propósito, cuando los negros ya independientes de la parte occidental de la isla, se abalanzaron sobre lo que ellos llaman todavía "la parte de l'Est", y sorprendiéndola desprevenida e inerme, la sojuzgaron.

Veintidós años bajo el yugo habían pasado los dominicanos cuando, por fin, un gran patriota, Duarte, y dos grandes discípulos suyos Sánchez y Mella, arrebataron



de las garras del haitiano la presa que habían desgarrado, desangrado y desorganizado.

Esto sucedió en 1844, y todavía en 1856 estaban guerreando las dos vecinas.

Y bien fuera la guerra con los enemigos, si también no dividiera a los hermanos; pero cada lucha nacional incubaba una lucha civil, y así llegaron a 1861, en que, por segunda vez, intentaron los malos hijos de su patria reesclavizarla a España.

La anexión a España y la sangrienta guerra de independencia que inmediatamente subsiguió a aquella debilidad de Santana, el Presidente de la República, y a aquel error de O' Donnell, primer Ministro de Isabel II, llenó otros cuatro años de aquella vida social tan luctuosa.

Al fin, Quisqueya volvió a ser señora de sí misma.

Mas no para curarse de los males de la guerra, sino para recomenzar la obra de destrucción.

III

Durante el coloniaje, Santo Domingo, como concluyó para los colonos españoles por llamarse la Isla con tantos nombres conocida, no progresó. Ella, como las Antillas hermanas, vivió en abandono casi total de la metrópoli. Pero, al menos, la población que logró arraigarse en ella, pudo ir formando poco a poco una sociedad bastante homogénea en que prevalecía la raza conquistadora, así en influencia social, como en relativa cultura y en número.

Habían desaparecido los indígenas, que el doloroso error de Las Casas y los intereses siempre sordos a la justicia, habían sustituido con esclavos negros.

Estos componían la casta abyecta; los blancos eran la clase privilegiada.



Mas como, por una parte, los restos de la colonización española, que, al principio de los descubrimientos, principalmente en el segundo viaje de Colón y en la expedición de Ovando, había sido muy selecta, constaban de una considerable porción de familias hidalgas; y como por otra parte, la falta de estímulos había reducido la producción industrial del país al espontáneo crecer de greyes y rebaños en los hatos, y a la siembra y cosecha de algunas plantas de alimentación, y el trabajo de los esclavos era blando, las dos clases sociales vivían en recíproca estimación, contenta del buen trato de la blanca la clase esclava, contentos de los servicios humildes de los negros, sus señores.

La vida semi-pastora, la uniformidad de días sin sucesos, la regularidad de faenas en los campos y de hábitos en las pocas poblaciones, que, con el nombre pretencioso de villas y ciudades, reunían en centros uniformes a una porción de los habitantes de la colonia; la indisputada autoridad de los españoles, ante quienes todos se rendían, y la aún más indisputada autoridad del clero seglar, que no era numeroso, y del clero regular, que por adaptación, se había hecho querido e influyente, modelaron de modo aquella sociedad, que parecía una gran familia muy conforme, con su suerte, con sus jefes, con sus servidores, con su régimen y con sus costumbres.

Pero cuando los franceses obtuvieron a principios del siglo, en 1801, la cesión de la colonia, aquella asociación de buenas gentes empezó a romperse. Muchas familias, por no dejar a España, dejaron su patria, y se fueron a Puerto Rico, a *Costa Firme* (Venezuela), a Cuba

A este primer quebranto de la sociedad dominicana subsiguio otro más hondo, y cuando Toussaint y Desalines penetraron desde la que iba a dejar de ser colonia



francesa a la que había dejado de ser española, la emigración de familias solariegas fue tan general, que si algunas no hubieran regresado a su patria, acaso no habría habido embrión caucásico de donde derivar la porción blanca que en la población actual de la República Dominicana lucha por reivindicar sus antiguos fueros y primacías

Aquella, que fue una verdadera disociación, semejante en sus efectos a la que en la Acadia canadiense produjo el traspaso del Canadá francés a Inglaterra, disolvió casi todos los vínculos sociales, como disolvió la relación política y jurídica de las clases que habían formado la antigua sociedad de la colonia.

La oleada africana barrió bienhechoramente con la esclavitud, con los privilegios de casta y con los de origen, y mantuvo de tal modo en suspensión los elementos caucásicos que pudieron resistirla, ya resguardándose del contacto, ya transigiendo, ya aceptándola como un hecho consumado, que el imperio durante veintidós años, de los haitianos sobre los dominicanos, se puede mejor considerar como un hecho social que como un suceso político.

Mucho daño hizo a la sociedad civil ese predominio, por que era predominio de los bárbaros, durante el cual padecieron hondo mal la constitución de la familia y de la propiedad, el progreso de las ideas y el curso de la civilización; pero a la sociedad política hizo el inestimable beneficio de democratizarla y de igualarla hasta el punto de borrar de la idea y de las costumbres la noción de autoridad privilegiada y la diferencia de castas.

Así gracias a eso, pudo, cuando sonó la hora de expulsar a los haitianos, constituirse en Gobierno de iguales, para blancos, negros, y mestizos, sin que los blancos disputaran a los mestizos o a los negros, su elevación polí-



tica y social, y sin que los mestizos y los negros se descontentaran de obedecer como jefe a hombres blancos.

Desgraciadamente la tentativa de anexión a España y la formidable lucha que provocó, acaso más íntima y furiosa entre los dominicanos de uno y otro bando que entre los españoles y los dominicanos, se efectuó en un momento social que, bien aprovechado, hubiera favorecido la formación de una sociedad modesta y oscura, pero fuerte y viva; y que, mal aprovechado como fue por los que creyeron necesario llamar en su auxilio a España, interrumpió con la anexión el desarrollo normal, y con la guerra provocó la mezcolanza de los peores con los mejores elementos sociales, determinando el prevailecimiento de los peores.

Todo lo que la triste dominación haitiana había servido para desmoralizar la sociedad, sirvió la guerra contra la anexión para facilitar la demagogia.

En tanto que el estado de debilidad en que quedó la República ha ido sirviendo para el régimen político más irregular, circunstancias excepcionales de las Antillas vecinas y las fuerzas de la sociedad que han quedado intactas, empezaron a determinar un renacimiento. De Cuba y Puerto Rico, durante los 10 años en que la primera estuvo en lucha con España y en que la segunda estuvo pendiente de esa lucha, emigraron a Quisqueya muchos centenares de familias que llevaron el ejemplo de hábitos, costumbres, necesidades y modo de satisfacerlas, industrias y procedimientos económicos, que no tardó en ser seguido por aquel pueblo tan dócil al buen ejemplo (*).

Aunque una revolución muy principalmente enca-

(*) Entre esos emigrantes estaba Hostos, que llegó a Santo Domingo a raíz de la paz del Zanjón.



minada contra aquella emigración ejemplar dió por triste resultado la dispersión de los que la componían, no tardó en ser sustituida por una inmigración de capitales, que, huyendo de la ruina que los amenazó un momento en Cuba y Puerto Rico, fueron a aprovechar la ventaja que les ofrecían la concesión gratuita de terrenos y la excelencia de éstos.

Eso bastó para que, en sólo cuatro años, aquella fecundísima tierra produjera uno de los cambios económicos más pasmosos, aunque perfectamente natural. que ha sido dado producir en estos tiempos.

Ese mismo brevísimo plazo de cuatro años sirvió para, en otro campo de experimentación social, probar las aptitudes de la sociedad dominicana.

El ensayo de organización de la instrucción pública que empezó en 1880, dió ya en 1884 los primeros frutos: la enseñanza secundaria y la profesional produjeron maestros normalistas, bachilleres y abogados que inmediatamente se pusieron al servicio de las ideas en que acababan de educarse, y que contribuyeron a la formación de nuevos auxiliares de la verdad, la libertad y la civilización (*).

Durante diez años los esfuerzos de la Escuela Normal, del Instituto Profesional, de la Escuela Preparatoria, del colegio en que el presbítero Billini (**) acogió y secundó la reforma, dieron resultados tan satisfactorios que era necesario ser indiferente a la vida y progresos de una sociedad juvenil, para no alborozarse con ella y no presagiar bien de suelo y entendimiento nacional

(*) El autor de esa reforma fue el propio Hostos.

(**) Al principio, el P. Billini combatió la reforma educacional.



en donde tan corto tiempo de trabajo bastaba para tan pingües resultados.

Como si se hubiera abarcado en toda su generalidad la influencia del cultivo del campo y de la cultura del entendimiento público, junto al establecimiento de fincas de caña para la producción del azúcar, se instaló el de grandes cacaotales y el aprovechamiento de algunos productos agrícolas, el banano, por ejemplo, como materia prima para productos fabriles o como artículos de exportación antes no intentada.

Haciéndose lo mismo en la esfera de la cultura intelectual, se aplicó a la educación de la mujer la misma reforma que había fecundado el entendimiento de la juventud masculina, y dos establecimientos de educación femenil, uno de los cuales, el Instituto de Señoritas, entró de lleno en la reforma; dieron al progreso el empuje que le falta cuando el primer iniciado en sus ventajas no es la mujer.

Este vivo sentimiento del deber de civilización no se centralizaba en la capital, Santo Domingo sino que se manifestaba en casi todas las capitales de provincia; y, para inspirar más confianza, aparecía acalorado por las municipalidades.

De este modo, la misma sociedad que, a juzgarla como ludibrio de los gobiernos que consiente, se presentaba como desorganizada, juzgada por las fuerzas que estaba y está desarrollando en la formación de una clase culta, de municipalidades activas y de un orden económico basado en la propiedad rural, ofrece el grato espectáculo de una organización fundamental bien entendida, seguida con tesón y mantenida con esfuerzo contra la acción disociadora del poder público.

El mal actual de esa organización está en que los propietarios del suelo no tienen con la sociedad domini-



cana más vínculo que el del suelo. Son capitalistas extranjeros, que, a lo sumo, se interesan por aquellos agentes del progreso que van relacionados con los intereses materiales, pero que no tienen ninguno de los incentivos sociales que reclama en todos los grupos de la sociedad una reconstrucción.

Mal de ella es también que los municipios son demasiado pobres para hacer de sus municipalidades el gobierno entero e independiente del Ejecutivo que pudieran y a veces quisieran ser.

Y mal por último, es que, en realidad, la tarea de organización descansa en los hombres de la juventud, o abandonada a sí misma, o no bastante sostenida por los hombres de otra edad.

Con frecuencia, ya dos veces lo han hecho en el corto transcurso de seis años, los jóvenes hambrientos de libertad y creyendo su deber el vengar con hechos de armas los ultrajes que el personalismo demagógico hace a la dignidad de la República, se alistan con pronto y generoso corazón en empresas revolucionarias no suficientemente preparadas para el éxito, y abandonan la tarea de reconstrucción que, por las circunstancias excepcionales de la sociedad, depende de ellos.

A excepción de algunos varones profundamente patriotas, que se han formado a sí mismos como voluntad para resistir al mal gobierno, y como entendimientos ansiosos de verdad; y a excepción de los jóvenes formados en el norte de la República por hombres tan notables como Peña y Reinoso; y en el sur por Meriño, Baldorioty de Castro, Billini, los Henríquez, los Castillos, Prudhomme, Nouel, Arvelo, Alfonseca, Rodríguez, y los discípulos de la Escuela Normal y del Instituto Profesional; a excepción de esos jóvenes y de las señoritas formadas en el colegio e instituto que antes mencioné;



y algunos y algunas de los y las cuales tienen una cultura intelectual muy superior a su medio social, y una cultura moral muy superior a la del tiempo, la sociedad dominicana vive aún la misma vida de la colonia.

IV

A pesar de que la gente es positivamente buena por inclinación, y acaso por falta de necesidades sociales, el miedo a la crítica lugareña, que es el cáncer de todos los pueblos dormidos, había impedido que las poblaciones de la República se ofrecieran a sí mismas y al forastero en los paseos públicos. Así es que, antes de que los cubanos emigrados en Puerto Plata establecieran por su cuenta y riesgo esa costumbre, la única diversión de las ciudades dominicanas eran las fiestas de iglesias, muy abundantes en la capital, llena de iglesias, y Santiago de los Caballeros, donde hay dos, pero no en los demás valles y ciudades, que se contentan con un solo templo católico, cuando no tienen, como Puerto Plata, Samaná y Santo Domingo, un templo protestante.

Los domingos y los días de fiesta, que eran los días de distracciones religiosas, eran esperados como esperanza, desahogo y rompimiento de uniformidad, por los días restantes, tranquilos, iguales, regulares, pero fastidiosos, monótonos e invariables.

Durante ellos, toda la República se levantaba, y sigue levantándose ahora no tan temprano como piden aquel clima, aquellos espectáculos encantadores de la mañana y aquel dulce ambiente de la aurora, que valen por sí solos más que todas las distracciones en que tan poco inteligente e inventiva se muestra la civilización moderna.

El trabajo del día, que ni aún en los campos se



interrumpe en las horas fuertes de los trópicos, ocupa ocho o diez horas.

Eso no quiere decir que se trabaje mucho ni aún bastante. Desgraciadamente no quiere decir eso, pues si pudiera decirse, tal es la potencia productiva de aquella tierra casi virgen que, aún con su escasa población relativa (83 h. por legua cuadrada, suponiendo una población absoluta de 500.000 almas) bastaría para llenar de afañes el día entero, y de productos los mercados. Pero, en las fincas de caña, y durante las cosechas en todos los predios rústicos, y durante la estación comercial en los muelles y almacenes, el trabajo es de luz a luz, diez horas por término medio.

De esas horas, las de la mañana y las de la tarde son las de mayor actividad. Las del medio día son regularmente pasivas, silenciosas y solemnes. Aunque no se sesteaa, como aun es uso en algunas poblaciones mediterráneas de la América latina, el tráfico y tráfico se suspenden o disminuyen en campos y ciudades, y los campos parecen paraísos abandonados, y las ciudades parecen desiertos.

Las tardes, en las villas y ciudades, ofrecen el encanto de la tertulia al aire libre. Son muchos los mercaderes, boticarios e industriales que se aposentan con sus clientes y contertulios en la calzada de sus casas, y así animan las calles, ya de suyo animadas a esas horas por el volver de los trabajadores a su hogar.

Las noches, principalmente las de luna, convierten las calzadas y balcones en antesalas, donde las familias reciben las visitas, o donde se convierten en visitantes obligados los amigos que pasan o los conocidos a quienes se pregunta las siempre viejas novedades de la política o de la crónica cotidiana.

Algunas veces se convierten de pronto en, cierra-



puertas esas tertulias: o el Gobierno ha mandado prender, vivo o muerto, a algún enemigo del orden público o algún aitercado ha degenerado en tiroteo, o algún fandango ha llevado de las extremidades al centro sus oleadas de escándalo y desorden.

Cuando la política está en calma y las querellas personales no pasan de palabras y no es sábado, que es la noche especialmente consagrada en campos y ciudades al fandango, las visitas, tertulias y corrillos al aire libre facilitan la comunicación entre las gentes, que es poco dada a las formas regulares de la vida de relación urbana; y en ese sentido desempeñan un papel importante en la sociabilidad; su trato no es la única distracción inocente de las poblaciones, sino el único medio de reunión.

Cierto que, careciéndose de estímulos intelectuales y morales para dar nobles vuelos a las ideas y los sentimientos, esas reuniones no son distracciones tan inocentes como dije, porque el tiempo es plomo para los ociosos, y el modo más fácil de aligerarlo que conocen es la crítica despiadada y perversa, de donde, a veces, entre risotadas y aplausos, salen acechanzas feroces a la tranquilidad de los hogares; pero no todo el mundo es malo en aquella buena tierra de Colón y esas comunicaciones de la gente con la gente empiezan y acaban casi siempre entre risas inocentes y saludos cariñosos.

No siempre tienen ese carácter antediluviano las relaciones sociales. Algunas veces llega de Cuba o de Puerto Rico una compañía de comedia y drama o de zarzuela que da la vuelta a las ciudades litorales y suele hasta internarse en Santiago de los Caballeros.

Es entonces de ver, principalmente en las primas noches, cómo se llenan los teatros generalmente improvisados que les proporciona algún almacén desalquilado



o alguna desierta casa de Dios convertida en templo de las Musas.

El dominicano, que para ser muy sociable, no necesitaría más que la costumbre de reunirse; y, para ser muy perito en la crítica dramática y musical, no necesita más que de espectáculos teatrales muy frecuentes, asiste con alborozo al teatro y presencia con entusiasmo las obras dramáticas o líricas que someten a su juicio. No siempre, por supuesto, con juicio muy independiente las juzga, pues caso hay de que, en la misma capital de la República, bastara el interés de uno o de varios para convertir en ruidosísima ovación, que llegó hasta el desenganche de los caballos y el enganche de hombres en un coche, para arrastrar a una pobre *prima donna* que, si no era prima de los que presenciaron la ovación, nunca fué doña, o dueña o donna del mérito con que la calumniaron (*).

Fuera de esos desvíos del buen criterio, generalmente lo usan muy bueno en sus aplausos y censuras; y de seguro que, si algún día llega aquel buen pueblo a tener un buen gobierno, y éste siendo bueno, atiende a la cultura general de aquél y procura la formación de espectáculos educadores del gusto y civilización de las costumbres, no serán los quisqueyanos los últimos hijos de América en lo tocante a gusto artístico.

No tienen ellos mucho que ganar con las dos diversiones populares, que son las por excelencia nacionales.

La una es de los sábados, por la noche; la otra es de los domingos por el día.

(*) Esto fue rigurosamente cierto. *La prima donna* a que se alude llamábase Ana Berlani, americana, artista de segundo orden, pero bella y coqueta. Al grupo de jóvenes autores de este escándalo galante se le llamó desde entonces *los postillones*.



Aquella es el *fandango*; la otra son las galleras. El fandango es un baile en el que se han mezclado del modo más extravagante el antiguo baile español que le da nombre, y el tamborileo de los negros africanos, que en otras Antillas llaman el baile de *bomba*.

Los instrumentos músicos son también el concierto y maridaje de un instrumento de la civilización, el acordeón, y de un instrumento del salvajismo, la bomba o el tambor de un solo parche (atabal).

Este instrumento, que representa el principal papel, es un barril, cubierto en una de sus bocas por una panza curada de ternero. El que lo maneja tiende horizontalmente el barril, se sienta a horcajadas sobre él, en dirección al parche, y con ambas manos da sobre éste, produciendo un ruido, no sin armonía cuando lo oye a distancia el que de noche camina por los bosques. El acordeón secunda al tambor, y completa el concierto la voz del tamborero, coreada en ciertos pasajes por el unísono de los concurrentes, e interrumpido con frecuencia por gritos, aclamaciones y verdaderos alaridos, que conmueven a la soledad de los bosques y los suburbios de las poblaciones, porque es seguro que, en la noche del sábado, se baila fandango en todas partes.

Así como ese baile singular es una diversión que degenera en vicio, así la *gallera* es un vicio que degenera en diversión.

La *gallera* es lo que aquí llamamos *cancha de gallos*; pero aquí, y creo que en toda la América de origen español, es una simple diversión, al paso que en la República Dominicana, lo mismo que en Puerto Rico y Cuba, es una pasión nacional. Es la pasión del juego con todos sus neurotismos con todos sus extravíos, con todos sus furores.



En la República Dominicana es diversión de los domingos. Una sola vez he asistido a ella, en un campo, cuyos encantos me hizo odiosos; tan viva y tan enérgica fue la repulsión que me causó el ver convertido un noble, valeroso y arrogante animalito en bárbaro pretexto de la codicia y la furia de los hombres.

Las peleas de gallos y los fandangos, que son las únicas distracciones sociales del trabajador de campos y ciudades, son dos sostenedores de barbarie. Mientras subsistan las galleras no se deberá considerar como dado el primer paso de aquel pueblo hacia la civilización.

V

A las galleras van sin recatarse, junto con los más humildes y más bajos, los más soberbios y más altos; pero, a los fandangos y ciertos, allí y en Puerto Rico, llamados bailes de empresas, mala empresa y bailes malos, no va "la gente decente".

Esta, de cuando en cuando, se reúne en saraos muy alegres y bulliciosos, pero muy hermosos, que en toda la República demuestran las aptitudes de los dominicanos y las dominicanas para la sociabilidad culta y refinada.

Aunque felizmente no son el lujo y la ostentación los móviles de esas reuniones placenteras, no por eso es menos vivo en ellas el placer. Los antillanos todos lo sienten en el baile, que es una loca pasión para todos ellos, y los dominicanos saben demasiado bien el puesto central que ocupa en el Archipiélago para no ser antillanos "en donde más largamente se contiene" el antillanismo.

Una o dos veces, y escogiendo muy mal las ocasiones, se ha intentado en la capital de la República dar a esas reuniones el carácter de estirada solemnidad



que se disimula con la locución "baile de etiqueta". Si el estiramiento anduvo en las manos aprisionadas por el guante, la familiaridad cariñosa no tardó en desestirarse.

Y con ello dió muestras de sentido recto, porque no hay contrasentido más chocante que el trasplante de urbanidades y afectaciones fabricadas *ad hoc* para producir los efectos de la sociabilidad respetuosa, allí donde ella es tan cordial por naturaleza, y donde el respeto es hijo legítimo de la modestia y la sencillez de las costumbres.

Ni modestia ni sencillez obstan a la cultura, que es connatural en la América latina a las gentes de algún trato social, y que es particularmente graciosa y espontánea entre venezolanos y antillanos.

De ahí la grave impresión que producen los saraos en las ciudades y villas de la República, que uno se siente tentado a considerar de antemano como reuniones de semibárbaros que remedan los hábitos de la civilización, y que le parecen, en cuanto las presencia o se asocia al contento que las preside, espectáculo de aquella entre toda la mejor civilización la que hermana la naturaleza con el arte de ser amable.

De dónde procede aquella natural distinción de maneras y aquel modesto dominio de las actualidades de la buena urbanidad que ha ido descomponiéndose en *buen tono* a medida que la cordialidad y hasta la honestidad la van desamparando, qué sé yo; pero el hecho es que en aquel rincón ignorado de Carreño, el gran legislador venezolano de urbanidad y buenos usos, los he visto regentando con blandura y con firmeza las relaciones sociales.

Y, cosa que me llamó mucho la atención y me dió esperanzas de mejores días para aquella pobre so-



ciudad: no es sólo entre la gente educada por el roce y el ejemplo en la que he descubierto las delicadezas de la buena urbanidad, sino aún entre la gente que los latinoamericanos usamos llamar "de medio pelo".

Bien sea por las costumbres ultra democráticas que estableció a la fuerza la brutal dominación haitiana, bien por benéfica influencia del régimen de igualdad política y civil, bien por las repentinas ascensiones sociales y políticas que los trances de la revolución favorecen, hay una especie de secreto respeto de sí mismo que en todos impone y a veces exige la consideración para todos.

A éste ha concurrido con su enseñanza práctica de la fraternidad una institución que reina allí sin oposición, después de haber tenido que refir duras batallas con sus hostilizadores naturales. No hay necesidad de decir que hablo de la masonería, la cual reuniendo y asociando en su seno a individuos de todas las procedencias y condiciones sociales, no sólo porque la práctica de la más dulce y benéfica de las virtudes los disciplina, sino que a sus propios ojos los eleva, poniéndolos al mismo nivel de los deberes comunes que a todos impone, y compeliéndolos a la dignidad de las relaciones del deber.

Cuando se contemplan las instituciones como se debe desde el punto de vista de su influencia en la organización social y de su aptitud para concurrir a ella y mantenerla, no hay perjuicio filosófico ni prevención sectaria que disminuya el mérito social de instituciones cualesquiera, políticas, filosóficas, religiosas, económicas, que cumplan el fin de disciplinar al hombre por medio del deber.

Así, no es posible desconocer la sana influencia que la masonería ha ejercido y ejerce en aquella sociedad



abandonada a sus propios instintos de organización y orden.

Miembros de esa institución ricos y pobres, desvalidos de siempre o poderosos de un día, altos y bajos, jóvenes y viejos, y compelidos, primero por los compromisos que con la asociación masónica contraen, y después, por sus propios hábitos, hacen de las logias un centro de reunión tanto más frecuente cuanto que, además de las relaciones, prácticas y deberes que a ellas lo llaman, muchos son profesores en las escuelas nocturnas y gratuitas que todos los centros masónicos tienen y casi todos intervienen en su administración, sostenimiento y vigilancia.

De este frecuente trato y del carácter que él sostiene, resulta una general apreciación exacta de los deberes de la vida urbana y un tacto manifiesto en la conducta social.

Contribuye también a generalizar los procedimientos de la vida urbana la cooperación que todos, indistintamente, son llamados a prestar a la comunidad en el gobierno y los servicios municipales.

Aunque municipios dependientes por la fuerza de las circunstancias político-sociales del país, la intervención del Ejecutivo en las elecciones municipales es mucho menos coactiva y efectiva que en las restantes, y aun ella está subordinada a la condición tácita de que los electos del Ejecutivo reúnan cualidades que los hagan aceptos a la localidad. Así, aunque casi siempre salen victoriosas las listas amañadas por el Ejecutivo, que nunca deja de tener oposición viva y ardiente en las elecciones concejiles, siempre indirectamente triunfa en ellas, de algún modo, la opinión general, llevando a las municipalidades, por la mano del Ejecutivo, hombres que la comunidad estima.



Y como la comunidad, para estimarlos, no les pide ésta o la otra posición social, ésta o aquella renta, éste o aquel mérito discutible, sino la notoriedad de su amor al municipio, el gobierno de la sociedad municipal da cortísimo acceso a individuos de todas las extracciones, que en él adquieren o en él completan su educación civil.

Pero el centro de esta cultura por irradiación y asimilación, son las sociedades particulares que, ya con un fin, ya con otro, casi siempre con el fin complementario de la enseñanza mutua, existen y subsisten de antiguo con maravilla y parabién de los que, sabiendo lo que son las instituciones complementarias de la república, no atinan a explicarse cómo han podido nacer, crecer, y mantenerse esas asociaciones favorecedoras de la proeza de iniciativa, en un medio social tan débil y un medio político tan violento.

No consta la razón del hecho; pero el hecho consta. Aquel pobre país con tan poca iniciativa nacional, en donde no hay fuerza alguna que no cohiba deliberada o indeliberadamente la iniciativa individual, en donde la iniciativa social está de continuo abarrerada por la voluntad discrecional del manejador del poder público, tiene un espíritu de asociación que ha sobrevivido a todas las coacciones.

No recuerdo de una sola población importante de la República en donde no haya una institución privada, ya con fines benéficos ya educacionales, ya de fomento local, ya de mera sociabilidad.

Todas ellas, cualquiera que sea su fin social, reúnen periódicamente a sus socios, y una vez al año, cuando menos, celebran una reunión pública y solemne a que invitan y concurren las familias.

Estas tertulias extraordinarias, que tanto sirven



para animar la mortecina uniformidad de la vida en aquellas tristes poblaciones, sirven también para fortalecer los lazos sociales de los miembros de esas instituciones, y acaso también para darles la fuerza y el sostén de las simpatías locales.

El hecho es que viven. Y algunas, como la de *Amigos del País*, en la capital de la República, a fuerza de resistir a la muerte y de insistir en la vida, concluyen por tener una influencia muy benéfica en la cultura social e intelectual, y hasta una cierta personalidad representativa, como la que a justo título asumió en la discusión internacional acerca de los restos de Colón, contribuyendo a elucidar la cuestión.

Esta sociedad de fomento y enseñanza, y la de la *Prensa Asociada*, han sido y la primera aun es, las que más han contribuido a los solaces sociales de la capital.

La una celebra reuniones públicas en que los socios leen o discurren ante el concurso de personas de ambos sexos que de buen grado responde al llamamiento de la sociedad.

La otra celebraba sus "veladas de la prensa", en que, además de lecturas y discursos, se estimaba el talento de los jóvenes y las jóvenes que se dedicaban al canto o a la música.

VI

Aunque las asociaciones políticas, ni en su forma regular de partidos políticos ni en la a veces peligrosa de clubs permanentes, que pueden degenerar en asambleas perturbadoras de la acción natural del Estado, son posibles allí porque rudimentarios aún el Estado y la Sociedad, el Estado es siempre un Yo, y la sociedad es



siempre la expresión política de un *contra-yo*, Quisqueya, ha tenido dos asociaciones de ese género, y las dos influyen decisivamente en la marcha de los negocios públicos de su tiempo.

Una de ellas fué la *Sociedad Republicana*, que poco a poco se fué transformando, de política en cultural, y que aún existe como sostenedora del único teatro que tiene la República.

Y para que se vea de qué arbitrios tienen que valerse en los pueblos nuevos los que algún interés sienten o muestran por la cultura general, diré en dos palabras la historia del teatro.

Había entre los edificios abandonados o ruinosos, que tan solemne tristeza difunden todavía por la ciudad, un templo de los jesuitas, macizo en su construcción de piedras de sillería, canto sobre canto, obra de simple esfuerzo material, sin más arte que unas pilastras gigantescas en el frontis, que más le dan el aspecto de fábrica militar que religiosa. De la parte interior de aquella casa se apoderó, por concesión o acaso por simple ocupación, una de las logias masónicas, expresando con este hecho no sé qué evolución de ideas sociales; y de la que fué nave del templo se posesionó, por prescripción y concesión, la *Sociedad Republicana*. Allí, sin mucho cambio y con no mucho arreglo, estableció el teatro en donde se representó la obra original de uno de los socios y uno de los mejores ciudadanos y escritores de la república, Federico Henríquez y Carvajal, y en donde, con alguna frecuencia, se presentan esas compañías viajeras de zarzuelas o drama que hoy hacen por mar, de isla en isla y aún de continente en continente, los viajes de "la legua" que Lope de Rueda y sus sucesores iniciaron en España.

La otra asociación política, cuyo recuerdo se liga



a uno de los más notables esfuerzos y a uno de los más tristes fracasos de aquella pobre sociedad dominicana, fué la *Liga de la Paz*, que efectivamente tuvo por objeto inicial el establecimiento de la paz pública en los verdaderos cimientos, el trabajo, la organización de las industrias, y el orden resultante de las instituciones de la libertad, pero que acabó por ser el alma de una revolución tan noblemente movida, que tomó el nombre de evolución, pero que aún llevando al gobierno al hombre más digno del ejercicio del poder que ha tenido la República (*) echó por tierra uno de los dos gobiernos tolerables que ha tenido la nación.

Como es natural que acontezca en todas partes, las asociaciones más pujantes son allí las que mejor conciertan con algún fin de vida general que todos comprenden instintivamente y que en todos solicita su misma necesidad de iniciativa.

Tales son las asociaciones de festejos religiosos y de recreo social.

Las primeras, que, so color de devociones parroquiales, son verdaderos pretextos para la emulación de los habitantes de los distintos barrios de las ciudades del Ozama y del Yaque, río aquel a cuya margen derecha está la capital; y el otro en cuya orilla derecha está Santiago de los Caballeros, son asociaciones muy vivaces, precisamente por lo cambiante y movable del personal que las compone y por el objeto estimulante que las crea.

Ganosos los vecinos de cada barrio, cuando llega el día de las fiestas parroquiales, de que el nombre del santo y del vecindario "quede bien puesto", anuncian

(*) Ulises Francisco Espaillat. Véase E.R.D., *Papeles de Espaillat* S. D., 1963.



que las fiestas del barrio han de ser más lucidas que las de la parroquia que ya tuvo animada a la ciudad Y como son varias las parroquias, y en cada una de ellas hay individuos y familias que, por espíritu de localidad, aspiran a los mayores honores de la crónica, y agudizan el ingenio y apuran el peculio, la parte más animada del año, y los días en que más huelga la ciudad y en que más plácidamente sonríe el extranjero al ver aquella infantil veneración de tiempos coloniales, son aqueílos en que un santo es pretexto de todo para todos.

Yo recuerdo haberme complacido siempre en aquellas bulliciosas alegrías, que contemplaba desde lejos en que daba mi óbolo como vecino, y en que una vez me hice maldecir a grito herido por no haber querido suscribirme a una fiesta de toros con que mis convecinos querían coronar el esplendor del barrio en aquel año.

En las fiestas de otro año, en otro barrio me dejaron pasmado el ingenio, el gusto y la fecundidad de motivos de diversión que desplegaron los vecinos de la parroquia de Santa Bárbara (*).

Así, como, en el seno de los hogares, ningún júbilo de familias es más halagüeño que aquel en que esfuerzos propios y recursos pobres saben suplir, y a veces superar las facilidades compradas con dinero, así aquellas alegrías de los barrios de la capital dominicana, ofrecen casi siempre el indecible encanto de los grandes efectos obtenidos con pequeñas causas.

Alguien (**) solía entonces enfadarse, sobre todo en y desde la cátedra de Economía política, por el despilfarro de tiempo, de actividad y de salarios que sig-

(*) En la Capital de la República.

(**) Hostos alude a sí mismo, catedrático entonces de varias materias en el *Instituto Profesional*.



nifican en la economía de la ciudad aquellas fiestas; pero no tenía razón: el cambio de valores, en días compensa de sobra el atraso momentáneo y parcial del trabajo.

Por otra parte, las diversiones son suficientemente honestas, la sobriedad de la gente tan notable, que comparada con la innoble intemperancia de otros pueblos vecinos y lejanos, puede citarse como ejemplar. Y como los pueblos tienen necesidad de distracción ya que el Estado moderno es tan ciego que, aún reservándose el carácter de docente, no sabe que la educación incluye la voluntad y el salvamento público, tanto como la razón común preciso es que la multitud busque su diversión donde la encuentre.

Al fin, viendo tan inocentes aquellas fiestas parroquiales, y descubriendo en ellas el carácter educativo que inconscientemente les daban el esfuerzo de los vecindarios por sobresalir, la gracia y la belleza de algunas ornamentaciones de calles con sencillísimo arte y poco gasto convertidas de día en arcadas de papeles partidos y en alamedas de árboles alegres y brillando por la noche con la iluminación de las calles y las casas y con la alegría de los rostros, el economista pensó sesudamente que tanto vale la economía moral de los pueblos como la economía política, y que una de las pruebas de la superioridad de nuestros pueblos nacies, si comparados con sus gobiernos, da, sobre todo en los pueblos de índole benévola, el arte que ellos manifiestan en sacar partido de pretextos para instituir las fiestas públicas que sus gerentes no han sabido elevar, como debieran, a la categoría de instituciones de costumbres públicas.

Claro que el gobierno dominicano está a mil leguas de esa idea, cuando ni siquiera ha sabido sacar partido



de la existencia consuetudinaria de las fiestas patrias de febrero, para educar, guiar, y hacer fructífero el sentimiento de autonomía nacional, que vibra en los aniversarios de la lucha victoriosa contra los haitianos.

Para dar a esas fechas su trascendencia natural era necesario, unas veces que la Escuela Normal tomara la iniciativa, y que el Ayuntamiento la aplaudiera y secundara; otras veces, que la *Prensa Asociada* tomara a cargo la dirección de la fiesta, y una vez fue preciso que en ese día de exaltación patriótica se repatriaran los restos del fundador de la república, Duarte, para que la conmemoración fuera, como convenía al pueblo pobre y humilde que la hacía, a la vez modesta y solemne, sencilla y severa, sincera y ejemplar.

Como nunca falta en los últimos rincones del Continente algún soñador de cosas buenas, recuerdo que entre los símbolos de aquel día, apareció en manos de los normalistas un trofeo que, hermanando las banderas de Chile, Perú, y Bolivia, condenaba sin gritos la triste guerra de aquel tiempo (*).

En esos días de fiesta para el patriotismo, como en la bien entendida fiesta del 10 de septiembre, instituída por el Ayuntamiento de la capital con objeto de conmemorar el hallazgo de los restos de Colón, y para habituar al pueblo a reivindicar como suyas las reliquias del Descubridor, aparecían en las procesiones de escuelas y en las bellísimas iluminaciones de la noche, consagraciones enternecedoras a la unión de los pueblos americanos del mismo origen.

Pobre sociedad recién nacida... tan capaz de dejarse guiar a nobles fines, y tan inicuaamente guiada casi siempre a rumbos de corrupción y de barbarie.

(*) El propio Hostos fue quien dispuso tal alegoría de la paz, entonces turbada por las tres naciones del sur.



VII

En esas diversiones parroquiales, lo mismo que en las del carnaval, que allí tiene la particularidad de durar casi todo el año, no sé si por índole festiva de la gente o por el afán que las tristezas crónicas, en pueblos e individuos tienen de enloquecer para curarse, es verdaderamente interesante el espectáculo.

Es, como pensaba quien pensaba al contemplarlo, el espectáculo que da la embriología comparada a quien la estudia. Al mismo tiempo se presentaban a la vista las representaciones vivientes de un pueblo sin tipo étnico definido y sin tipo de civilización determinada, que trata de romper, y está rompiendo, el molde de las organizaciones inferiores para amoldarse a modelos superiores.

Todas las variedades del cruzamiento entre el etiope y el caucásico, juntas a los representantes más bellos de la familia caucásica y a los más feos de la familia etiópica; todas las ingenuas alegrías de la gente primitiva, que ni en las Antillas, ni en la Hotentosis fue nunca feroz, son, al contrario, dulce, ingenua y halagüeña; todos los matices de la inteligencia, así la que es sutil como la que es capaz de celebrar la sutileza; todas las exterioridades de todas las formas de cultura; la del bárbaro, que empieza a vestir su desnudez a la vista con colorines; la del semibárbaro, que completa su vestidura con su armamento, y que en calles, como en caminos, anda armado de todas armas, con machete, revólver, cuchillo y a veces fusil; la del semicivilizado, que no atina a adecuar el traje a la persona y concluye por parecer mono vestido, antes que vestido para no ser mono; la del civilizado o imitador de los civilizados, que con su persona contrasta casi tanto como en su actitud y en el género reservado de la alegría con la muchedumbre circunstante.



Todo, todo es parte, elemento y componente del espectáculo de una evolución embriológica, que tanto atrae al que piensa, como distrae al que imagina, abstrae al que siente y retrae al que se disgusta de todo lo que no es indicio o apariencia de civilización.

Mas, para aquellos que se interesan en todo lo que es realmente interesante, dificilmente hay en nuestros países un espectáculo más divertido, e instructivo, que el de esas fiestas parroquiales en que el pobre pueblo de la capital y las ciudades quisqueyanas se olvida de la tristeza a que le tienen sojuzgado sus pésimos gobiernos.

Parecen escenas del coloniaje. A excepción de la prédica, que en estos últimos años versaba infaliblemente sobre los peligros de la nueva dirección de las ideas, todo lo demás era colonia; el paseo de la calle por la orquesta, el tiroteo continuo de triquitraques y cohetes, el repique frecuente de las campanas parroquiales, las carreras de caballos en apuesta, el toro con cuerda o emplazado, la gritería de niños, los fuegos artificiales, los globos, que allí llaman *máquinas*, expresando sapientísimamente en ese extraño nombre un concepto tan eminentemente primitivo, que parece la voz de un entendimiento sorprendido por un objeto maravilloso, nunca, hasta el momento de verlo concebido.

Con el centelleo del globo al inflamarse, con el trueno del último cohete volador, con el estallido de la última carcajada del concurso al celebrar algún dicho picaresco, termina cada día, durante los nueve o diez a que la hacen llegar, la fiesta de aquellos tranquilos barrios, que vuelven en seguida al silencio y a la invariable tranquilidad del resto del año.

En donde empiezan y acaban esas fiestas, ahí empieza y acaba la única iniciativa social de aquel pueblo.

Fuera de ésa, no toma jamás ninguna otra. Un poco



por la heterogeneidad de la población, otro poco por el clima, mucho por la educación, mucho más por la tradición, muchísimo más por el hábito de someterse a los mandatos de la fuerza bruta, y acaso más que por nada, por la misma fatalidad de su estado social, no hace nada por salir de su marasmo.

Así y todo, tal es la influencia de la libertad, aunque sólo sea efectiva la libertad nacional, la independencia, el aire libre de la República Dominicana es tan bienhechora para pulmones, habituados o contrahechos por la esclavitud, que todos los que huyendo de ella van allí, concluyen por referir aquella vida monótona como una comedia sin episodio, a la aparentemente más civilizada, en que los sentidos, malos jueces, gozan a expensas de la dignidad humana.

Allí, al menos, cuando un centinela detiene con su "¡quien vive!" al transeúnte nocturno, éste responde a voz en cuello: "¡Dominicano libre!" y dice la verdad y afirma un hecho; ciudadano, es esclavo; pero nacional, es libre.

Y eso basta para que exprese con indolencia tropical el advenimiento de una época que con razón espera, porque todo pueblo independiente está seguro de que, en definitiva de él depende la fábrica o conquista de su libertad política.

Naturalmente no sea capaz de conquistarla hasta que no sea capaz de apreciarla

Por ahora, como la única de que tiene la viva noción que da el instinto de la libertad individual, la cuida y la resguarda con un cuidado, con una cautela y un ardor que ha concluido por producir el más extravagante resultado.

En todos los países de sociabilidad organizada, ya sean civilizados, ya aprendices de civilizados, el hombre



que no vive en los burgos y ciudades busca las orillas de los caminos públicos para sus caseríos aislados, porque vivir a la vista del camino es vivir en mayor seguridad, en comunicación frecuente, en mayor posibilidad de satisfacer sus necesidades materiales.

El campesino quiqueyano no lo entiende así.

Cuando uno viaja por los caminos públicos de la República, que son probablemente las mismas sendas abiertas por los aborígenes, que ellos también comerciaban y traficaban de una a otra cancha y de uno a otro extremo de la isla, se maravilla de la soledad que le rodea (*). Sólo, de vez en cuando, descubre algún campo desarbolado para dar lugar a algún *conuco*, que es como allí, tomada de antiguos esclavos africanos la palabra, se llama el cultivo en pequeño que aquí se llama *chácara*; generalmente, no siempre, se ve entonces en el fondo del terruño en cultivo un campo, y acaso una figura humana inclinada sobre el suelo trabajando o discurriendo por la heredad en busca de algún fruto o atisbando con curiosidad y con recelo el paso del viandante.

La mayor parte de las veces transita el viajero largas leguas por entre monumentales alamedas naturales que se pierden de vista a lo largo y a lo alto, sin encontrar más que de paso algún hombre desnudo de medio cuerpo para arriba que de un seno de la selva pasa y desaparece en otro seno de la selva.

Del fondo de ellas suelen, como si salieran de un abismo, oírse voces de conversaciones que el oído no percibe claramente y que efectivamente son conversaciones de los habitantes de la comarca.

¿Por qué huyen de la vista de los hombres y fabrican sus *bohíos* (ranchos) en el fondo del bosque?

(*) En la actualidad todo el país está cruzado por buenas carreteras.



Porque las turbulencias continuas en que viven los jefezuelos del país, serían imposibles, si los habitantes del campo no proveyeran la "carne de cañón", que allí es "carne de rémington", porque el cañón no se usa en las descomunales batallas en que dos ejércitos de a 400 o 500 hombres por banda, deciden a cada paso de la suerte de la República.

Para huir de esa contribución de sangre, que allí se cobra a culatazos en cacerías de hombres por los bosques y los riscos, los campesinos se sumergen en el fondo de los bosques, de donde siempre los atrean, como carneros, a la lucha, pero de donde cada vez se hace más difícil sacarlos.

Así se ven solitarios aquellos hermosos campos, especialmente en las cercanías de las ciudades, y así de bosques, praderas, colinas y sabanas que convidan a gratísima mansión, ha hecho la guerra civil un desierto triste, silencioso e improductivo.

Improductivo, hasta el punto de que, en las mismas cercanías de la capital, hay mucha gente del campo que, en los meses de lluvia, que son los de espera, tienen que alimentarse de una especie silvestre de la yuca, llamada *guáyiga*, para no morir de hambre.

¿Hambre en pleno trópico, con las tierras más férricas por naturaleza y las más dotadas de potencia vegetativa por el descanso en que yacen? Sí, hambre, en medio de la prodigalidad de la naturaleza, y con una población que reducida toda entera a la vida de un solo cantón urbano, no ocuparía un área de dos leguas cuadradas.

Pero tal es la falta de trabajo asiduo, tal la indolencia, tal la falta de estímulos, tal la incapacidad de los erigidos en guías sociales, que la población de los campos, abandonada a sí misma o perseguida, ha vuelto poco



a poco a la vida semisalvaje, y sufre las consecuencias del estado de semisalvajismo a que la han reducido.

Y, sin embargo, se puede recorrer desarmado toda la República, sin que molesten ni amenacen, ni dañen aquellos hambrientos. Y eso, que los crímenes contra las personas o la propiedad que cometieran, casi de seguro, quedarían impunes. Pero no los cometen. ¿Por nativa bondad? ¿por indolencia? ¿por simple falta de hábito para ese género de crímenes? Probablemente por las tres causas a la vez; pero indudablemente debe prevalecer la primera porque el dominicano que es pronto y vehemente en sus pasiones y que lleva su ignorancia del precio de la vida humana casi tan allá como el roto chileno, podría matar por hambre, o por codicia o por envidia, como mata por una palabra o una mirada, y entre los muchísimos crímenes contra las personas que ensangrientan los anales judiciales del país, apenas hay dos o tres en cada año que se hayan cometido por robo a mano armada.

¡Y cuidado que son ladrones! Tal hay que, a fuer de ladrón ha llegado a ladrador; pero son sus latrocinios los característicos de la vida salvaje y los en todas partes puestos de moda por el personalismo en el gobierno. Así como casi todos van al gobierno para robar, así casi todos los habitantes de campos y suburbios van al conuco ajeno o al patio vecino a hurtar. De donde ni la ratería, ni el abijeato parecen delitos, por más que las leyes los castiguen.

VIII

Por lo demás, ya se ha dicho, buena gente: como ésta, como la otra y como la de más allá.

Esto de la bondad social, es como lo de la civilización: no hay que tener mucha confianza en la fiera:



en cuanto se la suelta, se desprende de los arreos y aparece el animal.

Así es como los mismos préstamos de la civilización sirven en todos los pueblos, tanto mejor cuanto más próximos ellos al estado primitivo, para los más brutales extravíos de la barbarie

Así es como el uso de las armas de fuego perfeccionadas, que el ingenio mecánico de la civilización ha perfeccionado con el preciso objeto de hacer más temible su uso y más respetada la vida humana, ha llegado entre aquella gente hasta donde llega entre la gente buena el desconocimiento del precio de la vida.

Armados de todas armas para andar por campos y caminos; siempre con el revólver al cinto, cuando van por las ciudades; en campos, caminos y ciudades tienen a cada paso un motivo para atentar contra la vida de otro hombre. Son allí los impulsos de la cólera o los arrebatos de una dignidad ineducada o las vehemencias del sentimiento del derecho personal, no la crueldad ni el estímulo del crimen, no el instinto felino de la sangre, lo que arma el brazo; pero está siempre pronto a descargar el golpe, y es increíble el sinnúmero de existencias que anualmente siega la barbarie armada con las armas de la civilización.

Una palabra, un gesto, una mirada; un desaire, una carcajada provocativa, un agravio; disputar por un centavo, por un alimento, por una golosina; un alarde de valor, una envidia incubada, un rencor inmotivado o motivado, los pretextos más pueriles, los movimientos de ánimo más imprevistos, todo es causa y ocasión de obras brutales de la fuerza y de pérdidas de vidas

Hay, pues, que ser muy cauto en cualesquiera relaciones sociales que el curso habitual de la vida imponga con la ignorancia armada.



Allí, como en el resto de la parte española del Continente, el gobierno municipal es extraordinariamente pobre, y los subsidios que le presta el Gobierno nacional son tan menguados como conviene al que se llama "gobierno supremo". De ahí que la policía de seguridad sea siempre insuficiente en las ciudades, y ninguna en los campos: la impunidad de los delitos y los crímenes es, por lo tanto, un activo fomentador de unos y otros y el capaz de cometerlos es un verdadero señor de vidas.

De ahí por lo que hace a la vida aislada de los caseríos y los predios rústicos, la inseguridad personal que aleja de las faenas agrícolas a todo el que, no disponiendo de capital suficiente para el establecimiento de una finca rural en grande escala prefiera las odiosas competencias del comercio de aldea, burgos y ciudades, a la producción de la valiosa materia prima con que la industria agrícola recompensa allí del modo más generoso al que le consagra su trabajo, su inteligencia y su pequeño capital.

Pero si uno arrostra los riesgos de la inseguridad, mil retroceden ante ella; y la pequeña industria rural que poco a poco y con seguro paso, debería ir constituyendo la base material más sólida que tiene la organización social en todas partes, lejos de formar individuos de iniciativa y familias poderosas por el ahorro, sólo sirve para arrinconar en las poblaciones a los que de tanto servirían en el trabajo de los campos, y de tan poco sirven en las ciudades.

¿Pero hay ciudades en Quisqueya? Mejor sería conservar el vocablo colonial, que aún es de uso común en las Antillas, y decir que hay "poblaciones".

La palabra "ciudad" compromete a mucho: a un trazado regular, a calles empedradas y calzadas, a plazas y parques bien embellecidos y cuidados, a un sistema de



riego para las inmundicias, otro para el polvo; agua potable para las necesidades urbanas y para la población vegetal que ha de mantenerse con tanto esmero como la misma población humana; a casas sólidas y graciosas, a edificios públicos bien adecuados a los destinos, a instituciones docentes, beneficentes, culturales, recreativas, económicas, que tengan su expresión de cal y canto, o de madera y zinc, en edificios expresamente construídos.

La pobre República Dominicana no ha tenido tiempo para ponerse a fabricar ciudades, y se ha contentado con las poblaciones construídas por la colonia.

Eso no impide que allí se una el consabido distintivo entre "pueblos" y "ciudades", que establece diferencias jerárquicas, a usanza colonial, entre entidades colectivas e incapaces de apreciar la diferencia, como el régimen de la desigualdad las establecía entre las entidades individuales

Fuera del nombre, con nada o poco difieren pueblos y ciudades. Alguna mayor cantidad de habitantes en las últimas, algún mejor edificio público, una que otra habitación particular de aspecto y comodidad superiores, una iglesia de mampostería, y principalmente la capitalidad de provincia o de distrito y la residencia de las autoridades.

Aún así, hay simples pueblos, como todavía Baní, y hasta hace poco Moca, que tiene aquél y tenía éste, cuantas verdaderas características de una ciudad deban tomarse en cuenta

Pero existe la diferencia, y Baní no es todavía ciudad, y Moca ya lo es.

Hablemos de las dos.

Baní es una población a muy poca distancia de la costa sur de la República, muy poco regularmente trazada, con muchos ranchos y bohíos, algunos muy pinto-



rescos cuando su techumbre es de palmaguano, con bastantes edificios sólidos, elegantes y ostentosos, con la generalidad de casas de madera muy ligeras, graciosas y alegres, con una iglesia (como debieran ser todas las iglesias construida por la fe popular, con el óbolo de todos y con el trabajo de todos, ancianos y niños, mujeres y hombres, porque yo mismo he visto a la gente humilde y a la alta, a las señoras y a las mujeres, a las señoritas y a las criadas, a las viejas de todas categorías, a los hombres y mancebos de todas clases, acarrear en sus hombros de una cantera no distante del pueblo los materiales sobre que poco a poco fue levantándose la iglesia, hija de la iniciativa individual, de la asociación fructuosa: de la voluntad omnipotente de un municipio en extremo pobre.

Aquel noble pueblecito, habitado por gente muy buena, muy hospitalaria, muy sencilla y muchísimo más urbana que otras poblaciones y cien ciudades de ambos mundos, llamaba la atención de los españoles, cuando estuvieron allí en su empresa de anexión, por la blancura casi total de sus habitantes y llamó la mía por su cultura.

Moca, admirablemente situada en una de las sinuosidades del valle central, señora de uno de los más hermosos paisajes que domina población en este mundo, ha tenido que cambiar de aspecto para ser ciudad: le ha bastado llegar a ser la capital de la provincia no ha mucho erigida con su nombre.

Sus habitantes, especialmente dos que valían por cien, Riva, un hombre notabilísimo por su espíritu de empresa, y Rojas (*), que ama a su pueblo como ama-

(*) Gregorio Riva y Carlos María Rojas, éste último de la misma familia dominicana a que pertenecen los Rojas de Venezuela, entre los cuales se cuenta el gran escritor Aristides Rojas.



ría a sus padres, han puesto de su parte cuanto puede producir el esfuerzo individual en una sociedad pobre, y han conseguido fabricar una población agradable por la rectitud y limpieza de las calles, por un parque de iniciativa individual, cuyos planteles de flores son obra del vecindario, a cuyo cuidado están; por su caserío limpio, ligero y adecuado al clima, frecuentemente realizado por construcciones de mampostería muy sólida, muy buenas, y muy cómodas.

El día, que al fin y al cabo llegará, en que la triste *vega* sea gobernada por hombres un poco superiores a su estado social, Moca no tendrá que hacer esfuerzos más considerables para ser una ciudad de primer orden: para serlo tiene ya dos condiciones esenciales: la situación y el carácter vivo y difusivo de su gente.

La de los campos vecinos a la ciudad, tal como la he visto ya reunida en la iglesia y en el mercado del domingo, es, si no me engaño, la que mejor conserva el tipo característico: más parecen *jibaros* (campesinos) de la Isla de Puerto Rico, que población rural de Quisqueya.

En el mismo llano, a no mucha distancia de Moca, están dos de las ciudades más antiguas de la República y de la América colonizada por europeos: La Vega, al sur, Santiago de los Caballeros, al norte.

Esta última es particularmente digna de consideración por su espíritu cívico que, en tiempos mejores para ella y la República, la hacía el centro de todas las protestas contra el mal gobierno y le daba una iniciativa política tan incontrastable que, cuando se veía proceder de allí un movimiento armado, se le conceptuaba victorioso.

La Vega, que en la revolución del 86 (*) desempeñó

(*) Revolución capitaneada por Cro N. de Moya Secretario General, C. Armando Rodríguez.



el primer papel, sufre hoy las consecuencias de ciudad vencida, triste y empobrecida, sólo deberá su renacimiento al hecho de ser el término del ferrocarril de Samaná. En la hermosa bahía de este nombre se improvisó no ha mucho una población construida temerariamente sobre una de las tembladeras del terreno de aquel golfo (*). Por eso y por ser la hechura de las necesidades del ferrocarril, que de allí parte para La Vega, es una población muy singular.

Cerca está la población capital de aquel distrito marítimo, con el nombre mismo de la bahía.

Al norte de la República hay una ciudad puerto de mar, llamada Puerto Plata, con vista a uno de los pedazos mas lindos del Atlántico y resguardada por uno de los picos más hermosos, el Isabel de Torres, que hay en todo el sistema orográfico de las Antillas.

IX

Pero hay un pueblecito y una ciudad que pueden citarse como los tipos actuales de esas dos diferentes formas de sociedades urbanas: el uno es Jarabacoa, y el otro es la "Ciudad Antigua".

Empecemos por lo más para probar involuntariamente que muchas veces lo más vale menos en realidad que lo que tiene a menos.

La "Ciudad Antigua", como, con jactancia justificada por la historia llama a su ciudad nativa un quisqueyano inteligente, culto y estimado, es efectivamente la ciudad más antigua entre todas las fundadas por europeos en América. De Isabela que pudo ser la más antigua, ni vestigios ha encontrado el norteamericano que recientemente estuvo en la isla, comisionado por el

(*) Sánchez.

comité directivo de la Exposición de Chicago para hacer investigaciones en el lugar que ocupó la primera población española (*). De La Vega Vieja, segundo asiento de la población conquistadora, quedan aún, a poco más de legua y media de La Vega actual, las mismas ruinas, extraordinariamente pintorescas, por la decoración vegetal que las embellece, y que fueron respetadas por el terremoto que derrumbó la ciudad.

La de Santo Domingo, como aún se llama la capital de Quisqueya, nació de un fuerte o fortaleza erigida por Bartolomé Colón a la margen izquierda, al extremo y desembocadura del río Ozama, en el mar de las Antillas.

Alrededor de la torrecilla, que aún da nombre a aquella punta de tierra, llamada Punta de la Torrecilla, cuyas ruinas existen todavía, se formó un villorrio. El Adelantado (Bartolomé Colón fue el primero que en América llevó este nombre, cargo y recuerdo militar de las guerras moriscas de España) le puso el nombre de Santo Domingo, por ser domingo el día en que allí llegó a este islote.

La que había de llegar a ser capital de la colonia y de la nación fue arrancada de cuajo por el formidable huracán que Colón predijo en su tercer viaje, cuando Ovando le negó la entrada en el puerto. Aún quedan en la escueta costa de aquella punta, como doble emblema de la flema del huracán y de las fuerzas con que resisten las obras de la naturaleza a los golpes que echan por tierra las del hombre, unos cuantos cocoteros

(*) Después de escribir esto he leído en un periódico de la República Dominicana que una comisión compuesta de varios caballeros respetables de Puerto Plata, bajo la dirección del ingeniero civil don Federico Llinás, español muy estimado y muy fructuosamente dedicado a la enseñanza secundaria, ha descubierto el emplazamiento de los cuatro edificios de mampostería que la historia dice construídos por los colonos de la Isabela. (Nota de Hostos).



encorvados en la misma dirección que corresponde al cuadrante de donde proceden los huracanes en el mar de las Antillas.

Ovando, que deseaba perpetuar su memoria así en obras de bien, como de mal, pensó que la ciudad estaría más segura a la otra margen del Ozama, y resolvió trasladarla a su actual asiento.

Hizo amurallar el recinto a costa de vida de indios; trazó calles bastante rectas de este a oeste y de norte a sur, fortificó el recinto con bastiones y baluartes que hasta no mucho eran imponentes para los ejércitos que por allá se usan; dió extensísimos solares a los frailes franciscanos, dominicos y mercedarios, y a las monjas Claras, para que edificaran las iglesias que aún existen después de restauradas de sus ruinas y para fabricar conventos y monasterios que ya han desaparecido; construyó él mismo un hospital y capilla bajo la advocación del santo de su nombre, San Nicolás; puso coto al mar bravío con un tajamar (*) extraordinariamente sólido y cuando, mal su grado y el de Fernando el Católico, dejó su puesto al primogénito de Colón, Diego, que, gracias a su casamiento con la sobrina del duque de Alba, don Fadrique de Toledo, primer favorito del rey, pudo obtener una mezquina parte de los derechos, títulos y prerrogativas concedidos a su padre por las capitulaciones de abril de 1492 y llegar a la capital de la Primada de las Indias a mediados de 1509, encontró, como dice Abad, "una obra verdaderamente colosal" para aquellos tiempos, y que, aún en los actuales, sorprende al que la ve por primera vez.

Ciertamente: lo que se conserva en pie, y las ruinas frecuentemente utilizables que aún quedan de la ciudad

(*) Refiérese a los batiportes, para la artillería.



antigua, prueban que ésta debió ser una población mejor trazada, mas higiénica, más elegante, más suntuosa y agradable y cómoda que la mayor parte de las ciudades españolas de su tiempo.

En los primeros días de la ciudad, la explotación de las vecinas minas de oro, a orillas del pintoresco Haina, tan dulcemente descrito por una pluma anónima, había atraído y avocinado en la Capital a una porción de los conquistadores, y colonos enriquecidos por el trabajo y por el juego, a quienes plugo hacer demostración de sus riquezas en mansiones que aún hoy, cuando el arte las restaura, ofrecen el maridaje de la solidez y la comodidad.

Después, cuando Diego Colón llevó a la ciudad la corte virreinal en que numerosas familias de caballeros y considerable número de damas pobres, pero de alto linaje que iban en pos de matrimonios opulentos, trasplantaron a la población recién nacida la ostentación, el lujo y las apariencias cortesanas, aumentó el deseo de embellecer con habitaciones monumentales aquellas calles y plazas por donde discurrían en animada muchedumbre los cien busca-aventuras y los mil busca vidas que de allí salieron para Puerto Rico, Cuba, México, Florida, Darién, los unos como héroes de la conquista, los otros como cómplices curiosos, pero activos, de aquella carnicería en grande escala que mancilló, pero aseguró la posesión de casi todo un hemisferio.

Para que aquellos aventureros resueltos se pasearan jubilosos por en medio de aquella selva esplendorosa que por todas partes asediaba y superaba a la ciudad naciente, algún incentivo más poderoso que los encantos de la naturaleza encantadora de los trópicos habían de tener. A excepción de Las Casas, que paseaba por aquella soledad tumultuosa su sed ardiente de justicia, a excep-



ción de Vasco Núñez de Balboa, que soñaba con algún descubrimiento digno de su alma generosa; a excepción también de Hernán Cortés, que quizá por momentos buscara en el campo algún sosiego a la persecución de acreedores incapaces de descubrir en él al muy próximo acreedor al pasmo de España, tal vez no había entonces en la primera ciudad del Nuevo Mundo, un solo individuo que fuera capaz de acudir a ella a no estar seguro de encontrar allí el oro o la empresa productora de oro tras que andaba.

Para dar alojamiento, entretenimientos y sustento a aquella muchedumbre de busca vidas, la ciudad Primada, tenía junto a las casas palaciegas que a todos admiraban, casuchas, sucuchos, hosterías, posadas, de donde incesantemente salía la multitud ociosa que arruina las ciudades.

Por la puerta del Conde, hacia el oeste, entraban con frecuencia las recuas cargadas de los veneros de oro de Haina y los cargamentos de azúcar de los trapiches de Nizao. Por la puerta de Atarazanas, hacia el este salían con dirección a los fustes, carabelas y carracas surtos en el puerto, las expediciones para Cuba, Borinquen o Puerto Rico, Costa Firme, Darién.

Desde los espaciosos balcones del palacio del gobernador, que dominaban la desembocadura del Ozama, y el desagüe de sus corrientes en el mar, Ovando y Diego Colón pudieron ver entrar las flotas y flotillas procedentes de España con acarreo de aventureros entre los cuales venían siempre los *presidarios* y galeotes que una temprana real cédula de los reyes católicos autorizaba a venir a encomendar el alma de los indios al cielo; pudieron ver salir para España más de un galeón cargado de oro, y después, cuando en el segundo gobierno de Diego Colón, la explotación del oro había cedido el pues-



to a la de la caña de azúcar, los cargamentos de azúcar que iban a beneficiar a la corona de España.

Más tarde, cuando Diego Colón construyó la casa-palacio que, a dos pasos de la muralla y cuatro del muelle existe aún, ruina que es muy fácil restaurar, desde los balcones que dan al río pudo ver la salida de Velázquez, la de Grijalba y otros cien que, enviados por él a su destino, iban a Cuba, a Florida, a Guatemala, a donde quiera que el vellocino de oro atrajera con sus promesas y sus espejismos.

Esos dos palacios, el de Colón y el del Gobernador, ambos en ruinas; la torre del Homenaje también ruinoso; la Catedral, que empezó a construirse en el año 14 y no se terminó hasta el año 40 del siglo XVI, intacta aún y especialmente célebre desde el 10 de septiembre de 1877 en que se descubrieron en ella los verdaderos restos de Colón, ofrecían a la vista de los expedicionarios que por allí pasaban a avituallar sus naves o a refrendar sus autorizaciones para nuevos descubrimientos, una de las ciudades más lindas y mejor construídas que hubieran visto.

Después a consecuencia del decaimiento de la colonia, del afán de oro que arrastraba hacia el Continente a los que no se contentaban con las prosperidades de la agricultura, y al abandono en que España dejó la isla, fue la ciudad cayendo en ruinas

Pero como no hay ruinas que aquella fecunda zona no convierta en belleza deleitosa, la ciudad de Santo Domingo era extraordinariamente atractiva por el singular concierto de muerte y de vida que ofrecían los edificios derruídos, los pórticos mutilados, los claustros derrumbados, las arcadas demolidas, las paredes caídas, las viviendas arruinadas, circunscritas, coronadas, y culminadas por la arquitectura vegetal de los trópicos. mil



veces más bella, más viva que eran en el momento de salir de manos del artista las construcciones que hoy adorna.

Desde el punto de vista del progreso, la ciudad de los Colón ha ganado mucho y sigue ganando a medida que se restauran las viejas construcciones, se reedifican las ruinas y se levantan de sus mismos escombros los edificios remozados por el hombre, que el tiempo y el abandono destruyeron.

Es prueba que la ciudad recobra vida, que la población aumenta, que el bienestar se extiende, que el capital recobra la iniciativa que tuvo en aquellos primeros días en que de la noche a la mañana fabricó en medio de la selva virgen una ciudad notable.

Pero desde el punto de vista del arte y de la historia, era más bella la ciudad en ruinas.

Cuando, saliendo por la puerta del Conde a las afueras, el viajero se ponía a bordear el murallón enorme que contorna por oeste, norte y este de la ciudad, parecía que aquellas piedras ennegrecidas, musgosas y casi creía que lacrimosas, antes que piedras superpuestas eran los cadáveres apilados de los millares de indígenas que sucumbieron en aquella obra, así monumental por su estructura, cuanto por el dolor que la erigió.

Por encima de uno de los ángulos de la muralla se levantaban las ruinas de un convento que abarcaba una extensión considerable, y del fondo de cuyos claustros, por la hendidura de cuyas paredes, de en medio de cuyos escombros, arcos, portalones, clarabollas, surgía potente, risueña saludable, como la visión de la vida surge del seno de los cementerios, la flora entera de las Antillas, árboles, arbustos, yerbas, parásitos, enredaderas, trepa-



doras, brindando con sus colores, sus olores, su gracia, su elegancia, su belleza.

En una de las extremidades de la muralla, en el ángulo sudoeste, y desde la alta plataforma del baluarte de San Gil, la ciudad del Ozama aparecía a la vez en su recinto y en sus alrededores, si bello aquél por la solemnidad que dan las ruinas a los lugares habitados, mucho más bellos los otros por los esplendores de aquel cielo, aquel mar y aquellos campos, el viandante no podía menos de confesarse que era una bella ciudad la capaz de ofrecer, en un solo golpe de vista, espectáculos tan opuestos entre sí.

X

Una de las peculiaridades de la capital de Quisqueya, es el diverso aspecto que ofrece al que llega a ella por el mar, y penetra después en ella por la puerta de San Diego.

Desde el mar, parece una ranchería; desde la puerta que recuerda a Diego Colón, parece una ciudad milenaria.

Desde el mar no se divisa más que el hacinamiento de bohíos destartados que ocupa todo el lado meridional de la ciudad. Desde el muelle se tiene al frente la ruinosa, pero elegantísima casa-palacio de Diego Colón; un paso más hacia la izquierda el palacio de los gobernadores, en la misma dirección, el Homenaje; y al fondo, las torres macizas, de las iglesias principales y el cuerpo imponente de la catedral.

Cuando se llega a ésta se está en el corazón de la ciudad. Allí está la plaza, cerrada por aquel edificio extraordinario, por la actual casa de gobierno, obra de la dominación haitiana, que no carece de elegancia;



por la municipalidad que es una restauración agradable y ostentosa de los últimos años; la cárcel vieja, simbólicamente construída al lado de la casa de Gobierno y de cuyas ruinas acaba de hacer su asiento y biblioteca pública la *Sociedad de los Amigos del País*, y por algunas casas particulares que no ha mucho eran ruinas lastimosas.

En el medio de la plaza, que a duras penas se ha ido convirtiendo en parque, se levanta la estatua de Colón, en la misma actitud, "con índice profético señalando el Nuevo Mundo", en que lo presenta un libro.

La estatua, que es obra del escultor francés Gilbert, y que ofrece, entre otras bellezas, la originalidad de presentar a América simbolizada en una india, escribiendo en el zócalo el nombre del Descubridor; la Catedral, cuya fachada es un capricho arquitectónico del género más extraordinario; la Casa Municipal, la del Gobierno, la de los Amigos del País, edificios de exterioridad decorativa, hacen de aquella plaza que nunca acaba de ser parque, uno de los lugares más sugestivos de tristeza y de esperanza que puede contemplar en todo el Continente un reflexivo. Allí, de una mirada, junto con la tristeza del pasado puede columbrar las esperanzas del porvenir. Algo hay que esperar de la ciudad que así se levanta de sus ruinas, rindiendo homenaje de gratitud al que tanto amó a la isla; conservando cariñosamente en la Catedral los restos que le compró el gran Infortunado, dando tranquila mansión a su poder más efectivo en el mismo lugar en donde durante veintidós años dominó el poder extranjero; alojando suntuosamente a su poder municipal; convirtiendo una cárcel de oprobio en un recinto del saber de las Edades; y todo eso, a fuerza de esfuerzos, sin recursos, luchando a brazo partido con la estupidez y la voracidad de sus gobernantes;



ellos detrás, en la oscuridad infernal del caudillaje, ella delante, en la gloriosa luz de un renacimiento solicitado con afán.

Acá y allá discurriendo penosamente por las calles, cuyas aceras desiguales y desniveladas (*), unas más altas que otras y tan irregularmente pavimentadas con ladrillos o con cantos rodados, que maceran los pies y lastiman los pulmones, se ven algunas casas de construcción moderna entre antiguas mansiones coloniales, cuyas fuertísimas paredes, amplios balcones, zaguanes espaciosos y patios extensos, les conservan el sello del pasado, que con tanto cariño reconoce el que desde la infancia lo retiene en la retina,

Aunque un paseo por la ciudad de Bartolomé Colón y Ovando es hoy un paseo por una ciudad que resurge de sus ruinas, y la callada lucha entre el pasado muerto y el presente vivo da curso suficiente a reflexiones que bastan para hacer fructífero el paseo, no me extrañaría que entre los que llegaron a tiempo para contemplar en la solemnidad de sus ruinas a la ciudad antigua, hubiera quien la prefiriera como se presentaba entonces a los ojos del viajero.

A la verdad, entre un decaimiento llevado con decoro, y una exaltación ostentada con descoco, el decaimiento es preferible.

Y si he de decir lo que pienso, pensando a la vez en la ciudad de Santo Domingo y en muchas de nuestras sociedades, se va en ellas tan pronto con la pobreza la honradez, y tan pronto viene en ella la corrupción con el bienestar material, que cuando yo preguntaba a la ciudad del Ozama de dónde salían de la noche a la mañana, la mayor parte de aquellas restauraciones osten-

(*) Recuérdese que esto fue escrito en 1892. Santo Domingo es hoy una ciudad moderna.



tosas de ruinas y aquel aire de renacimiento material y de remozamiento urbano, la respuesta que me daban los hechos vergonzosos de cada día me obligaba a mirar con pena la desaparición de las ruinas, que era, en cierto modo, la desaparición de la pobreza honrada.

Si es que es honrada la pobreza; porque lo que allí, y en donde quiera, he visto yo honrada, agasajada y lisonjeada es la riqueza, salga de donde salga, pues como decía un vagabundo de por allá, hecho personaje por su egregia pillería, "qué hemos de hacer más que dejarnos querer".

Es verdad que la funesta interpretación que la filosofía moral ha dado a la filosofía natural, tomando el principio de evolución como una pantalla de todos los delitos penables y no penables que se cometen so color de lucha por la vida, ha llegado tan pronto a todas partes, que hasta en aquellos rincones apartados ha servido para hacer repulsivos a la moral los mejoramientos materiales.

Mas como al fin y al cabo, de ese progreso exterior es de el que más y mejor juzga el vulgo, el aspecto actual de la ciudad del Ozama es mucho más placentero a la vista que el que ofrecía pocos años ha.

Ya han desaparecido casi todas las ruinas de edificios privados y muchas de edificios públicos; ya se ha mejorado la exterioridad; ya se cuida de la limpieza de la calle; ya la población que ha ido aumentando, ha ido también convirtiendo en calles algunas extensiones de terreno urbano; que antes, no siendo calles ni paseos, sino tristes descampados, aumentaba la tristeza del que contemplaba tanta ruina.

Y como la ciudad de Diego Colón está en el centro del mismo paraje encantador en que estuvo al fundarse y al pasar por las vicisitudes que ha pasado cuando se



quiere saber del hombre para entrar en la naturaleza, no hay más que subirse a una azotea y contemplar la pintura de los campos y las aguas, o salir por la Puerta del Conde y recorrer los alrededores pintorescos.

XI

Nos falta ver a Jarabacoa para saber lo que es el lugarejo quisqueyano.

No es una aldea como el hogar campestre y pastoril de los aldeanos europeos ni el *little township* del agricultor yankee, ni el burgo medio rural y medio urbano que dió origen a los municipios, ni el sórdido villorrio que trastorna la vista y el corazón en los caminos carreteros de alguna comarca de Francia, España e Inglaterra, ni es el lugarejo en la acepción que tiene en las naciones viejas, sino el "lugarejo", en un sentido especial, como disminución graciosa de "lugar"

En un descanso que hace el terreno al elevarse desde el valle central (la Vega Real, como decía Colón) hasta las cumbres del Yaque y del Tina, se forma un vallejuelo a la extremidad de un pinar maravilloso.

El vallejuelo, que no tendrá una legua de superficie, se ha dado trazas para tener dos secciones, una que corre a modo de talveg por la senda de las vertientes; otra que se arrincona a manera de ángulo curvilíneo en la falda de la cordillera que le sirve de regazo. Aquel es el valle de Jarabacoa. En el talveg está el lugarejo y en la rinconada del vallejuelo elegido, la propiedad comunal del lugarejo.

Cuando desde el pinar, que es el camino, se penetra en el recinto de Jarabacoa, dos sensaciones mágicas suspenden; junto con entrar en el recinto del vallejuelo se percibe todo él; y junto con percibirlo, desaparecen de la vista el camino y la entrada del lugarejo.



Todo entero lo contempla una mirada. Es una plaza todo él; plaza grande, desmesurada, desigual, que tiene, parece, las montañas vecinas por paredes.

En un ángulo de la plaza hay, si todavía no la han sustituido con la que pensaban construir, una iglesia de mala muerte, que es un elemento pictórico de buena vista. El resto de la plaza, una pradera; cerrando por los cuatro costados la pradera, cuatro líneas de casas. Algo como cuatro calles no completamente cerradas por viviendas sino, más bien, indicadas por una que otra vivienda en la misma línea, continúan y por no largo trecho prolongan las calles que comienzan en la plaza.

La casa del cura en el ángulo frontero a la iglesia; la del sacristán en la esquina frontera a la del cura; una tienda de todo, mercería y víveres, licores y quincalla, en el ángulo estratégico en donde coinciden la línea del talveg y la del caserío que se amontona en dirección a la confluencia de dos ríos; la comandancia de armas, que es un simple rancho comparada con la casa de la tienda, que es la mejor del lugarejo, y es efectivamente una buena casa de madera; otras dos o tres habitaciones un poco menos mal fachadas que los pobres bohíos del contorno, eso es todo el lugarejo. Población, tal vez no seiscientas almas; caserío, quizá no el conjunto de cien casas, mediaguas y ranchos; pero paseos como no los tienen París ni Nueva York; aguas como no las tienen las Altai ni los Himalayas ni los Andes; cielo, como el de "Turei", espectáculos, como los más entretenidos y más atractivos de la civilización.

Y eso que la civilización, tal como ella se difunde de los países cultos a los incultos y de las ciudades a los lugarejos, estaba allí, como donde quiera, sólidamente representada por media docena de egoístas que prospe-



raban a expensas del medio millar de lugareños y a costa de los conuqueros o chacareros del contorno.

Pero en cambio, la barbarie primitiva de las Antillas, aquella ignorancia benévola y hospitalaria de los aborígenes que halló Colón en las Antillas, estaba todavía viviente en el sencillo corazón de los vallejanos, merecedores de mejor guía social.

El vallejuelo es pobre, pero las aguas del Jimenoa y del Yaque que grandiosamente confluyen en su término, en su fuerza mecánica arrastran a cada minuto una riqueza industrial que podría aprovecharse económicamente, si los fecundísimos faldeos de las colinas circundantes y una prudente explotación del pinar circunvecino pudieran aprovechar aquella fuerza desperdiciada.

Si mientras errores, engaños, debilidades y espejismos desvian de su objetivo natural al hombre de bien y lo alejan del centro natural de acción, que es aquel en que el bien se puede realizar, persevera en su obra y en su empeño, aplicando a ellos su fuerza, ni las aguas confluentes del Jimenoa y el Yaque seguirían desperdiándose para las industrias que hubieran podido ya hacer de Jarabacoa un coeficiente precioso de civilización, ni vidas capaces de dar fruto estarían gastándose inútilmente en imitar sin querer a aquellas aguas que corren sin utilidad hacia su muerte, allá en el mar, y sin más empleo de sus fuerzas que el chocar con las piedras de su cauce, que es como chocar con la dureza del intelecto o de corazón o de dignidad entre los hombres.

Pero ¡qué hacer! El pobre pueblecito que en el seno de la cordillera no buscada por la industria humana sugiere ideas y proyectos de progreso al transeúnte, tal vez se esté bien, como se está, lejano, arrinconado y solitario

Mil y más veces preferible ese destino al de pueblos



y hombres que, en cada uno de sus cambios, pierden algo de lo que es esencial a la dignidad de la naturaleza humana.

XII

DUARTE

En el seno de esa sociedad embrionaria, mucho más embrionaria todavía, cuando la dominaban los haitianos y estuvieron a punto de absorberla, nació el primer dominicano

Llamábase Duarte, y tenía nombres bautismales, buena alcurnia, antecedentes de familia y cuanto la biografía aprovecha para enaltecer la personalidad que ensalza.

A nosotros baste el apellido: con él basta, porque ese es el nombre que ilustró el primer patriota quisqueyano, y ése el con que la historia de su triste patria lo conoce.

Duarte, enviado a España por sus padres, se educó y adquirió allí la tenacidad de propósitos de que dió ejemplo hasta el momento de su muerte.

Viendo esclava de esclavos emancipados a Quisqueya, antes de volver a su seno había resuelto, y al volver llevó a cabo, la independencia del vergonzoso yugo.

Solo al principio, no muy acompañado nunca, pero acompañado en las horas de la propaganda y de la acción por un grupo de discípulos suyos en patriotismo, empezó por organizar el grupo en una asociación que llamó la Trinitaria, porque tres fueron con él los hombres de su derecho y su deber que asumieron la formidable responsabilidad de personificar la dignidad de la nación esclava.



Esos tres, reuniéndose en secreto, trabajando en silencio, burlando vigilancias y celadas, no tardaron en llegar a diez (*). Cada uno de los diez se obligó a formar y concluyó por formar tantos grupos de diez cuantos eran ellos, y cada uno de ellos fue el jefe del grupo que formó. El grupo no conocía más que a su jefe particular, aunque el instinto por una parte, y por otra parte la conocida actitud rebelde de Duarte insinuaba a todos que él era el alma y el jefe de la rebelión a que todos cooperaban.

Merced a este seccionamiento de los revolucionarios, lograron por algún tiempo sustraerse a la persecución de que fueron objeto en cuanto las autoridades haitianas tuvieron noticia de la formación de aquel grupo de desafectos.

Formación de grupos de desafectos, se dice, porque, aunque el gobernador haitiano de Santo Domingo sabía que todos los dominicanos eran desafectos, hasta entonces no se habían constituido en un cuerpo tangible y coercible; y para que hubiera tomado un cuerpo la desafección, era preciso que hubiera un alma.

Harto se supo, desde el regreso de Duarte a su patria, por la contenida expresión de encono en su fisonomía, por las medias palabras que alguna vez se le escapaban, por la simpatía que despertó en la juventud, por la vehemencia con que desde el primer día se dedicó a la instrucción de cuantos querían recibirla, que él era el alma capaz de animar y sostener aquel cuerpo de rebeldes. Harto por experiencia se sabía también que ningún otro que él había antes sido capaz de dar el

(*) El grupo *primario* de la Trinitaria era de 9 miembros, cada uno de los cuales constituía una base de 3 nuevos miembros, y así sucesivamente.



alma que necesitaba un grupo de revolucionarios organizados para la acción.

En consecuencia, contra Duarte se apuraron todas las astucias de la policía secreta, todas las acechanzas del espionaje y todo el celo criminal que despliegan los servidores de un gobierno impuesto por la violencia.

Así era como el generoso patriota se veía continuamente interrumpido en su tarea de educador, y vivía en continuo sobresalto burlando con una conducta pública llena de reserva, la vigilancia al principio, la acechanza después, la persecución al fin:

El fin llegó en 1844. Pocos días antes del 27 de febrero de aquel año, que era el día convenido por los conspiradores, Duarte fue preso y expulsado del país (*).

Mas como ya estaba hecho todo lo que había que hacerse, dos discípulos del primer quisqueyano, Sánchez, el segundo hombre de la revolución de la independencia contra Haití, y el tercer hombre de esa revolución, Mella, no faltaron al puesto que se les había designado y a prima noche del 27 de febrero, se apoderaron, con algunos compañeros fieles, del baluarte del Conde, de donde merced a la rapidísima adhesión armada de todos los habitantes del contorno rural, pudieron al día siguiente imponer una capitulación al gobernador de la plaza, demostrando la rapidez y la felicidad de aquella hazaña, que no costó una gota de sangre, hasta qué punto carecía de raíces la ignominiosa dominación que había durado 22 años.

Es verdad que la lucha que así empezó, después se hizo cruenta y duró hasta 1856, pero ya no fué una lucha de emancipación, sino una guerra internacional.

(*) No fue preso, pudo librarse de sus perseguidores embarcándose para el exterior el 2 de agosto de 1843.



Para entonces ya había vuelto Duarte al país; mas como acontece con hombres consagrados con desinterés y buena fe a la obra que dan cima, otros más ambiciosos lo suplantaron, y no contentos con suplantarlo, lo persiguieron como enemigo, y tuvo que expatriarse.

Expatriado vivía en Venezuela, cuando en 1863 se divulgó por el mundo la noticia de la forzada anexión de Quisqueya a España.

Duarte no vaciló, y se presentó de nuevo en la patria de donde lo había desterrado la ambición.

Aquí fué un nuevo sacrificio, aún más doloroso, que el de la expatriación. Los hombres nuevos que se habían puesto a la cabeza de los restauradores del orden nacional trastornados por la anexión, temerosos también de que Duarte les hiciera sombra, le hicieron tan dura su generosa participación en los azares de la lucha, que, no bien terminada felizmente para la patria de nuevo redimida, se volvió a Venezuela (*).

Allí prefirió todas las tristezas de la soledad, del trabajo no bien recompensado, de la desconsideración de los indiferentes, de la miseria y del abandono de propios y extraños, antes que volver a ser calumniado entre los suyos.

Allí murió en indigencia tan completa, que a veces, dicen, tenía que sumergirse en el fondo de los bosques venezolanos para disimular su falta de sustento o acaso para pedir a las plantas lo que ellas dan generosamente a los hambrientos.

Cuando a nadie podía hacer sombra, Duarte fué

(*) Duarte salió antes de terminarse la guerra en una misión diplomática del gobierno restaurador.



repatriado a la patria que él fué el primero en querer libre; pero ya no era más que un poco de polvo.

XIII

SANCHEZ — MELLA

Para que se vea hasta qué punto es bestial en nuestros pueblos lo que llamamos *la política*, empezaré este croquis con la figura de Sánchez, el segundo de Duarte en la devoción a la independencia de su patria, y el primero en la acción de esa misma independencia, diciendo que uno de los grandes premios que le dieron fué deportarlo a Suecia o a Noruega (*), de donde salió vivo por el calor, sin duda, de su patriótico corazón; pero a donde sin duda lo mandaron a morir, y con la intención de que muriera.

¿Y quien lo mandó? ¿los haitianos? Ya no tenían dominio sobre él. Había Sánchez sido el primero que en la noche del 27 de Febrero de 1844 había desnudado la espada de la Independencia, y ante ella huyeron los haitianos.

Nada podían contra él. Los que podían, y aun a riesgo de abochornarse, raro bochorno en tales hombres de perseguir a uno de los beneméritos de la patria dominicana, pudieron poner en él su airada mano, fueron los mismos a quienes él había dado el ejemplo del valor cívico y del denuelo militar.

Pero ellos eran unos astutos ambiciosos de poder, y él era uno de esos grandes pobres diablos que de todos se ocupan, menos de sí mismos, en las horas de abnegación y patriotismo.

(*) Nó, fue enviado a Liverpool. Naufragó cerca de Dublin.



Pero como ese desinterés patriótico era razón de sobra para que los interesados desconfiaran de él, todavía no estaba terminada la guerra a que él dió feliz comienzo, cuando ya lo alejaban de su ardiente suelo a las nieves casi polares de Europa.

No le estaba destinada la muerte del destierro. Moriría moralmente en él, como mueren todos los que lo sufren; pero materialmente no murió sino en su propia patria, por mano de sus propios compatriotas, en el momento en que debía ser su vida más sagrada, y cuando con más noble lógica iba a consagrarla a la segunda Independencia.

Ese horrible sacrificio, uno de los más patéticos que ha presenciado esta pobre América nuestra, tan dada a sacrificar hombres al Moloch que la domina, lo presencié la triste Quisqueya el mismo día 4 de julio que la historia moderna consagra al recuerdo del natalicio de la libertad entera, sin andaderas, fórmulas, precauciones, tanteos ni transacciones.

Sánchez, expatriado años hacía, oyó en el destierro hablar de una anexión de su República a España, y tuvo noticia del disgusto nacional. Creyó que era la hora de una nueva lucha por la Independencia, se embarcó secretamente, secretamente apareció en un pueblo escondido de la banda sur de la República; arrastró tras sí a un cortísimo número de patriotas verdaderos o de fascinados por el brillo de su nombre y por la fuerza de su palabra, y llegó al Cercado, lugar donde fué sorprendido por una de las avanzadas españolas que ya estaban en campaña.

El jefe español ante quien fué llevado tuvo la virtud que se necesitaba para respetar en aquel noble patriota la adhesión ardiente a las ideas a que había



consagrado su vida, y lo trató con bondad y con respeto. Como esos actos de noble humanidad son tan raros, no extraño que se haya olvidado a la tradición el nombre de aquel buen español (*).

Lo que la tradición no olvida en la República Dominicana, es que, gobernándola a nombre de España el general Santana, por sobrenombre odioso el *Anexionista*, éste quiso probar su incondicional adhesión al gobierno español, mandando fusilar a Francisco del Rosario Sánchez, el hombre del 27 de febrero.

Sánchez fusilado, la anexión queda asegurada.

Y con efecto, dos años después ya no había anexión y la República Dominicana, consagrada por la sangre de Sánchez y otros mártires, volvió a ser la República Dominicana.

II

Por ella, y para constituir en República la que dominaban los haitianos con el nombre de "Partie de l'Est", la trabajó como de los mejores entre buenos el general Mella, una de esas figuras simpáticas de la Independencia en todo el continente que, además de las cualidades internas que reclaman las grandes acciones, tenía los atractivos personales que seducen a las multitudes y los méritos sociales que atraen a la porción más culta de una sociedad.

Mella, además de ser un patriota, era un joven bello, instruído, y de prosapia hidalga. En el movimiento inicial de febrero de 1844, representaba aquella gente linajuda del Cibao, que aun queda, como restos

(*) Llamábase Antonio Luzón, Comandante del batallón de La Corona.



de la estirpe de segundones de Castilla que llevaron a Isabela, Jaragua, y Santiago de los Caballeros, junto con su horror al trabajo personal, su hábito del decoro, la dignidad externa de la buena sociedad, y su profundo sentimiento de los derechos de casta.

Mella no fué mucho más feliz que su maestro en patriotismo, Duarte, y su compañero de nobles acciones, Sánchez; pero las especiales circunstancias de su carácter, unidas a las consideraciones de familia, que tanto influjo han tenido en la política de los pueblos latinoamericanos, le valieron indulgencias y amnistías que, alguna vez, como poco antes de la anexión, habían llegado hasta el extraño extremo de hacer de él su representante diplomático de la República en España.

Si recuerdo bien, en ese puesto estaba en los días en que empezaba a susurrar el rumor de la anexión, y me parece haber leído la nota dirigida por él al Gobierno de la República en que, con el don profético que tiene el patriotismo, expuso con extraordinaria lucidez las razones que entonces objetaban y siempre objetarán el cambio de la Independencia por la dependencia.

Siendo incompatible con sus creencias firmes aquel puesto, lo dejó a tiempo para no llevar a la tumba ni aún la sombra de la complicidad en aquella indignidad.

XIV

LUPERON

La segunda guerra de la independencia dominicana tuvo muchos guerreros y patricios dignos de la empresa que la dignidad de la nación encomendó al



patriotismo de sus hijos. Pero, entre ellos, no hubo ninguno que personificara con más ardor que el general Luperón, el deseo de reconquistar la autonomía nacional.

Obedeciendo a sus propios impulsos y operando como jefe de cuerpos francos más bien que como comandante de tropas regulares, hizo tales prodigios de actividad, y de tal modo espoleó el egoísmo de los pasivos, que a la vez inspiró terror y admiración, cobrando una de esas famas legendarias que bastan por sí solas para hacer atractiva una personalidad en los días de lucha y de zozobra, y que, después, en las horas de la paz y en las tradiciones del hogar, prolongan para el héroe el triunfo que conquistó en los campos de batalla, dándole triunfos no menores, y acaso más trascendentales en la vida normal de la nación.

El Cibao, que es la cuna de aquel prócer de la segunda independencia, conservó durante tantos años tan viva en la memoria la figura del patriota-guerrero recorriendo los campos y las breñas en busca de defensores de la patria, compeliendo a los tardos, despertando a los dormidos, imponiendo como una obligación onerosa el deber del patriotismo, que, cuando a la tarea de reconstruir por medio de las armas la nacionalidad sucedió la de gobernar la nación por medio del derecho escrito, Luperón fué uno de los triunviros impuestos por la gratitud popular al régimen unipersonal de la república moderna

Ni tres ni veinte varones hubieran bastado para ordenar el caos social, político, económico y administrativo que dejó en recuerdo la anexión, y de la noche a la mañana pasó el gobierno a manos de uno de los que no sólo no hicieron nada por su patria en las angustias pasadas, sino que positivamente había con-



tribuído al mal, aceptando del gobierno español una distinción (*).

Entonces el caudillo tuvo que expatriarse, aprovechando el destierro entre el estudio y el afanoso conspirar.

Del estudio salió hecho un hombre de ideas elevadas; y del conspirar salió hecho jefe de aquella revolución que llegó a ser crónica, y que, unas veces en el mar, otras veces en las fronteras de Haití, mantuvo en jaque al Gobierno de la República.

El Gobierno cayó a los seis años, en el de 1874, no por el esfuerzo de Luperón y de los suyos, sino por uno de los lugartenientes del Presidente de la República, en la provincia Puerto Plata, en donde era omnipotente el recuerdo de Luperón.

Este vivió con el buen tiempo, y dió un excelente ejemplo de moral pública desentendiéndose de los negocios del Estado y consagrándose al trabajo y a la formación de un patrimonio para sus hijos.

En esa empresa lo conocí yo, y confieso que no dejé de parecerme extraordinario el encontrarme detrás del mostrador de una mercería al hombre que en la guerra nacional y en la civil había deslumbrado tantas fantasías. Pero allí, y así, lo conocí en 1875, puesto en contacto con él por su maestro, guía y amigo, el noble y primer ciudadano de Puerto Rico, el siempre desterrado doctor Betances.

Como nunca se pierde la esperanza honrada en voluntad benévola, se hicieron esfuerzos, no hay para que negar que esfuerzos insensatos, sobre todo, cuan-

(*) Refiérese a Buenaventura Báez, que fue mariscal de campo español, cinco veces Presidente de la República.



do quien lo afirma tiene la creencia de que la insensatez hecha a sabiendá es un sacrificio del amor propio al deber; se hicieron esfuerzos insensatos para poner en movimiento a Puerto Rico, esperanzados en la ayuda del adalid de la independéncia dominicana.

Pero los tiempos, aun turbios, eran entonces profundísimamente sombríos. En vez de una revolución de independéncia, hubo que atender a una revolución de impertinencia.

El Presidente de la República, que había debido auxilio y hasta parece que auxiliares, a la población cubana emigrada en Puerto Plata, de donde él comenizó la reacción libertadora contra el Gobierno que tiranizaba al país, creyó que los cubanos y puertorriqueños asilados, aún en Puerto Plata, conspiraban con Luperón y a beneficio del caudillo popular.

Se equivocaba, pero con su equivocación aparentemente autorizada por la parte exclusivamente doctrinal que en las reuniones de *La Liga de la Paz* tomaban algunos proscritos, y por el temor que inspiraba esa asociación, decretó la prisión del jefe de la *Liga* en Santiago, y la del que en Puerto Plata la animaba con su influencia legendaria.

Aquella mal aconsejada violencia (si alguna vez puede llamarse bien aconsejada la violencia política), fué la señal del estallido revolucionario que en Quisqueya se ha parecido más a un movimiento de doctrinas.

Luperón se negó a obedecer la orden arbitraria, El gobernador, un escritor notable, por cierto, resolvió usar de la fuerza para cumplir la orden del Gobierno, y el caudillo popular resolvió repeler la fuerza con la fuerza.



Desde su casa, y acompañado por corto número de amigos, se defendió tan denodadamente, que no sólo rechazó con buen éxito la fuerza armada que intentó penetrar en su hogar, sino que armó a sus parciales de la ciudad y del contorno, que se presentaban organizados en cuerpos a defenderlo y después se organizaron en cantón en las inmediaciones de Puerto Plata.

La chispa que allí y en Santiago inflamó el ánimo de los pocos que deseaban fundar gobiernos de derecho y de los muchos que buscaban lo que nunca los descontentos o los ambiciosos en las revueltas civiles, concluyó por producir una revolución victoriosa.

Salió victorioso, entre otros enemigos del caudillaje; y aunque Luperón acababa de coronar su gloria de caudillo nacional con la de caudillo civil, cedió el primer puesto a un hombre completamente extraño a las revoluciones, a las armas y muy de antiguo consagrado a aquella noble, oscura y benéfica propaganda del bien y del derecho que, en parte alguna, y menos en aquella sociedad, conturbada de continuo, lleva hombres al poder.

Sin embargo, a ese patriota inofensivo, fué a quien Luperón y sus consejeros, en Puerto Plata, Peña y sus secuaces en Santiago, designaron para jefe del nuevo gobierno y a él eligió el voto popular, que creo fue efectivamente popular en aquellas elecciones.

No contento con no tener mezquinas ambiciones, Luperón asintió a fortalecer el nuevo Gobierno, tomando en él una cartera que desempeñó *por fórmula*.

La conducta del caudillo en todo este momento de la historia política de su país, lo acreditaba de hombre y de miras elevadas, de patriotismo generoso y de aspiraciones altas. Procedió como los que aman la



gloria por la gloria misma, que es el modo de amarla que impone más sacrificios.

Pero como Luperón no es un Cincinato, tan pronto como aquel ensayo del gobierno civil, ejercido por hombres virtuosos, fué revolucionariamente destruído, procedió con otros a la revolución que había de echar por tierra al reciente gobierno de reacción, y entre todos dieron con él en el suelo, pero dieron por inesperado resultado la vuelta al poder del mismo que, durante seis años, había enfrenado a la revolución.

Pero esta vez no fué por mucho tiempo. En 1879 ya había caído a impulso de una revolución que presentó en la escena un nuevo caudillo de contiendas civiles.

Un año después, ya otra contienda había devuelto el poder a los azules. Jefe de ellos, Luperón ejerció el gobierno durante varios meses, y no desde el asiento oficial de los poderes públicos de la República, sino desde Puerto Plata.

Su conducta fué la de un político inteligente, bien intencionado y concededor de la necesidad de la buena administración.

Hubiera convenido al país que él continuara en el Gobierno y acaso hubiera bastado su presencia en él para impedir nuevos atentados contra el orden público; pero, por motivos cualesquiera, que desgraciadamente no fueran motivos patrióticos, pues entonces le mandaba el patriotismo ser Gobierno, dejó los cuidados a otros y se abandonó tan por completo al astuto *alter-ego* (*) de quien se había estado valiendo como brazo armado y de quien siguió valiéndose como

(*) Alude a Ulises Heureaux, Liliis, el dictador dominicano.



hechura, que éste, al fin y al cabo, usó de la pobre República como de un feudo.

Y ahora, y después de haberse conducido torpemente en la revolución de 1886, que debió poner en armas a todos los hombres de bien, porque ya no se trataba de una lucha de ambiciosos contra ambiciosos, sino de honrados contra pícaros, Luperón anda errante por las Antillas menores, culpando tal vez a su país, pobre víctima de todos, cuando debería culparse a sí mismo que tanto con su inercia egoísta ha contribuido a la villana situación actual de Quisqueya.

II (**)

Luperón no se contentó con ser una de las más enérgicas encarnaciones que ha tenido en el siglo XIX el patriotismo, y fué también el más ardoroso representante que el antillanismo tenía en la Antilla-centro.

Hoy, cuando la conducta oficial de todos estos pueblos anula ante la conciencia de ellos mismos sus ineficaces platonismos, es un deber levantar en alto la figura del patriota entero. Así, vista de abajo para arriba, que es el único modo de mirar respetuoso que tienen las muchedumbres, el prócer de la Segunda Independencia de Quisqueya aparece tan grande, tan completo como era.

Antes que prócer, era hombre, y cometió mil yerros; así sea. Yo no voy a juzgar al hombre de todos los días sino al quisqueyano de un momento solemne de la patria y al antillano de una hora patética de la historia de las Antillas.

(**) Esta segunda parte del artículo titulado Luperón fue escrita cinco años después de la primera, en ocasión de la muerte del prócer en 1897.



Si hubiera de juzgarlo como hombre, levantaría con orgullo la cabeza para declarar que fué uno de los hombres a quienes más altas prendas conocí, por lo cual fué uno de los hombres a quienes más he estimado.

En los días de la Restauración, que fueron días de pruebas para el carácter, Luperón se presenta a la historia de su patria como comparece Gambetta en la historia de la defensa nacional de Francia.

A éste, por más conocido el escenario, lo ve todo el mundo en el momento del apogeo de su patriotismo, cuando recorría las provincias, apellidando patria, apostrofando a irresolutos enardeciendo a tibios.

A Luperón nos lo representa nuestro amor a la Independencia, derecho tan alto y tan sagrado en Quisqueya como en Francia, en el momento culminante de su heroico patriotismo, cuando, según la tradición, perseguía a planazos a los irresolutos y tibios con la patria.

Estatua por estatua, si seductora de buenos es la actitud de Gambetta, más seductora de fieles al bien y a la justicia es la de Luperón: el francés se erigía su estatua con actos que el mundo contemplaba, que la expectativa del mundo estimulaba, que la admiración del mundo hacía fáciles y placenteros; el quisqueyano no sabía siquiera que se le estaba estatuando en la historia de su patria, cuando, desentendiéndose del mundo, sin más testigos de su heroísmo que los testigos de él, realizaba en el fondo oscuro de las selvas, en desconocidos lugarejos de un país desconocido, los prodigios de actividad, movilidad, entusiasmo y convicción que dieron a luz la segunda República Dominicana.

En Gambetta, la gloria era un estímulo de todos



los días, de cada hora, de cada despacho telegráfico, de cada salutación, de cada aclamación, de cada ovación que recibía.

Al pobre sostenedor del derecho de Quisqueya ¿qué ovación lo recibía, qué aclamación, siquiera, lo estimulaba; qué salutación al menos, lo enardecía? El apodo que da 'a fuerza escandalizada al derecho que la escandaliza: *bandolero*.

Bandolero, bandido, salteador de caminos, como siempre lo fueron los libertadores para los usurpadores de vida en las colonias; como lo fué Miranda, como lo fué Hidalgo, como Bolívar, Morazán, Mariño, Gamarra, Santa Cruz, O'Higgins, San Martín, Artigas, como lo fué Narciso López, como lo fué Céspedes, como lo está siendo Máximo Gómez, no tuvo Luperón más incentivo que la resuelta resolución de no consentir amos en su tierra.

Pero, no es esa en absoluto la verdad: como todos los hombres, en cualquier estado de cultura, en cualquier mundo social, en cualquiera rudimentaria noción de principios directivos de grandes acciones, Luperón tenía el incentivo de la gloria: hasta se puede asegurar, (y bien existe ahí talento que a tiempo se cercioró de esa gran pasión del libertador en jefe), hasta se puede asegurar que ésa fué la debilidad de Luperón.

Mas también su fuerza.

Aquel sólido amor a las libertades constitucionales, de que dió muestras, a pesar de sus resabios de jefe de facciones; aquel ardoroso sentimiento de progreso, que lo deslumbraba en los días del goce de poder, aquel mismo desinterés del poder, que pueden atribuir a móviles egoístas los que desconozcan en las acciones



humanas la influencia de factores más eficaces; aquel laudabilísimo afán de distinguirse por acciones que merecían alabanzas; el entusiasmo, a la vez impetuoso y refrenado, que no pudimos menos de admirar los que en Puerto Plata fuimos testigos de aquella *evolución*, tan bien concebida y preparada por Peña y Reinoso en la ciudad de los caballeros y los ciudadanos; con tan soberano empuje lanzada por Luperón a su objetivo; y con tan infantil, candoroso y alegre pasmo aclamada por todos los pueblos del Cibao en aquellas escuelas de civismo que se llamaron *Liga de la Paz*; aquel su rápido percibir el punto luminoso de una opinión extraña; su prontitud al consejo, si era bueno todas eran fuerzas que él sumaba en la cuidadosa adición de hechos concebidos por él para su gloria.

La prueba de que este estímulo tenía en él los caracteres más elevados, están en el definitivo propósito y en la premeditada dirección final que le dió; el propósito definitivo y la dirección final que dió a su gloria. Si he de juzgar por elocuentes cartas suyas de la última hora de su expatriación y penúltima de su vida, era el *antillanismo*, la hermosa quimera que los puertorriqueños hemos concebido; que con el ánimo y el brazo de Luperón habríamos realizado; que con ánimos y brazos como el del héroe muerto llegaríamos al fin a realizar. No es más que la unión de las Antillas en las libertades del derecho; en los adelantos de la riqueza y el bienestar de las Antillas; en el progreso de la verdad, hecho conocimiento útil; del bien, hecho virtud económica, social e individual. La fuerza de las cosas es tan avasalladora, que ese programa sencillísimo de vida para las Antillas, tendrá que ser el programa de uno de los partidos políticos que la lógica espontánea hará nacer.



Luperon fue el primer jefe intencional de ese partido no nacido, al menos, si nacido en el espíritu de algunos, no en el medio natural en que tendrá algún día que desplegar su actividad.

Es indudable que en él, como en el ya considerable número de quisqueyanos que son antillanistas o partidarios de la Confederación de las Antillas, entraba por bastante el sentimiento, perfectamente legítimo, del interés nacional; pero no menos cierto es que lo emocionaba la previsión de gloria y la provisión de alabanzas históricas que tocaría a los que hubieran de llegar a tan alta meta.

Héroe en la lucha por la patria, fundador entre los más efectivos de la República, ambicioso de la gloria de hermanar en una sola nación las que han de acompañar a Quisqueya en la realización de los fines que Geografía e Historia reservan a las Antillas, Luperón es digno del llanto que ha llamado a los ojos de su patria, a los ojos de sus amigos, a los ojos de los íntimamente ligados a él por altísimos propósitos y fines.



EN PUERTO PLATA

Como tímida retribución a la señora Lovatón de Meunier por la dedicatoria de su himnito a Puerto Plata. Este es, señora, el monólogo de un taciturno: al himno contesta con el monólogo.

Taciturno. "...Otra vez en tu seno, querida Puerto Plata; otra vez a la orilla de tu océano; otra vez al amparo de tu cielo. ¡Cuántas horas transcurrieron en el tiempo! ¡cuántos horrores en la vida de esta bien amada nacioncita! ¡cuántos trastornos en la historia de estos pueblos! Desde que por primera vez descubrí en el horizonte la colina monumental que modifica la luz, el calor y la electricidad de los que viven a su falda, el tiempo ha decorado al tiempo en la existencia de millones nacidos para sólo morir; la vida ha espoleado a la vida en las entrañas de Quisqueya; la historia ha pervertido a la historia en la extensión del Continente.

Aquí, bañándose en el baño de la vida que es la brisa de ese mar, dominicanos, cubanos y puertorriqueños fabricamos un día el ideal. Por aquí pasó Betances; por aquí pasó Martí; por aquí pasó Luperón. De aquí, unas tras otras, salieron voces de estímulo para Borinquen; voces de entusiasmo para Cuba; voces de libertad para Quisqueya. Aquí se forjó la redención de Puerto Rico; aquí se fulminó la sentencia de muerte del coloniaje español en las Antillas; aquí se decretó la regeneración de Quisqueya por la libertad, por la verdad, por la justicia. Desde aquí se predicó la doc-



trina del bien para los hombres de nuestra familia histórica; desde aquí se preceptuó el principio de tolerancia para todos los pareceres contrarios a la reforma de la vida en estos pueblos; desde aquí se promulgó el dogma de la Confederación de las Antillas como objetivo final de nuestra historia. Campos, aguas, lomas, gentes, cuando queda respetado por la muerte, todo conserva aquí la sombra del ideal que aquí nació.

¡Ah! ¡quién pudiera volver a la vida aquellos hombres, volver a la historia aquellos objetivos, volver a la luz aquel ideal que entonces se fabricaba en Puerto Plata (con voz sorda)... ¡Quién pudiera.....!



CIVILIZACION O MUERTE

No va a ser lecho de rosas el en que va a descansar la familia dominicana en este siglo. Va a tocarle un trabajo ímprobo de organización y un esfuerzo continuo de desviación (*).

Lo que hoy hacemos no es más que darnos cuenta de lo que hay que hacer, para dar estabilidad a la administración pública. Apenas si empezamos a comprender cómo de la absoluta desorganización en que nos encontramos no se puede llegar a la organización de nuestra vida nacional sino a fuerza de administración recta, sana de intenciones y metódica en sus procedimientos.

El siglo no va a permitirnos seguir por donde vamos. Por donde vamos se llega a la barbarie corrompida, crapulosa, leprosa, lacerada, y nada más que con ver los antecedentes de ese siglo, se está viendo que él no puede permitirnos esa obra de corrupción y destrucción.

Felizmente para los pueblos débiles, las premisas de donde parte el siglo para su trabajo de cien años es el dominio puro y simple de la fuerza: de la fuerza hecha verdad, por medio del principio terrible de la evolución; de la fuerza hecha poder, por medio del

(*) Acerca de este artículo véase Américo Lugo, *El Imperialismo americano*, en *Revista Dominicana de Derecho Internacional*, Director M. A. Peña Batlle, No. 1, S. D., julio 1927.



principio de las grandes nacionalidades; de la fuerza hecha guerra, por medio del tremendo principio de esa supremacía de la fuerza brutal.

Esos tres horribles perturbadores de la vida del Siglo XIX van a ser los constructores del Siglo XX, y pese a quien pese, así será cómo los que no sepan sacar partido de sí mismo para hacerse fuertes en verdad, en poder y en acometividad serán pueblos barridos, o absorbidos, o destruidos.

Los dos pueblos que habitan esta hermosísima parte del archipiélago de las Antillas, que no sueñen, que no dormiten, que no descansen! Su cabeza ha sido puesta a precio: o se organizan para la civilización, o la civilización los arrojará brutalmente en la zona de la absorción que ya ha empezado.

Con el patriotismo de las pasiones enfurecidas, con la resolución de salvarse o de morir, con los viejos heroísmos que han pasado de edad, con los resabios morales e intelectuales de aquel siglo pasado tan sujeto a espejismos de la mente; con eso, con lo que no sea verdad, poder y fuerza, no se irá en el Siglo XX a parte alguna.

Los que no puedan llegar a alguna parte, aunque no sea mas que a ser dueños de sí mismos en un rincón del espacio, que se civilicen. La orden del siglo es terminante:

Civilización o muerte.



27 DE FEBRERO Y 16 DE AGOSTO

MONOLOGO (27 DE FEBRERO)

¿Otra vez...? La animación y el tumulto me dicen que están celebrando el *veinte y siete*. Cuarenta y un años han pasado desde entonces, y todavía no han aprendido mis hijos a celebrar a gusto mío mi natalicio.

Entonaciones de himnos religiosos y patrióticos, detonaciones de cañón y de entusiasmo, triunfos póstumos y apoteosis tardías para los hijos de mi dolor, recuerdos más delicados que eran antes, unanimidad un poco más cierta de la que suele reinar entre discordes, sin duda que algo es, sin duda,

Ya eso me certifica que no volverán a ponerme maniatada en manos de la madrastra que cedió mi cuna a los sombríos advenedizos de occidente; ya eso me asegura que no volverán a llevarme, de mercado en mercado, como vil esclava que, cuando ya no sirve para nada, sirve para dar a su dueño un puñado de oro en cambio de un torcedor inútil de conciencia.

Pero ¿cuándo será que, señora del suelo que nació, o al menos, del territorio a que me redujeron los primeros defraudadores de mi vida, pueda medir con pie tranquilo la extensión en que debo desarrollar las fuerzas no quebrantadas aún por la pérdida de sangre? En el dolor soy vieja; pero soy tan infante en la vida normal y regular a que están destinadas las naciones, que aún me parece que siento aquel profético hervor de sangre que anuncia las vidas vigorosas.



¡Ah! ¡si me dejaran...! Si me dejaran, indudablemente yo llegaría a ser algo. Aquí, en el corazón, siento las fuerzas que más pueden en el mundo material; aquí, en el cerebro, laten violentamente las ideas; aquí, en la voluntad, palpito yo.

¡Yo quiero ser! ¡dejadme ser!...

¿Fue alucinación o apreciación exacta? Como tantas veces, he lanzado a los vientos el clamor, y el viento servil me ha devuelto mi mismo gemido de agonía. Pero ahora nó: ahora me pareció que el viento se ha poblado de clamores, que mi voz ha resonado como un trueno, que el trueno se compone de las cuatrocientas mil voces de mis hijos, que mis hijos se deciden a querer lo que quiero, que mi voluntad será ley, que yo seré.

¿A ver? Sí, no me engaño: de norte a sud, del oriente aún mio hasta el occidente a que he tenido que resignarme, se levante el mismo rumor de vida. Ya se vive en mi seno, Dios del mundo! Del Yaquí al Neyba, de Samaná a Bahoruco, el estrépito sordo del enjambre que tantas veces he contemplado suspirando. Ya se trabaja en mi seno, ¡oh Constructor del Universo! De Ozama a los Caballeros, de Isabel de Torres al Jura, la palabra corresponde a ideas, y las ideas a nobles fines. Ya se piensa en mi seno. Vega y Moca, entrambas Macorís, Seybo e Higüey ponen hoy, en la celebración de mi aniversario, una vivacidad de sentimientos que nunca me ha parecido tan varonil y tan sincera. Ya se siente aquí!

Pues si se siente, se piensa, se trabaja y se vive en mi regazo, sea éste el último suspiro de tristeza que yo exhale y aliénteme el poder de la esperanza.

Por donde ahora me llevan mis hijos, vamos bien: por ahí se va al dominio de todas las fuerzas que debe tener una nación; y con esas fuerzas se llega con se-



guridad a todas partes: a Jaragua, a Cubanacoa, a Borinquen, a la unión, a la resurrección de las Antillas, a la posesión completa de nuestra vida, a la dilatación del progreso, al dominio soberano de la civilización...

Así habló quien así debe hablar en 27 de Febrero



VEINTE Y SIETE Y DIEZ Y SEIS

Nunca consideraremos separables estas dos fechas de la nacionalidad dominicana.

El 27 de febrero y el 16 de agosto son dos pasos iguales en la historia de este pueblo. El veinte y siete es primero, porque fue el primero que se dió; solo es segundo el diez y seis por haber venido tras del otro. Pero ambos afirman la misma voluntad y la misma conciencia nacional.

En vez de indagar cuál de esos dos días es más glorioso, indaguemos cuales son los medios de dar, en la paz y en la civilización, días tan gloriosos como fueron esos en la guerra y en la lucha contra la iniquidad y la barbarie.

Ante los muertos que fabricaron la patria vieja, reverencia y gratitud eterna; ante los vivos que libraron la República nueva, imparcialidad y reconocimiento.

Ante la historia no hay hombres; no los haya ante el afecto y la gratitud de una nación.

La historia, por personalista que la hagan, al fin y al cabo se olvida de los individuos para acordarse solamente de los hechos. Imíte a la historia la nación: olvídese de los individuos y acuérdesese de los hechos en que ya dos veces ha tenido que fundarse para ser lo que es, para intentar lo que intenta, para llegar a donde debe, para elevarse adonde puede.

El 27 de febrero y el 16 de agosto es el mismo recuerdo glorioso de la misma hambre y sed de indepen-



dencia que ha tenido siempre el pueblo dominicano. Son más que un recuerdo, una seguridad; la seguridad de que, mientras el pueblo dominicano sea lo que fue en febrero de 1844, y en agosto de 1863, producirá hombres capaces de libertarle del yugo que le haya impuesto la falacia del extranjero o la malicia de sus propios hijos.

Esa seguridad le baste, y en ella funde su orgullo nacional. Funde su tradición. Y tomando como norma del resto de su vida el odio a la esclavitud que denotan sus dos grandes hechos de independencia, fabrique tal orden interior, fundado en tal organización de sus desenlaces que nunca los días de su vida desmientan esos dos grandes días de su historia.



EL 16 DE AGOSTO

Cuando el Redactor de este periódico, por escribir lejos de aquí y de las actualidades que excitan el ánimo público, se olvida o desentiende involuntariamente de algún suceso, el cronista o localista o noticiero o los colaboradores del periódico suelen darle la sorpresa de subsanar su falta de tiempo o de memoria.

Pero esta vez se han olvidado también esos señores, y han dejado pasar sin mención el más memorable de los días dominicanos.

Lo na sentido tanto más el Redactor cuanto que, a sus ojos, el 16 de agosto no es el segundo, sino el primer día de los de la patria dominicana. Militar, política, socialmente el 16 de agosto corresponde en la vida de esta nación a esfuerzos materiales, a propósito nacional y a evolución social que no requirió el 27 de febrero (*).

Valga la verdad. Pelear contra haitianos y vencerlos no es gloria sino en las efemérides íntimas de la República, al paso que vencimiento de los españoles por los dominicanos, no sólo es una gloria nacional, sino lo que vale más, una página de la Historia de todo el continente sudamericano.

En cuanto al propósito político, siendo grande el de los hombres de febrero, fue menos grandioso que el de los hombres de agosto. Estos tuvieron que reconstruir

(*) Acerca de la primera celebración del 16 de agosto véase E.R.D., *Actos y doctrina del gobierno de la Restauración*, en prensa.



la República, mientras que los otros no hicieron más que despertar una nación dormida.

En cuanto a la evolución social, aún mal encaminada como va, la evolución que subsiguió necesariamente al alzamiento, de veras popular, del 63, ha sido tan considerable, que se puede considerar como la única evolución un poco consciente que ha hecho la sociedad dominicana.

Pero estas afirmaciones sin pruebas, ahí se quedan para indiferencia de los unos y para meditación de los otros; ya ha pasado el 16, y ya es fiambre todo discurso sobre el día. Lo único que no es fiambre ni se puede enfriar en el espíritu de la patria de agosto, es el recuerdo de las consecuencias de la lucha y del triunfo contra los españoles.

La consecuencia primera fue la independencia: la segunda, *la solidaridad de la independencia de las Antillas*.

¿No hay quien piense en eso, hoy 19 de agosto, cuando Cuba vuelve a clamar independencia?



EL 16 DE AGOSTO

Los pueblos deben consagrar sus grandes días a lo que deben los individuos consagrar sus natalicios; no tanto a regocijarse, cuanto a examinarse; no tanto a enorgullecerse, cuanto a estimularse; no tanto a hincharse de vanidad, cuanto a robustecerse de conciencia. Gran día es el 27 de Febrero; pero ya no es tiempo de malgastarlo en alborozos infantiles; mayor día, día máximo es el 16 de Agosto, día del más vigoroso esfuerzo que ha hecho la Nación dominicana; pero tampoco es tiempo de disiparlo en la juvenil complacencia del vigor que en él se demostró. Es tiempo de consagrar ya ese día honroso a demostrarse y demostrar que el pueblo segunda vez nacido en ese día, que la República resucitada en aquel momento épico, no fue capaz de aquel día, no fue capaz de aquel momento por la acción puramente irreflexiva de su fuerza fisiológica, sino por una fuerza mejor, que residía en la razón, en la conciencia, en el deber. Y es necesario probarse y probar que así como fue moral, concienzudo y nacional el motivo del impulso, así fue el objeto del impulso. Otros consagran éste, el mayor día de la nación, a disipaciones del entusiasmo bullicioso; nosotros lo consagraremos a interpretar las reflexiones a que debe entregarse el pueblo dominicano en tan glorioso día.

I

La llamada anexión de la República Dominicana a España fue por lo que respecta a la República, un cambio absoluto de personalidad. Cambio absoluto: es de-



cir, que no fue simplemente la personalidad internacional del Estado, sino la íntima personalidad del pueblo, lo que se quiso al cambiar la independencia por la dependencia, la república por la monarquía, las instituciones propias por instituciones otorgadas, la vida propia por la vida prestada.

Si entonces no hubiera habido una razón nacional que reflexionara la muerte que había en la anexión, una conciencia popular que sintiese hondamente el remordimiento de aquel abominable parricidio, un recóndito sentimiento colectivo del deber de morir libres antes que vivir esclavos, aquí hubiera sido la República Dominicana. Ni el sacrificio dramático de Perdomo y el de Objío, ni la trágica muerte de Sánchez, ni el holocausto de sus nobles compañeros, ni el grito de Capotillo, ni el ejemplo heroico de Puerto Plata y de Santiago, ni aquel fatigante patriotismo de Luperón que, al compeler a planazos a los moradores morosos en la defensa de justicia, personifica esculturalmente las agonías de su pueblo que no quiere aceptar la muerte injusta, nada hubiera salvado a la Nación dominicana. Todo hubiera sido convulsión fisiológica, nueva muestra de la resistencia que opone a la desorganización todo organismo. Pero debajo de aquella masa incoherente, a la cual por incoherente se pudo impunemente anexar, había una entidad dotada de extraordinaria fuerza biológica que conoció el peligro de su vida, que se conoció condenada a muerte, que quiso vivir, que no quiso morir, y que al protestar con la fuerza del derecho y de las armas contra la fuerza del engaño y del poder, por primera vez dió cuenta de sí misma, se reveló a sí misma, y se reveló al mundo. Esa identidad ignorada del mundo y de sí misma, era un pueblo, era la nación.

Todos los males causados por España al pueblo do-



minicano pueden perdonársele en recompensa del beneficio involuntario que le hizo al obligarlo a tener conciencia.

Esa conciencia fue la que triunfó de España por la fuerza. La grei, hecha pueblo, si dió razón de su existencia, tuvo conciencia de su derecho y cumplió con su deber.

II

¿Fué exclusivamente para salvarse de España y para conservar la independencia, para lo que el pueblo dominicano se conoció pueblo y se mostró pueblo? Si solo hubiera sido para eso, bueno hubiera sido; la vida es por sí misma un beneficio, y el instinto que la conserva es una de las instituciones fundamentales de la naturaleza. Pero toda vida tiene, independientemente del instinto que la conserva, la razón que la justifica. No se viviría para vivir, sino para, por medio de la vida, realizar un fin determinado. Cuando se realiza ese fin, o se está en vía de realizarlo, solo entonces se justifica una existencia.

La República Dominicana, dolorosamente entregada a España, combate contra España y vence a España. Desde ese momento empieza su vida reflexiva; y con ella el compromiso, el deber de probar que si quiso reconquistar su independencia, restaurar sus instituciones, reasumir su autonomía, no fue solamente por oponerse a España, ni por sañudo resentimiento contra España, aún cuando toda saña estaba legitimada, sino para ser por sí misma lo que jamás, con España, hubiera sido.

Con España no hubiera pasado nunca de ser una colonia española: es decir, una sociedad eternamente embrionaria. sin derechos sin autonomía, sin vida pro-



pia, sin capacidad para desarrollar libremente sus fuerzas físicas, morales e intelectuales. En suma, con España no hubiera podido ser más que lo sido por Cuba y Puerto Rico: una sociedad muerta, antes que nacida.

¿Y sola? Ese es el examen de conciencia. ¿Qué ha sido sola, qué es sola y dejada a si misma la sociedad dominicana? Ante todo es. Enfermiza y todo como fatalmente, por la fuerza de sus antecedentes históricos, tiene que ser toda sociedad oriunda de España, la República Dominicana ha vivido de sí misma, con sus propias fuerzas, con sus propios recursos, con una cantidad de fuerza biológica, y una cantidad de esfuerzos económicos que podrían parecer inadvertibles para los que no consideran las sociedades sino cuando gozan de los beneficios y de los resultados de la salud completa; pero que admirará al economista y asombrará al observador de sociedades.

Admirará al economista, que no podrá comprender cómo ha podido subsistir de solo sus recursos propios, un pueblo violentado por la discordia civil hasta el punto de no tener hora de reposo. Y el economista verá en el hecho de la subsistencia del pueblo dominicano, una de las más estupendas pruebas de esfuerzos en el trabajo, que pueda ofrecer un ejemplo de economía social.

Asombrará al observador de sociedades, que no podrá comprender, sino por la eficacia de la fuerza de cohesión, cómo ha podido vivir tanto tiempo y resistir tanto tiempo a la muerte, hasta vencerla, una sociedad que ha empleado casi todos los días de su vida en desangrarse.

Esto, que es mucho, no sería nada, si a eso se hubiera reducido lo hecho por el pueblo que no quiso disolver en la de España su personalidad internacional y nacional.



Pero ha hecho más.

En primer lugar, se ha vencido a sí mismo, puesto que goza de paz y sabe apreciar la necesidad de un orden estable. Esa, que es una prueba de haber entrado la República Dominicana en su período de reflexión, es también una prueba de que la sociedad dominicana tiene una gran fuerza de conservación. En segundo lugar, el pueblo dominicano ha empezado a conocer que no basta, como antaño, producir exclusivamente lo necesario para subsistir, sino que es indispensable producir la mayor cantidad posible con el menor trabajo posible, y ahorrar la mayor cantidad de los frutos del trabajo para aumentar indefinidamente la cantidad de producción.

En tercer lugar, el pueblo dominicano, aunque poco a poco, se hace cada vez más pueblo.

En cuarto lugar, el pueblo dominicano ha empezado a tener una convicción a que siempre será gloria de los pueblos latino-americanos el haber llegado antes que la mayor parte de los pueblos viejos: la convicción de que las sociedades, como los individuos, no pueden desarrollarse, y por tanto no pueden mejorar las condiciones de su vida, ni realizar el fin de su existencia, sino gracias y mediante su continua y progresiva educación. Eso no es todo ni puede ser todo. Todo eso es un embrión que se forma en condiciones naturales de organización del que se puede esperar un ser completo.

Esa esperanza es lo que puede la sociedad dominicana ofrecer al mundo como prueba patente de que en su obra de restauración entran elementos superiores a los que traía España en su conato de encadenación.

Esa esperanza es lo que debe estimularnos.



Desarrollarla sea nuestro objeto, como es nuestro deber, y cada diez y seis de agosto será nueva prueba de nuestra capacidad de restaurar.

(1884).



EL 16 DE AGOSTO

La conmemoración de los hechos trascendentales concuerda tan lógicamente con el desarrollo histórico de un pueblo, que el olvidarlos equivaldría positivamente a pérdida de fuerza social. Recuerda el sano, olvida el pueblo enfermo. Mientras dura la fuerza de percepción, percibe el pueblo la relación que hay entre los grados de desarrollo que haya recorrido; cuando la fuerza de percepción se ha desgastado, el pueblo ha perdido o está perdiendo la noción de enlace y encadenación que ha habido entre sus varios momentos de evolución social.

Signo de conciencia de su enlace, las conmemoraciones populares de todo gran hecho nacional son también signo de fuerza, y es necesario aplaudirlas; más también es necesario hacerlas lógicas, para lo cual es necesario hacerlas dignas.

No es ilógico celebrar las grandes fechas con grandes fiestas, con salvas de artillería, con salvas de cohetes y de triquitraques, con salvas de gritos y de vitores, expresiones fisiológicas de la alegría, que son efectivas explosiones de fuerza vital: toda viva conmoción del alma humana, así en las individualidades como en las colectividades, se manifiesta necesaria, fisiológica, funcionalmente, se quiera o no se quiera, reprimase la sensibilidad o se refrene, por medio de estallidos; entidades aisladas o asociadas somos, al fin y al cabo, en cuanto exponentes de fuerza de la vida, pilas eléctricas que descargamos la fuerza con el ruido.



Mas como también, coeficientes de fuerza social, como nos hace nuestra dignidad de racionales concedores o responsables de su racionalidad, tenemos el deber de dar a nuestras alegrías colectivas el carácter de racionalidad que han de tener; que por sí mismas tienen, puesto que corresponden a percepciones; es decir, puesto que corresponden a actos de razón. Quien no perciba la relación entre un acto de la vida y un resultado de ese acto en el desenvolvimiento de su fuerza orgánica, no es un ser en estado de razón; quien la perciba, sí. Y siendo razón su desarrollo sano, por lógica necesaria de las cosas ha de saber, ha de poder saber, manifestar objetivamente en la sensación: la razón del hecho que experimenta subjetivamente en tal momento de su vida, que fué tal momento de su historia.

Y entonces no ha de bastarle la gritería, la vocería, las salvas de aplausos, la pólvora en salvas, porque no fué solo un hecho, no fué solo un acaso, no fué solo un accidente de la vida, que también fué el resultado de su esfuerzo, el efecto de una causa, el hecho que recuerda. Malas, por cierto, son en ese caso las explosiones de fuerza mecánica para expresar la percepción, el conocimiento y la conciencia razonada de la relación que hay entre una causa y un efecto.

Lo que entonces hay que hacer es manifestar a la vez la alegría, fuerza explosiva y el conocimiento de la razón de esa alegría. Como el conocimiento no es nunca explosivo, a menos que sea la visión súbita de una verdad en la naturaleza, la percepción de los resultados de una acción social es eminentemente inductiva: como la luz, al reflejarse, induce sus rayos al choque con el cuerpo que ha de devolverlo con toda su luminosidad, así la razón, al devolver por reflexión toda



la imagen de la realidad sobre que actúa, lo hace inductivamente, presentando a la par el efecto y la causa de la acción, o lo equivalente, el hecho y la razón del hecho.

En ese caso de reflexión, se es completamente racional y se puede proceder como racional consciente.

Procedamos así al conmemorar los hechos trascendentales de nuestra vida nacional, y celebrémoslos como quien conoce, como quien sabe (el saber es el poder del conocer), cómo fué el hecho; y por qué fué el hecho; de dónde provino la necesidad del esfuerzo que la Sociedad nacional tuvo que hacer, y cómo se puede utilizar el efecto complejo de aquel hecho, en la determinación de los sucesos ulteriores de la vida colectiva.

El 16 de agosto, fué un hecho nacional; provino de la necesidad social de amparar, defender y sostener la soberanía de la nación, y se puede utilizar en la formación de un patriotismo de deber.

Que se sientan las explosiones de la alegría, emhorabuena; pero que se perciba también en las celebraciones de las fiestas patrias el conocimiento de los deberes contraídos para con la patria y con la historia.

A eso camina en Puerto Plata el *Club de Damas*, cuando celebra con una velada literaria el 16 de Agosto; a eso habrá caminado la Capital de la Provincia de La Vega cuando celebre con una exposición provincial el 27 de Febrero; y a eso habrá llegado la capital de la República, cuando su proyectada Exposición nacional sea su celebración de nuestra primera fiesta patria.



DISCURSOS EN LA ESCUELA NORMAL

EN LA INVESTIDURA DE LOS PRIMEROS MAESTROS NORMALES

Señor Presidente de la República (*);

Señores:

Han sido tantas, durante estos cuatro años de prueba, las perversidades intentadas contra el Director de la Escuela Normal, que acaso se justificaría la mal retrenada indignación que ahora desbocara sobre ellas.

Pero nó: no sea de venganzas la hora en que triunfa por su misma virtud una doctrina. Sea de moderación y gratitud.

Sólo es digno de haber hecho el bien, o de haber contribuido a un bien, aquel que se ha despojado de sí mismo hasta el punto de no tener conciencia de su personalidad sino en la exacta proporción en que ella funcione como representante de un beneficio deseado o realizado.

El que de ese modo impersonal se ha puesto a la

(*) Este discurso pronunciado por el Señor Hostos en su calidad de Director de la Escuela Normal el 28 de sept. de 1884, en la investidura de los primeros maestros normales de la República, ha sido calificado por el pensador mexicano Antonio Caso como la más alta página filosófica de la América española.

Los graduados, discípulos de Hostos, fueron: Francisco José Peynado, Félix Evaristo Mejía, Arturo Grullón, Lucas T. Gibbes, José María Alejandro Pichardo y Agustín Fernández.



obra del bien, de nadie, absolutamente de nadie, ha podido recibir el mal. ¿Qué gusano, que víbora, qué maledicencia, qué calumnia, qué Judas, qué Yago han podido llegar hasta él? Es él un gusano? ¿Es él un áspid? ¿Es él una excrecencia revestida de la forma humana?

No, señores: él es lo más alto y lo más triste que hay en la creación. Es la roca desierta que soberanos esfuerzos han solventado lentísimamente por encima del mar de tribulaciones, y que sufre sin quebrantarse la espuma de la rabia, el embate de la furia, el horror desesperado de las olas mortales que la asedian. Es la conciencia, triste como la roca, pero alta como la roca desierta del océano. Y no la conciencia individual, que siempre toma su fuerza en la inconciencia circunstante, sino la conciencia humana, que toma su fuerza de sí misma, que de sí misma recibe su poder de resistencia, y, secundando a la naturaleza, sacrifica el individuo a la especie, la personalidad a la colectividad, lo particular a lo general, el bienestar de uno al bienestar de todos, el hombre a la humanidad.

En esa región de la conciencia no hay pasiones como las pasiones vergonzosas que amojaman el cuerpo y el alma de otros hombres: unos y otras pasan por debajo, precipitándose en la sima de su propia nada, sin que logren de la conciencia, que va trepando penosamente su pendiente, ni una mirada, ni una sonrisa, ni un movimiento de desdén. Ascendiendo siempre la una, bajando siempre las otras ¿qué venganza más digna de la una que el seguir siempre ascendiendo, qué castigo mayor para las otras que el seguir siempre bajando?

Una vez, en los Andes soberanos, por no se sabe qué extraordinaria sucesión de esfuerzos, había logra-



do subir al penúltimo pico de la cúspide misma del desolado ventisquero del Planchón una alpaca de color tan puro como la no medida plancha de hielo que le servía de pedestal. Descendiendo por la vertiginosa pendiente del ventisquero, y hundiéndose en los cóncavos senos de la tierra con todo el fragor de dos truenos repetidos mil veces por los ecos subterráneos, dos torrentes furiosos azotaban la mole en que la alpaca se asilaba. Las oleadas la sacudían, las espumas la salpicaban, los horrisonos truenos la amenazaban, y la tímida alpaca no temía.

Muy por debajo de la cumbre, al pié del ventisquero, una turba de enfermos que habían ido a buscar la curación de sus dolencias o de sus pasiones en aquella salúfiera desolación, se entretenía contemplando la angustiada lucha entre el débil andícola y los fuertes Andes; y, como siempre que los hombres se entretienen, los unos se mofaban del débil, los otros celebraban con risotadas las irracionales mofas, éstos tiraban piedras que no podían alcanzar al inaccesible animalito, aquéllos trataban de acosarlo con sus vociferaciones. alguno que otro lo compadecía, sólo uno tomaba para sí el ejemplo que él le daba, y todos deseaban que llegara el desenlace cualquiera que esperaban

Mientras tanto, la alpaca solitaria, indiferente a los gritos y las risas de los hombres, impasible ante el estruendo y el peligro, buscaba un punto de apoyo en la saliente de hielo petrificado que coronaba el ventisquero, y, después de caer una y más veces, logró por fin encaramarse en el único seguro de aquel desierto de hielo desolado. Entonces, conociendo por primera vez el peligro de muerte que había corrido, y oyendo por primera vez las vociferaciones que la habían



acosado, dirigió una mirada plácida a los hombres, a los torrentes desenfadados y al abismo adonde habían tratado de precipitarlo, fijó la vista en el espacio inmenso, y percibiendo sin duda cuán invisible punto son los seres mortales en la extensión inmortal de la naturaleza, transmitió a sus ojos expresivos la centelleante expresión de gratitud que a todo ser viviente conmueve en el instante de su salvación; y, dirigiendo otra mirada sin encono a las fuerzas naturales y a los hombres que lo habían acosado, por invisibles senderos se encaminó tranquilamente a su destino.

En el alma de todo ser racional que ha logrado salvar las dificultades de una obra trascendental, se manifiesta el mismo fenómeno que observé en la alpaca descarriada de los Andes. Por encima de toda pasión odiosa se levanta en el fondo el sentimiento de la gratitud.

Yo la siento profunda, y la proclamo en voz alta ante vosotros.

Todos, en el gobierno de la nación, en el gobierno del municipio, en el gobierno de la familia, en el gobierno de la opinión como legisladores, presidentes y secretarios del Estado, como representantes de la comunidad municipal, como jefes e inspiradores del hogar, como guías de la opinión cotidiana, todos vosotros, así los presentes como los distantes, así los que sostuvisteis como los que iniciasteis esta obra, así los que desde el primer momento descubristeis la intención redentora que ella conlleva como los que hayáis tardado en ver la pureza de sus designios, así los que hayáis podido calumniarla como los que la hayáis combatido por error o por sistema, así los claros enemigos de la obra como los oscuros enemigos del obrero, todos sois dignos de gratitud, porque habéis con-



tribuido a un beneficio que la República estimará tanto más concienzudamente cuanto mayor número de generaciones, redimidas por este esfuerzo común de redención, vengan a darle cuenta de la causa fundamental de la serie de bienes que en lo porvenir sucederá a la mañana de males que en lo pasado la envolvían.

Todos habéis contribuido a esta obra, los unos excitando con vuestra simpatía las pasiones generosas del amigo, los otros estimulando, en el que inútilmente quisisteis considerar como enemigo, las reacciones sublimes que el odio injusto promueve en las almas poseídas de la verdad y de la justicia.

Factores del bien como habéis sido todos, acaso deseáis que se le exponga, tal cual es, a los ojos atentos de la República; y ese deseo es el que va este discurso a complacer.

Harto lo sabéis, señores: todas las revoluciones se habían intentado en la República, menos la única que podía devolverle la salud. Estaba muriéndose de falta de razón en sus propósitos, de falta de conciencia en su conducta, y no se le había ocurrido restablecer su conciencia y su razón. Los patriotas por excelencia que habían querido completar con la restauración de los estudios la restauración de los derechos de la patria, en vano había dictado reglamentos, establecido cátedras, favorecido el desarrollo intelectual de la juventud y hasta formado jóvenes que hoy son esperanzas realizadas de la patria: o sus beneméritos esfuerzos se anulaban en la confusión de las pasiones anárquicas, o la falta de un orden y sistema impedía fructificara por completo su trabajo venerando.

La anarquía, que no es un hecho político sino un estado social, estaba en todo, como estaba en las relaciones jurídicas de la nación; y estuvo en la ense-



ñanza y en los instrumentos personales e impersonales de la enseñanza.

Para que la República convaleciera, era absolutamente indispensable establecer un orden racional en los estudios, un método razonado en la enseñanza, la influencia de un principio armonizador en el profesorado, y el ideal de un sistema superior a todo otro, en el propósito mismo de la educación común.

Era indispensable formar un ejército de maestros que, en toda la República, militara contra la ignorancia, contra la superstición, contra el cretinismo, contra la barbarie. Era indispensable, para que esos soldados de la verdad pudieran prevalecer en sus combates, que llevaran en la mente una noción tan clara, y en la voluntad una resolución tan firme, que cuando más combatieran, tanto más los iluminara la noción, tanto más estoica resolución los impulsara.

Ni el amor a la verdad, ni aun el amor a la justicia, bastan para que un sistema de educación obtenga del hombre lo que ha de hacer del hombre, si a la par de esos dos santos amores no desenvuelve la noción del derecho y del deber: la noción del derecho para hacerle conocer y practicar la libertad; la del deber, para extender prácticamente los principios naturales de la moral desde el ciudadano hasta la patria, desde la patria obtenida hasta la pensada, desde los hermanos en la patria hasta los hermanos en la humanidad.

Junto, por tanto, con el amor a la verdad y a la justicia, había de inculcarse en el espíritu de las generaciones educadas un sentimiento poderoso de la libertad, un conocimiento concienzudo y radical de la potencia constructora de la virtud, y un tan hondo, positivo e inmovible conocimiento del deber de



amar a la patria, en todo bien, por todo bien y para todo bien, que nunca jamás resultara posible que la patria dejara de ser la madre alma de los hijos nacidos en su regazo santo o de los hijos adoptivos que trajera a su seno el trabajo, la proscripción o el perseguiamiento tenaz de un ideal.

Todos y cada uno de estos propósitos parciales estaban subordinados a un propósito total; o, en otros términos, era imposible realizar parcialmente varios o uno de estos propósitos, si se desconocía o se descuidaba el propósito esencial; el de formar hombres en toda la excelsa plenitud de la naturaleza humana

Y ese fin ¿cómo había de realizarse? Sólo de un modo, el único que ha querido la naturaleza que sea medio universal de formación moral del ser humano: desarrollarlo la razón; diré mucho mejor diciendo la racionalidad; es decir, la capacidad de razonar y de relacionar, de idear y de pensar, de juzgar y conocer, que sólo el hombre, entre todos los seres que pueblan el planeta, ha recibido como carácter distintivo, eminente, excepcional y trascendente.

Y para desarrollar la mayor cantidad posible de razón en cada ser racional ¿qué principio había de ser norma, qué medio había de ser conducta, qué fin había de ser objeto de la educación?

¿Habíamos de dejar las cosas como estaban? Habríamos seguido obteniendo, del sistema de educación apetecido, lo que el sistema practicado estaba dando a la República: unos cuantos hombres de intelectualidad natural muy poderosa, que, en virtud de sus propios esfuerzos y contra los esfuerzos de su viciosa educación intelectual, se elevaban por sí mismo a una contemplación más pura y más real de la verdad y el



bien que la generación de bípedos dañinos o inofensivos que los rodeaban.

¿Habíamos de ir a restablecer la cultura artificial que el escolasticismo está todavía empeñado en resucitar? Habríamos seguido debiendo, a esa monstruosa educación de la razón humana, los ergotistas vacíos que, en los siglos medios de Europa y en los siglos coloniales de la América Latina, vaciaron la razón, dejando como impuro sedimento las cien generaciones de esclavos voluntarios que viven encadenados a la cadena del poder humano o a la cadena del poder divino y que, cuando se encontraron en la sociedad moderna, al encontrarse en un mundo despoblado de sus antiguos dioses y de sus antiguos héroes, no supieron, en Europa, ponerse con los buenos a fabricar la libertad, no supieron, en la América Latina, ponerse con los mejores a forjar la independencia.

¿Habíamos de buscar, en la dirección que el Renacimiento dió a la cultura moral e intelectual, el modelo que debíamos seguir? No estamos para eso. Estamos para ser hombres propios dueños de nosotros mismos, y no hombres prestados; hombres útiles en todas las actividades de nuestro sér, y no hombres pendientes siempre de la forma que en la literatura y en la ciencia griegas y romanas tomaron las necesidades, los afectos, las pasiones, los deseos, los juicios y la concepción de la naturaleza. Estamos para pensar, no para expresar; para velar, no para soñar; para conocer, no para cantar; para observar, no para imaginar; para experimentar, no para inducir por condiciones subjetivas la realidad objetiva del mundo.

¿Habíamos, por último, de adoptar una organización docente que nos diera el esqueleto, no el contenido de la ciencia?



¿Qué habríamos hecho de la organización de los estudios, norteamericana, alemana, suiza, francesa, si nos faltaba el elemento generador de la organización? ¿Qué Condorcet ha podido imbuir el principio vital en un facsímil de hombre? ¿Qué Cuvier ha podido poner en movimiento las organizaciones anatómicas que restauraba? ¿Qué Pigmalión ha podido dar el fuego divino de la vida al bello ideal que ha esculpido el estatuario?

Como el soñador deificado de la Grecia, como el paleontólogo que Francia dió a la ciencia, como el filósofo que la Revolución Francesa malogró, no la estatua, no los huesos, no la imagen, necesitábamos la vida.

Aun más que la vida. Para que la razón educada nos diera la forma vital que íbamos a pedirle, necesitábamos restituirle la salud.

Razón sana no es la que funciona conforme al modo común de funcionar en la porción de sociedad humana de que formamos parte. Razón sana es la que reproduce con escrupulosa fidelidad las realidades objetivas y nos da o se da una interpretación congruente del mundo físico; la que reproduce con estoica imparcialidad las realidades subjetivas, y se da o nos da una explicación evidente de las actividades morales del sér que es en las profundidades del esqueleto semoviente que somos todos.

Razón sana no es la que destella rayos desiguales de luz, brillando ahora con los fulgores de la fantasía, deslumbrando después con los espejismos de la rememoración, esclareciendo con claridad solar una incertidumbre o una duda, y, complaciéndose después en las sombras o en las medias tintas, camina por la vida como va por los senderos del mundo el caminante im-



previsor: tropezando y cayendo y levantándose, para volver a tropezar y a caer y a levantarse. Razón sana es la que funciona estrictamente sujeta a las condiciones naturales de su organismo.

Y entonces es cuando, directora de todas las fuerzas físicas y morales del individuo, normalizadora de todas las relaciones del asociado, creadora del ideal de cada existencia individual de cada existencia nacional, y del ideal supremo de la humanidad, se dirige a sí misma hacia la verdad, dirige la efectividad hacia lo bello bueno. dirige la voluntad al bien; regula por medio del derecho y del deber las relaciones de familia, de comunidad, de patria; forja el ideal completo del hombre en cada hombre; el ideal de la patria bendecida por la historia, en cada patriota; el ideal de la armonía universal, en todos los seres realmente racionales; e, iluminando con ellos la calle de amargura que la naturaleza sorda ha señalado con índice inflexible al ser humano, le lleva de siglo en siglo, de continente en continente, de civilización en civilización, al siempre oscuro y siempre radiante Gólgota desde donde se descubre con asombro la eternidad de esfuerzos que ha costado el sencillo propósito de hacer racional al único habitante de la tierra que está dotado de razón.

Llevar la razón a ese grado de completo desarrollo, y enseñar a dejarse llevar por la razón a ese dominio completo de la vida en todas las formas de la vida, no es fin que la educación puede realizar con ninguno de los principios y medios pedagógicos que emplea la enseñanza empírica o la enseñanza clásica. La una prescinde de la razón. ¿Cómo ha de poder dirigir a la razón? La otra la amputa. ¿Cómo ha de poder completarla? La una nos haría fósiles, y la vida no es un gabinete de historia natural. La otra nos ha-



ría literatos, y la vida no está reducida, y las fuerzas creadoras no están concretadas, a la imitación o admiración de las armonías de lo bello. La vida es un combate por el pan, por el puesto, por el principio, y es necesario presentarse en ella con la armadura y la divisa del estoico: *Conscientia propugnans pro virtute*.

La vida es una disonancia, y nos pide que aprendamos, gimiendo, llorando, trabajando, perfeccionándonos, a concertar en una armonía, superior a la pasivamente contemplada o imitada por los clásicos, las notas continuamente discordantes que, en las evoluciones individuales, nacionales y universales del hombre por el espacio y el tiempo, lanza a cada momento la lira de mil cuerdas que, con el nombre de historia, solloza o canta, alaba o increpa, exalta o vitupera, bendice o maldice, endiosa o endiablo los actos de la humanidad en todas las esferas de acción, orgánica, moral e intelectual, que hacen de ella un segundo creador y una creación continua.

Monstruoso el escolasticismo, eunuco el clasicismo ¿qué enseñanza era necesaria para verificar la revolución saludable en esta sociedad ya cansada de revoluciones asesinas?

La enseñanza verdadera: la que se desentiende de los propósitos históricos, de los métodos parciales, de los procedimientos artificiales, y, atendiendo exclusivamente al sujeto del conocimiento, que es la razón humana, y al objeto del conocimiento, que es la naturaleza, favorece la cópula de entrambas, y descansa en la confianza de que esa cópula feliz dará por fruto la verdad.

Dadme la verdad, y os doy el mundo. Vosotros, sin la verdad, destrozareis el mundo: y yo, con la verdad, con sólo la verdad, tantas veces reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis vosotros destrozado. Y



no os daré solamente el mundo de las organizaciones materiales: os daré el mundo orgánico, junto con el mundo de las ideas, junto con el mundo de los afectos, junto con el mundo del trabajo, junto con el mundo de la libertad, junto con el mundo del progreso, junto, —para disparar el pensamiento entero,— con el mundo que la razón fabrica perdurablemente por encima del mundo natural.

¿Y qué sería yo, obrero miserando de la nada, para tener esa virtud del todo? Lo que podríais ser todos vosotros, lo que pueden ser todos los hombres, lo que he querido que sean las generaciones que empiezan a levantarse, lo que, con toda la devoción, con toda la unción de una conciencia que lleva consigo la previsión de un nuevo mundo moral e intelectual, quisiera que fueran todos los seres de razón: un sujeto de conocimiento fecundado por la naturaleza, eterno objeto de conocimiento.

La verdad que de esa fecundación nacería, hasta tal punto es un poder, que ya lo véis, a vuestra vista está: la faz distinta de la humanidad pasada, con que se nos presenta la humanidad actual, no es obra de otro obrero, ni efecto de otra causa, que de la mayor cantidad de verdad que el hombre de hoy tiene en su mente. Esa mayor cantidad de verdad no se debe a otra operación de alquimia o taumaturgia que a la simple operación de observar la realidad del mundo tal cual es.

¿Y para qué, si no para eso, tenemos nosotros los sentimientos? ¿Y para qué, si no para eso, transmiten ellos sus sensaciones al cerebro? ¿Y para qué, si no para eso, funciona en el cerebro la razón?

Y, sin embargo, hacer eso, que es lo que la naturaleza ha querido que hiciese el hombre en el planeta que le ha dado, ha parecido, a los irreflexivos de todas partes, un atentado contra la naturaleza, y a los irrefle-



xivos de por acá ha parecido un atentado contra Dios.

Pero Señor, providencia, causa primera, verdad elemental, razón eficiente, conciencia universal, seas lo que fueres ¿hasta cuando ha de ser un crimen la inocencia? ¿Hasta cuándo ha de ser un mal la aspiración al bien? ¿Hasta cuándo ha de ser aborto de la naturaleza el que más se esfuerza por ser su fiel hechura? ¿Hasta cuándo ha de ser un ofensor el que sólo quiere ser defensor de la razón?

¿De la razón? De la parcela de razón que tú, sin duda tú, razón centrípeta, has imbuido en el espíritu del hombre, para que, evolucionando independientemente de su foco, se lance en el espacio sin fin de la verdad, y teniendo en tu seno el centro fijo, imite a la vorágine de mundos que se precipitan en el infinito, y que trazando en él sus invisibles órbitas, y poseídos del vértigo que los aleja de su centro, son, como la razón humana, tanto más prueba de que existe el centro a que obedecen, cuanto más en lo hondo del infinito se sumergen.

¿Qué cuerpo en el espacio, qué razón en el mundo de los hombres, qué virtud en el alma de los niños, puede no ser más regular cuando obedezca naturalmente a su centro de atracción?

Así como el centro del mundo planetario está en el sol y el centro de la razón está en el mundo que contempla, así el centro de toda virtud es la razón. Desarrollar en los niños la razón, nutriéndola de realidad y de verdad, es desenvolver en ellos el principio mismo de la moral y la virtud.

La moral no se funda más que en el reconocimiento del deber por la razón; y la virtud no es más ni menos que el cumplimiento de un deber en cada uno de los conflictos que sobrevienen de continuo entre la razón y los instintos. Lo que tenemos de racionales vence



entonces a lo que tenemos de animales, y eso es virtud, porque eso es cumplir con el deber que tenemos de ser siempre racionales, porque eso es la fuerza (virtus), la esencia constituyente, la naturaleza de los seres de razón.

Para lograr ese fin, más alto y mejor que otro cualquiera (por ser, tomando un pleonasma expresivo de la metafísica alemana, el *fin final* del hombre en el planeta), por lograr ese fin han querido los grandes maestros, desde Confucio hasta Sócrates, desde Mencio hasta Aristóteles, desde Comencio hasta Pestalozzi, desde Fanelón hasta Froebel, desde Tyndall hasta Lockyer, desde Mann hasta Hill, secundar a la razón en su incesante evolucionar a la verdad. Por lograr ese fin se quiso también aplicar aquí el sistema y el procedimiento racional de educación. Formar hombres en toda la extensión de la palabra, en toda la fuerza de la razón, en toda la energía de la virtud, en toda la plenitud de la conciencia, ese podrá haber sido el delito, pero ese ha sido y seguirá siendo el propósito del director de esta obra combatida.

Para que la obra fuese completamente digna de un pueblo, ni un solo móvil egoísta he puesto en ella.

Si el egoísmo hubiera sido mi guía o mi consejero, hace ya mucho tiempo que hubiera desistido de la empresa: la calumnia habría dado la voz a la viril indignación, y habría acabado.

Pero ni al mal egoísmo ni al egoísmo bueno presté oído, y el mismo tranquilo menospreciador de aullidos que antes era, soy ahora; y la misma que fue en la ley, es en el presupuesto de mi vida la recompensa económica de mi trabajo material.

Si hubiera sido egoísta, abiertas generosamente para



mí han estado las puertas de una comarca hermana, y me las he cerrado.

Si hubiera sido egoísta, Constitución, posibilidad de ser, simpatías personales, la misma vocación, me hubieran llamado a la política, y mirad que vivo en la soledad de mis deberes.

Si hubiera sido egoísta, me hubiera abierto a todas las expansiones que dan popularidad al hombre público. y mirad que estoy tan encerrado como siempre en mi reserva.

Si hubiera sido egoísta...

Pero ¿cómo me atrevo a alucinaros? ¿cómo me atrevo a mentiros? ¿cómo me atrevo a engañaros?

Al modo de la virgen pudorosa que se ruboriza al negar el afecto que suspira en lo profundo, el alma virgen de dolo y de mentira inflama el rostro del que miente una virtud.

Vedme, señores, confeso de mentira ante vosotros. Vedme coniuoso de haberos engañado. Yo no puedo negaros que os engaño. Yo no puedo negaros que soy el más egoísta de los reformadores. Yo no puedo negaros que en la obra intentada, en la perseverancia de que ella es testimonio y en el dominio de las circunstancias que la han contrastado, mi mas fuerte sostén ha sido el egoísmo.

Mis esfuerzos, mi perseverancia, el dominio de mi mismo que requiere esta reforma, no han sido sólo por vosotros: han sido también por mí, por mi idea, por mi sueño, por mi pesadilla, por el bien que merece más sacrificios de la personalidad y el amor propio.

Al querer formar hombres completos, no lo quería solamente por formarlos, no lo quería tan solo por dar nuevos agentes a la verdad, nuevos obreros al bien, nuevos soldados al derecho, nuevos patriotas a la patria



dominicana: lo quería también por dar nuevos auxiliares a mi idea, nuevos corazones a mi ensueño, nuevas esperanzas a mi propósito de formar una patria entera con los fragmentos de patria que tenemos los hijos de estos suelos.

Tíreme la primera piedra aquel de entre vosotros que se sienta incapaz de ese egoísmo.

Con ese no se contará para la alta empresa. Y cuando ya las legiones de reformados en conciencia y en razón, por buscar lógicamente la aplicación de la verdad a un fin de vida necesario para la libertad y la civilización del hombre en estas tierras y para la grandeza de estos pueblos en la historia, busquen en la actividad de su virtud patriótica la Confederación de las Antillas, que conciencia y razón, deber y verdad, señalan como objetivo final de nuestra vida en las Antillas, la Confederación pasará sobre ese muerto. Y cuando, al meditar en la eficacia del procedimiento intelectual que se habrá empleado para llegar a la Confederación, diga alguno que la Confederación de las Antillas es más una confederación de entendimiento que de pueblos, el que ahora me acuse quedará eliminado de la suma de entendimientos que haya concurrido al alto fin.

Pero si el soñador no llegara a la realización del sueño, si el obrero no viese la obra terminada, si las apostasías disolvieren el apostolado, ni la vida azarosa ni la muerte temprana podrán quitar al maestro la esperanza de que en el porvenir germine la semilla que ha sembrado en el presente, porque el alma de sus discípulos ha tratado de hacer un templo para la razón y la verdad, para la libertad y el bien, para la patria dominicana y la antillana.

Y cuando más desesperado cierre los ojos para no ver el mal que sobrevenga, del fondo de su retina resur-



girá la escena que más patéticamente le ha probado la excelencia de esta obra.

Estábamos en ella; estábamos trabajando para acabar de entregar a la República esos hombres. Uno de ellos iba a ser examinado, y se había dado la señal. El órgano, con su voz imponente, hacía resonar ese interludio sublime que, con cuatro notas, penetra en lo hondo de la sensibilidad moral, y la despierta en los rincones de la sensibilidad física, y eriza los nervios en la carne.

La Escuela era en aquel momento lo que en esencia es: y el silencio y el recogimiento atestiguaban que se estaba oficiando en el ara de eterna redención que es la verdad.

De pronto, al pasar por la puerta una mujer del campo, se detiene, deja en la acera los útiles de su industria y de su vida, intenta trasponer el umbral, se amedrenta, vacila entre el sentimiento que la atrae y el temor que la repele, levanta sus escuálidos brazos, se persigna, dobla la rodilla, se prosterna, ora, se levanta en silencio, se retira, medrosa de sus propios pasos, y así deja consagrado el templo.

Los escolares imprevisores se reían, el órgano seguía gimiendo su sublime melopea, y, por no interrumpirla ni interrumpir la emoción religiosa que me conmovía, no expresé para los escolares la optación que expreso ante vosotros y ante la patria de hoy y de mañana.

Ojala que llegue pronto el día en que la escuela sea el templo de la verdad, ante el cual se prosterne el transeúnte, como ayer se prosternó la campesina! Y entonces no la rechacéis con vuestras risas, no la amedrentéis con vuestra mofa; abridle más las puertas, abridle vuestros brazos porque la pobre escuálida es la personificación de la sociedad de las Antillas, que quiere y no se atreve a entrar en la confesión de la verdad.



DISCURSO EN LA INVESTIDURA DE LOS SEGUNDOS MAESTROS NORMALES

Señor Ministro: Señoras: Señores (*):

¿De qué arma nos proveeremos en el mundo para defendernos del asalto de tribulaciones que es la vida?

¿De las armas de la fe o de las armas de la duda?
¿de las que manejan el dolo y la injusticia, o de las que hacen invencibles a la verdad y la justicia? ¿de las que esgrime el mal, o de las que el bien utiliza para el bien?

Tal, en sus términos extremos, es el problema de la educación, según se plantea por sí mismo ante la Sociedad, ante el Estado, ante la familia, ante el alma racional de cada humano, ora como responsabilidad colectiva, ora como incertidumbre individual, ora hecho carne y hecho espíritu en la solemne personalidad de nuestros hijos.

Tal es el problema que voy a tratar de resolver.

No voy a resolverlo con intento de defender otra vez el principio, la marcha y el término de la Normal; no tampoco para acabar de hacer patentes los recónditos beneficios de la reforma a que he dado el reposo de estos años azarosos; menos aun para arrostrar provo-

(*) Fue pronunciado por el Señor Hostos, en su calidad de Director de la Escuela Normal de Santo Domingo, el 2 de febrero de 1886. Este segundo grupo de maestros normales lo componían: J. Arismendy Robiou, Jesús María Peña, Barón y Rodolfo Coiscou.



caciones importunas. No quiero ahora complacerme en las placenteras responsabilidades de esta obra: no quiero ahora acordarme de las vastas proporciones que tiene en mi pensamiento esta reforma: no quiero evocar los recuerdos de la lucha; no quiero combatir. Quiero tomar un momento de reposo, y antes de volver a la fatiga, pensar que yo también soy padre de familia, que yo también tengo que sondear para mis hijos el hondo problema que daba por resuelto y que presentaba a otros padres y otros hijos.

Todos tenemos, ante el corazón acongojado, una familia a cuyo presente y porvenir estamos ligados como la causa a su efecto, como la voluntad a sus actos, como la sensibilidad a sus afectos, como la razón a las verdades que descubre, como la conciencia a sus fallos implacables.

Del bien o el mal de una familia, el padre es responsable: ¿cómo la encaminará hacia el bien? ¿cómo la amparará contra el mal que nos bloquea?

El siglo en que vivimos, como el de Jesús, como el de Sócrates, como el de Budha, como el de Confucio, es siglo de renovación; y ningún momento de renovación, en el espíritu de la Sociedad o en el de un hombre, es momento de fé; nó, por lo menos, de aquella fé ciega e ingenua como la infancia, infantil como la inocencia, inocente como la inconsciencia. Sin embargo, quieto que la fé me dé su luz, y me la dá. La fé es un servidor de multitudes y de edades. Ha servido para guiar la primera edad de las sociedades, ya fueran progresivas como la india, la china (*) o la griega ya estacionarias como las turanas, las africa-

(*) China fue progresista hasta Confucio; estacionaria después.— Hostos.



nas o las yucayas. Educador de los tiempos primitivos de toda porción de humanidad, la fé ha servido para iniciarla en el amor, en la reverencia y en el conocimiento inicial de la naturaleza, unas veces presentando en el fetiche, en el torrente, en el viento, en el fuego, el efecto palpado o la causa aparente de los fenómenos naturales; otras veces ofreciendo en la luz bienhechora de los astros, el símbolo inefable de la armonía y la providencia de las cosas.

Haciendo del hombre el objetivo supremo de la naturaleza, con el zemí de los primitivos antillanos, con los Dioses-hombres de los helencos, y con la devoción de los espíritus que la raza madre del Turan ha transmitido a sus estacionarios descendientes instituyó en el espíritu de las gentes el símbolo sagrado de la inmortalidad. Elevándose en Brahma, en Budha y en Moisés a la concepción abstracta de la causa sin causa, dió principios y preceptos, leyes y reglas de organización completa, y encaminó por donde quiso, a la sociedad naciente del Indostan, a las sociedades de la altiplanicie del Thibert y del archipiélago del Asia, y a la sociedad que creó, modeló y uniformó en el seno mismo de la potente sociedad egipcia.

Siendo la humanidad la eterna madre de cuyo seno nos levantamos a la vida y sobre cuyo seno nos reclinamos en la muerte, toda su obra es nuestra obra, todo su pensamiento es pensamiento nuestro, todos sus afectos son nuestros afectos, todas las formas de su fé son transformaciones de la nuestra, todas sus responsabilidades son las nuestras, y debemos responder de todos sus esfuerzos por construir sobre el mundo volcánico que habita, el mundo ideal que ha concebido.

Así, cuanto más depuremos de errores la razón,



cuanto más purifiquemos de torpes fanatismos la combatida voluntad, cuanto más vencamos en nuestra sensibilidad a las pasiones, cuanto más altamente dirijamos la conciencia, con tanta mayor equidad juzgaremos las creencias de la estirpe humana, y tanto más imparcialmente participaremos de las adoraciones que ha tributado a la naturaleza, a las fuerzas creadoras, a los espíritus intermediarios, a las causas abstrusas, al alma del mundo, al Sér Desconocido.

Entonces, lejos de mofarnos, trataremos de ponernos en el estado psicológico en que cada una de las humanidades precedentes se encontraba al crear su símbolo, y reverenciaremos como otros tantos esfuerzos del Ideal, las realidades grotescas o severas, graciosas o profundas, sólidas o deleznable a que ha dado origen en su afán de sustituir con una inmortalidad armoniosa esta vida inarmónica de un día: que así como en las tardes serenass de los trópicos, al trasponer el sol nuestro horizonte, o al trasponer nuestro hemisferio el horizonte del astro conductor, todos los vapores espelidos del seno de la tierra se transforman en nubes, celajes y arreboles que encantan la vista y enternecen el ansioso corazón, por mas que el encanto esté reducido a una ilusión de óptica y por más que la realidad esté ceñida a una refracción de moribunda luz sobre effluvios malsanos de la tierra, así en las horas tranquilas de meditación, todos los esfuerzos de la razón humana en su empeño de descubrir la causa de las causas, convergen por más divergentes que parezcan hacia el mismo foco de atracción; y si no logran darnos la luz que nos prometen, nos dan el consuelo de despertar en nuestra alma el sentimiento de benevolencia que hemos menester para descubrir propósitos de bien en los mismos errores que amontona el mal.



Mas si la historia de la fé es un elemento de educación en cuanto es capaz de desarrollar sentimientos de justicia en nuestra alma ¿qué dogma positivo, qué organización de la fé, no habiendo ninguna que no sea exclusivista, dejará de ser perturbadora?

Y si empezamos por perturbar la razón y la conciencia de nuestros hijos ¿qué fuerza tendrá esa arma, cuando la razón y la conciencia que han de emplearla son una conciencia perturbada y una razón convulsa?

Pero si así lo exige el rigor de las creencias, armemos con sus armas a nuestros hijos y precipitémoslos en el abismo de la vida.

Ella, que también es perpetua educación, solicitará con su ejemplo a los creyentes. Les ofrecerá el aliciente de todas las pasiones, el estímulo de todos los intereses, la atracción de todos los ensueños, la satisfacción de todos los apetitos, el relato de todas las virtudes impotentes, el espectáculo de la omnipotencia de los vicios, la biografía de todos los crímenes inmortalizados, la comedia de la vanidad y la envidia palmeadas, el drama de los grandes afectos malogrados, la tragedia de los grandes deberes malpagados; aquí gimiendo la honradez menospreciada, allí llorando la honestidad sitiada, acá sollozando la inocencia perseguida, allá clamando la verdad y la justicia escarnecidas, y por todo consuelo las tinieblas interiores del espíritu, y por toda arma defensiva un dios lejano.

Ya, ya lo sé. Harto sé que cuando el pintor reproduce fielmente el paisaje más familiar a nuestra vista, desconocemos el paisaje. Es que el pintor ha buscado y encontrado lo que nosotros no buscamos ni encontramos: él busca la exacta distribución de luz y sombras, de colores y desvanecidos, de términos, ambiente y perspectiva, en tanto que nosotros vemos mu-



cha luz o mucha sombra iluminando o sombreando el peñascal, el pinar, el precipicio. El cuadro de la naturaleza era el mismo; pero el contemplador era distinto.

Lo que en la apreciación de la naturaleza bella, acontece en la apreciación de los cuadros de la vida. Si el contemplador no se propuso más que ver, verá un cuadro en que están compensados los males con los bienes; pero si se propuso observar, observará todos y cada uno de los pormenores de la realidad, y sabrá que el espectáculo de la vida es tan formidable, que ningún hombre de conciencia y experiencia lo propondrá a su hijo, ni a la niñez ni a la inocencia, sin antes poner en sus manos un arma menos inflexible que la fé exclusivista y menos maleable que los instintos, las pasiones y los intereses sobornables

Arma mejor es la verdad. Ni excluye la fé, si la subordináis a ella; ni excluye las glorias y tormentos de la vida, si los subordináis al conocimiento de los bienes y males que contiene.

Mejor arma es la verdad. Armado de ella, el niño entra en la realidad al entrar en la vida, el adolescente busca el encanto de la realidad en donde antes buscara los espejismos de su propia fantasía; el joven mide la distancia que hay de la realidad al propósito de su existencia, y resta o divide, y se resigna y sigue tranquilamente su camino; la edad viril clasifica plácidamente sus proyectos hueros y sus proyectos logrados, según los buenos o malos cálculos que basó en la realidad; y la edad senil contempla el principio y medio y fin de su existencia como evoluciones necesarias que para nada tienen que turbar su tranquilo descenso hacia la tumba, siempre que, habiendo reconocido



también como una realidad natural a su conciencia, no la haya inquietado y perturbado.

El arma de la verdad no lastima las creencias, como lastima la fé dogmática la conciencia imbuida en otra fé. El arma de la verdad ni hiere ni mata ni extermina como el ejemplo del mundo, cuando nos abandonamos a él sin otro guía que la fe.

La verdad es un arma, porque nos protege contra el error, nos defiende contra la duda que no nace en la razón, sino que es sugerida a la razón por la voluntad o las pasiones, y nos salva del mundo y sus insidias, y nos alienta y nos sostiene en nuestras vacilaciones y caídas.

Armados de la verdad desde temprano, contemplamos el mundo como el escenario de las fuerzas activas de la naturaleza; la vida, como una resultante de esas fuerzas; el hombre, como último miembro de una serie; la sociedad, como un medio necesario; trabajo, libertad y progreso, como leyes de nuestro desarrollo; el deber, como un fin de nuestra naturaleza; el bien, como una justificación de nuestra vida.

Así, por medio de la verdad, elevamos el nivel de nuestra especie y fortalecemos en cada uno de nosotros aquel hondo sentimiento de la dignidad humana que coadyuva al plan de la naturaleza, pues que hace cada vez más consciente de sí mismo al sér para quien ella construyó el planeta.

Peró aun así consagrado por la educación de la verdad a la alteza natural de su destino, el hombre no es hombre si no es bueno.

Más alta que la verdad, objeto de razón, está la justicia, objeto de la conciencia. Más alto que el sabio, vive el justo, más alta que la ciencia es la moral. Si somos racionales es para que seamos responsables.



El criterio más infalible para conocer si un hombre se ha desarrollado en toda la fuerza de su razón, está en su vida; si hace el mal, no es suficientemente racional.

Cultivar la razón para aplicarla al mal es el crimen más odioso que comete el hombre; *pero es también su mayor falta de razón*. Elevarse en la escala de los seres para no tener conciencia de su altura, es demostrar lo inmerecido de la elevación. Si por algo es la historia la eterna penitenciaría de los malvados poderosos, es porque podemos acercarnos a sus celdas a preguntar a Alejandro, a Augusto, a Julio II, a Torquemada, a Felipe II, a Enrique VIII, a Luis XIV, al Duque de Alba, a Pizarro a Napoleón primero y al segundo, qué hicieron de la razón cuando no supieron aplicarla a dirigir con ella su conciencia. Y si para algo es necesario educar tempranamente en la verdad al hombre, es para que desde temprano descubra la realidad de su conciencia y reconozca que la más alta entre todas las verdades que están al alcance de la razón humana, es que el hombre no ha sido concebido para ser instrumento del mal, sino para ser obrero concienzudo del bien.

Esta no es una afirmación del entusiasmo. Es una verdad de razonamiento y de experiencia. De razonamiento, porque todas las investigaciones que tienen por objeto el explicarnos para qué vivimos, nos llevan al reconocimiento y a la afirmación del bien. De experiencia, porque si alguna vez nos sentimos completamente felices, es porque nos hemos sentido capaces de realizar un bien.

Pero si no puede la fé, ni puede el ejemplo, ni puede la verdad, aunque son elementos de educación, educar por sí solas al sér humano ¿podrá por sí sola



la moral sacar de nuestro sér lo que él en sí contiene?

¿Hay acaso una moral independiente? Independiente de todo, menos de la verdad.

La fé puede hacer buenos, y ha hecho buenos, no sólo porque cultiva un fin de la vida individual; sino porque toda creencia religiosa está subordinada a una moral. El ejemplo, aún el de las sociedades más depravadas, puede producir y ha producido individuos virtuosos; pero es porque el mismo desorden moral que los angustia, les revela el orden moral que ha zozobrado. La ciencia sin la moral, es vana ciencia. Toda ciencia es revelación de un orden parcial, todo orden parcial es anunciación de un orden universal, y el orden no sería universal, si siendo realidad tan positiva como la de la naturaleza física la realidad de la naturaleza moral, en la más alta realidad faltara el orden que maravilla en la que está inmediatamente sometida a los sentidos.

Calumnian a la ciencia los fervorosos partidarios de ella que la circunscriben a la busca de la verdad, tanto como los enemigos de ella porque temen o afectan el temor de que nos divorcie de la moral.

La ciencia conduce al bien. Afirmación continua como es de un orden universal, porque lo vé en la realidad de la naturaleza física y moral, y no viendo en la realidad otra cosa que la envoltura y la evolución de la verdad, no puede dejar de ver que así como el propósito de la verdad es el orden, así el orden es el propósito del bien.

Intrinsecamente ligados entre si verdad y bien, aunque la ciencia buscara sólo la verdad, encontraría el bien.

Todo ha caducado en el mundo, creencias, costumbres, gobiernos, razas, glorias históricas, tan pronto



como la ciencia, penetrando en el fondo de la vida de la humanidad, le ha pedido cuenta de los fines que le ha impuesto la naturaleza. Lo único que ha sobrevivido a la investigación científica, es la moral. Y ha sobrevivido, porque el último fin de la ciencia es la moral. Y la moral es el último fin de la ciencia, porque el bien es el fin de la verdad. Así providencialmente unida al bien, la verdad es la única educación completa. Al educar la razón, educa a la conciencia: al educar la conciencia, induce al bien. Induce al bien, no por miedo, no por esperanza, no esquivando castigo, no buscando premio, no por sí, no por nadie, no por sobornar la verdad y la justicia insobornables, sino porque la más afanosa aspiración de la conciencia es la de producir hombres completos, y el hombre no empieza a ser completo, sino cuando ama el bien por ser una verdad, y ama la verdad por ser un bien

Entonces, fuerte contra todo y contra todos, podrá oponerse victoriosamente a la educación del mal ejemplo, y adoptando la divisa de los estoicos o la de Terencio, creará o no creará, tendrá una fé positiva o no la tendrá, afirmará una creencia o no la afirmará, pero respetará profundamente como intento de bien la de los hombres todos, y al oír a su santa compañera invocar para sus hijos el nombre de Dios entonces santo, porque lo invoca la virtud para sostener a la inocencia, lejos de airarse contra Dios, se inclinará conmovido ante su nombre, y usando de él, al besar con unción la amada cabeza de sus hijos, les dirá: "Dios os bendiga". que será como decirles:

Hijos de mi alma! que la luz de la verdad os ilumine! que os eduque el espíritu del bien!



DISCURSO EN LA PRIMERA INVESTIDURA DE ALUMNAS DEL INSTITUTO DE SEÑORITAS (*)

Ahí están! En el primer momento del viacrucis, dando el primer paso en la vía de lo ideal a lo real. Vienen de lo ideal. Las miserandas!...

Cada paso que den hacia lo real ha de ser un traspíe en las tinieblas. La luz, para ellas, está en el fondo de ellas mismas: es la luz cenicienta de la idea, que, al reflejar la luz propia de la verdad, fulgura tenuemente en el cerebro, como fulgura en las lejanas cumbres de la Luna la devuelta luz que la Tierra irradia. En esa semiluz encantadora, resplandor persuasivo de las realidades de la naturaleza y de la vida, vida y naturaleza se presentan como deben ser en la recóndita esencia de la verdad original y eterna, no como son en la realidad tenebrosa del error.

Al dar el primer paso, seguimos el impulso del ideal que nos guiaba, y en vez de llegar a lo real, adonde nos impele nuestro destino de seres preeminentemente organizados para la verdad, caemos en la primera sima de la razón, la incertidumbre.

(*) Las maestras graduadas en aquella ocasión, el 17 de abril de 1887, fueron: Leonor María Feltz, Luisa Ozema Pellerano, después fundadora del Instituto "Salomé Ureña"; Mercedes Laura Aguiar, Ana Josefa Puello, Altagracia Henríquez Perdomo y Catalina Pou discípulas de la insigne poetisa y educadora Salomé Ureña de Henríquez, directora y creadora del Instituto. (Véase E.R.D., *Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas*, S. D., 1959).



Esa caída la damos todos, en todos los derroteros de la vida. Somos niños que aprendemos, cayendo, a caminar; somos viajeros que perdiéndonos aprendemos a orientarnos; somos barcos que brujuleando aprendemos a tomar un rumbo; somos predestinados descubridores de un nunca descubierto nuevo mundo moral, que navegamos sin norte fijo por el mar de las tinieblas.

Esa caída en la sima de la incertidumbre la daréis vosotras, pobres niñas! Muy más honda quizás, porque la dais desde más alto.

Sois las primeras representantes de vuestro sexo que venís en vuestra patria a reclamar de la sociedad el derecho de serle útil fuera del hogar y venís preparadas por esfuerzos de la razón hacia lo verdadero, por esfuerzos de la sensibilidad hacia lo bello, por esfuerzos de la voluntad hacia lo bueno, por esfuerzos de la conciencia hacia lo justo. No vais a ser la antigua institutora de la infancia, que se acomodaba a la sociedad en que vivía, y, devolviendo lo que había recibido, daba inocentemente a la pobre sociedad los mismos elementos de perturbación que siempre han sido y serán la ignorancia, la indiferencia por la verdad y la justicia, la deferencia con el mal poderoso y la complacencia con la autoridad del vicio.

Vais a ser institutrices de la verdad demostrable y demostrada, formadoras de razón sana y completa, escultoras de espíritus sinceros, educadoras de la sensibilidad, para enseñarla a sólo amar lo bello cuando es bueno; educadoras de la voluntad para fortalecerla en la lucha por el bien; educadoras de la conciencia para doctrinarla en la doctrina de la equidad y la justicia, que es la doctrina de la tolerancia y la benevolencia universal en cuanto somos hechuras del error,



y la doctrina del derecho y de la libertad en cuanto somos entidades responsables. Lo que hay, de lo que vais a enseñar a lo que antes enseñaban, es abismo. O; lo repito: no os salvareis de la caída. Pero os lo repito para alentaros, no para disuadiros. Soy como el peregrino probado por la fatiga y el dolor, que, al ver caminar por su camino al inexperto. "Adelante, espíritu valeroso!" le grita alborozado: "Adelante, pero trae los ojos bien abiertos, que donde quiera hay abrojos y espinas y derriscaderos y precipicios!"

Pero no soy yo, no el yo aborrendo, quien os amonesta; es la doctrina de verdad quien os aconseja, quien no puede mentiros ni engañaros, quien sabe que debe alertaros enérgicamente para hacer más pronto victoriosa la resistencia que desde el primer paso por vuestra nueva senda vais a tener que oponer. Contra quién? Y lo ignorais, criaturas? Ignorais que la ley de los medios es tanto una ley del orden moral como es ley física? Visteis alguna vez pasar sin desviarse el rayo de luz estelar o solar que llegó hasta vosotras penetrando desde el impalpable medio etéreo por el medio más denso de la atmósfera?

Pues así no vereis jamás ¡nunca, jamás! penetrar, sin sesgarse, la luz de las ideas por el densísimo medio que fatalmente les opone la atmósfera social. Y menos lo vereis, cuanto más pura sea la luz, es decir, cuanto más alta sea la idea.

¿Y hay, en el mundo de los hombres, idea más alta que la de redimir del error y del mal a los humanos? Y siendo ese el ideal de donde venis, porque ese es el ideal de la verdadera aducación ¿cómo queis que no se os sesgue el ideal? Criaturas inocentes, ya está sesgado! Hasta ayer, hasta hoy, hasta este instante, brillaba en vosotras con su luz incontaminada,



porque hasta ayer, hasta hoy, hasta este instante, el medio que lo recibía era igual al medio de donde procedía; pero en lo sucesivo, ya no sois cerebros y corazones sedientos: sois mujeres que formais parte integrante de una sociedad, y la luz moral e intelectual que de vosotras parta, por fuerza ha de encontrar obstáculo en el medio social que nos envuelve

Y cuál es el medio? Más turbio, más denso, más espeso, no lo ofreció jamás ninguna atmósfera a ningún rayo de la luz benéfica, a ningún rayo de la electricidad restauradora. Se palpan en este medio las tinieblas. Si la razón individual busca la verdad, encuentra el error en la razón común; y el error es tiniebla intelectual: si la voluntad intenta el bien, da con el mal, que es tiniebla moral; si la sensibilidad suspira por afectos desinteresados, tropieza en el egoísmo, que es la tiniebla del corazón; si la conciencia está hambrienta de justicia, la tiniebla de la iniquidad la saciará. ¿Qué luz penetrará esas tinieblas, aunque sea luz de un alma de primera magnitud? Descomponed a la vez todos los elementos de los cuerpos, y la masa de gases deletéreos ascenderá como turbión irresistible a interponerse entre el sol y vuestra vista; descomponed los elementos de organización social, y la sociedad será una masa impenetrable a toda luz. Pues sabedlo al empezar vuestra jornada: la sociedad es refractaria a la luz de verdad y de justicia que venis a ofrecerle, porque es una sociedad desorganizada. No por su culpa, no por culpa de nadie, no por ingénita razón de su existencia, no por perversidad que le sea característica, no porque ella ame el mal ni quiera el mal ni sepa el mal, sino porque su estado sociológico es estado de mal.

Nunca tengais miedo a la verdad; si la veis, declaradla; si otro la ve por vosotras, acatadla. Por aviesa,



por repulsiva, por aterradora que sea la verdad, siempre es un bien. Cuando menos, es el bien diametralmente opuesto al mal del error. Quien ve lo que es, ya está en camino de averiguar por qué es como es lo que así es. Y entonces, en vez de cerrar los ojos para no ver, dilatadlos para penetrar en el fondo de la realidad.

Entonces, en vez de esclavos del mal, sois sus señores, y podeis mandarle imperativamente: "cesa, mal!" Y cesará.

Pero si tenéis miedo a la verdad, cuanto más la temais, más os dominará el mal que ella denuncia. Y si es verdad que la sociedad dominicana adolece de la desorganización universal y de la suya propia ¿por qué habeis de negarlo? ¿Tenemos miedo de pensarlo? Pues somos enemigos de la razón. ¿Tenemos miedo de decirlo? Pues somos enemigos de la verdad. El enemigo de la razón es enemigo de la especie: el enemigo de la verdad es enemigo de la dignidad, del progreso y de la vida de la especie humana; de la dignidad, porque el objeto de la razón es la verdad y la razón es la dignificación providencial del ser humano; enemigo del progreso del hombre, porque progreso no es más que desarrollo de razón; enemigo de la vida de la humanidad, porque el vivir del hombre es satisfacer su necesidad de descubrir verdades.

¡Sí! Es verdad que nuestra sociedad está desorganizada, y que en proporción de los elementos deletéreos está la incapacidad de hacer visible la luz que ha de empezar a disiparlos.

Mas no por eso es verdad que sea nuestro deber doblegarnos al imperio del mal que nos bloquea. Nuestro deber es virtud, y la virtud es fuerza, y la fuerza es lucha.

Lucha es en el fondo de un abismo, desde el cual



no se dejan oír ni los gritos del combate, ni los lamentos del caído, ni los alaridos del dolor, ni los victores del triunfo; pero así son las luchas del deber; así son los combates de conciencia: en lo hondo, en lo oscuro, en lo invisible.

Más así como la abnegación, así es el mérito de ese hondo luchar contra el error, de ese oscuro luchar contra el mal, de ese invisible luchar contra la iniquidad. Y como tal es el destino voluntario del que consagra su vida a formar entendimientos para la verdad, voluntades para el bien, conciencias para la justicia, alborozos, que cuanto más adusto sea vuestro destino, más gloriosa será vuestra existencia.

Venis condenadas a luchar con vuestro medio social; pero nunca la luz es más gloriosa que cuando, difundiéndose pausadamente por entre masas impenetrables de vapores, después de largo combate, brilla al fin; venis condenadas a sufrir: pero vais a sufrir por alcanzar la misma gloria que alcanza la luz en sus luchas con la oscuridad, por alcanzar la gloria de enseñar el Sol. Vuestro sol sea la verdad: enseñadlo al pequeño, enseñadlo a los sencillos, enseñadlo al inocente, y día llegará en que lo vean los adultos, en que con su luz se purifiquen los astutos, en que al influjo de su luz se mejore el delincuente. Entonces, aunque no hayais atendido al resultado, habreis reconstituido el cuerpo enfermo, habreis reorganizado la sociedad desorganizada, y cualesquiera que hayan sido los dolores, bendecida de vosotras será la recompensa. ¿Qué recompensa más digna de altas almas que el haber regenerado con su ejemplo y su doctrina la patria desconocida de sí misma?

Desconocida de sí misma. En el fondo de este caos, no hay más que ignorancia. Si la patria supiera de su



fuerza, si supiera dirigirla, qué inesperados prodigios haría en el porvenir!

Fuerzas físicas, las tiene poderosas; fuerzas morales, se las dará pujantes su encaminamiento al destino histórico que tan ciegamente ha desairado; fuerzas intelectuales, las tiene tan vivaces que, aquí, lo profundamente interesante para el observador de sociedades es descubrir como un entendimiento social tan portentoso ha podido ser o vencido, o postrado, o desarmado, por un entendimiento del mal tan minucioso como el que han revelado ante la historia atónita la mayor parte de los burladores de la inteligencia nacional.

Ignorante de sus fuerzas, la patria no puede aprovecharlas. Revelárselas ¡qué servicio! Ordenarlas ¡qué beneficio! Devolverlas ¡qué salvación! Aplicarlas a su propio fin ¡qué redención! Y quién mejor que vosotras puede hacer el servicio, el beneficio, la salvación, la redención? Quién mejor que vosotras, tres veces ungidas por el santo ministerio de vuestro sexo, por la sacrosanta devoción de la verdad, por el augusto sacerdocio del magisterio?

Los maestros ya formados por la nueva doctrina son el presente; la lucha, su destino, su deber y su victoria es el presente. La maestra es el porvenir. Ella habla hoy y se le escucha mañana. El niño, de sus labios persuasivos, oye para toda la vida la revelación de su destino, y para toda la vida aprende que el destino del género humano es producir la mayor cantidad de bien, la mayor cantidad de verdad, la mayor cantidad de armonía, la mayor cantidad de justicia.

La suma de los que aprenden desde temprano a conocer los fines de la vida concluye por ser la sociedad, por ser la patria, y así es como, empezando el combate en las tinieblas, lo concluye la maestra en la



luz; empezándolo en la desorganización, lo acaba en la reorganización; empezándolo en donde todavía no es patria, lo acaba en la patria redimida de sus propios males.

Mirad si hay motivos de aliento en la obra que emprendéis. Es para vosotras, en los horizontes del espíritu, como fue para mí en los horizontes de la vista. Viajando por el proceloso Pacífico del Sur, hubo un momento de mortal congoja. Ni adelante ni atrás. Delante, las furibundas olas que el pampero desenfrenado precipitaba sobre el barco; detrás, el impasible ventisquero de la península de Penas; delante, era abismarse; detrás, era aterirse. El horror, que miraba por los ojos, veía a un lado una costa inabordable, a otro lado una sirte, arriba un caos, abajo un torbellino, en parte alguna la esperanza, en todas partes la muerte imperativa. El barco no cejó ni cedió perseverando, un formidable empujón de mar de proa lo hizo virar casi de bordo, y lo puso entre el Cabo Penas y la punta septentrional de la Isla Wellington. Aquel golpe de muerte había sido un golpe de fortuna: frente por frente estaba la entrada de los canales patagónicos, y cuando otro oleaje furioso nos arrojó por encima de las olas, nos encontrábamos en el curso apacible de aquellas aguas bienhechoras que jamás inquieta la tormenta, que siempre regocijan las secretas armonías de las selvas, y que por donde quiera ofrecen en sus isillas en formación la imagen palpable de todos los esfuerzos perseverantes. Con hojas podridas se hace una isla. Quién la hace? La fuerza perseverando. Con verdades se hace un pueblo. Quién lo hace? La verdad apostolando.



Ni mates, ni sirtes, ni ventisqueros, ni caos, ni torbellinos os arredren: más allá de la tempestad está la calma: ¡con hojas se hacen tierras, con verdades se hacen mundos!



LETRAS DOMINICANAS

LA HISTORIA DE QUISQUEYA

(José Gabriel García)

La Historia no es drama, y es mejor que drama. Por más que para la pluralidad de los historiadores antiguos, modernos, contemporáneos y coetáneos, no se haya tratado de otra cosa que de narrar la actividad militar de pueblos y naciones, la historia tiene un objetivo, un fin más alto que la relación cronológica de triunfos y conquistas, catástrofes y extorsiones. Tiene por objetivo el señalamiento del desarrollo orgánico, moral e intelectual a que ha llegado un pueblo cualquiera, o todos los pueblos de la tierra. En este último caso, historia universal; en el otro, particular. Particular o general, toda narración de hechos históricos se refiere necesariamente a la vida sentida, pensada y realizada, de una fracción de especie humana o de ella toda. Por lo tanto, no hay verdadera historia cuando se narra exclusivamente lo hecho por hombres para triunfar de otros hombres, y sólo hay verdadera historia cuando se relatan todos los esfuerzos de un pueblo o nación o raza para asegurar su vida, desarrollar su entendimiento y complacer su sensibilidad, bien sean esfuerzo de brazo, de corazón o de cabeza, o lo que tanto vale, de trabajo muscular, moral o mental.

Mas, aunque desde Aristóteles, y hasta puede afirmarse, desde el mismo Herodoto, la simple razón común bastó para hacer comprender que la historia no podía reducirse a la narración parcial de los hechos consumados por este o aquel afortunado fundador o



destructor de pueblos, por este o aquel imperio poderoso, por esta o aquella raza dominante, el entusiasmo y la adulación fueron poco a poco concretando el objeto de la historia a la relación artificiosa de las grandezas atribuidas a los conquistadores, guerreros, monarcas y demás usurpadores de libertades y derechos. Y si se trataba de la historia universal, se historiaban las guerras, conquistas, victorias, vencimientos y catástrofes, personificando triunfos y derrotas, crecimientos y decadencias, en Dios, Señor de los ejércitos, cuando se trataba del pueblo de Israel; o en alguno de sus delegados, desde Moisés hasta el último de los Macabeos; en Cheops, Moeris o Sesostris, si se trataba de Egipto; en Sardanápalo, Ciro o Darío, si se historiaba la fundación o la disolución de los imperios fundados, destruidos y refundidos en la supuesta cuna y en las cercanías de la supuesta cuna de la especie humana. Para esos historiadores, no hay más Grecia que la triunfante en Maratón y Salamina, ni otros griegos que Milciades, Temístocles, Pericles y Alcibiades, aunque, gracias a la historia de la filosofía, y sobre todo, a Plutarco, a Diógenes Learcio, y al latín obligatorio de Cornelio Nepote, se han salvado del olvido los nombres de los capitanes de la libertad, Epaminondas, Pelópidas y Filopemen; la biografía de los tres legisladores, Licurgo, Dracon y Solón; el recuerdo de Homero, Hesiodo, Pindaro y Tirteo, la pasión trágica de Safo, el resplandor glorioso de Platón y Aristóteles, y la memoria augusta de Sócrates. Esa historia que sólo se fija en las grandes batallas y en los grandes nombres, o más bien, en los nombres ruidosos de los grandes batalladores, es la que no conoce a Macedonia sino cuando aparece Filipo, más bien que como diestro político, como precursor necesario de su hijo, Ale-



jandro; la que no conoce de los escitas, sino unas cuantas anécdotas; la que sólo se acuerda de la India, cuando el conquistador Macedónico penetra en ella; la que reduce a la ciudad de Roma toda la historia del Lacio, y al nombre de Aníbal, toda la historia de Fenicia y de Cartago, su colonia; la que de todo el fecundo período de la lucha social, no exhuma otros hechos que los personificados en los dos Gracos y en Espartaco; la que ignora absolutamente la existencia de aquel hormiguero de pueblos que llama bárbaros del Norte, cuando bloquean a Roma, y absorben al mundo antiguo, y regeneran con su savia juvenil la sociedad decrepita, y la modifican con nuevas costumbres, y la transforman con su principio nuevo, el individualismo, generación espontánea del derecho de todo ser al ser completo, en que había de fundarse la única verdadera libertad, la derivada del derecho, y la única en la libertad de todos, en la aptitud de todos para gobernarse y administrar sin trabas ni privilegios sus intereses.

Si no hubiera sido por Vico que, desentendiéndose de la historia aduladora o entusiasta, supo no ver otra cosa que símbolos, alegorías y apoteosis en los orígenes de Roma; y que de un solo examen de razón echó por tierra todas las cabezas coronadas de Roma primitiva, viendo usurpadores y bandidos en donde la tradición orgullosa había visto una ordenada sucesión de hechuras del derecho divino; si no hubiera sido por Vico, la tradición caprichosa hubiera impuesto sus leyendas como historia de todos los orígenes de los pueblos, y acaso no se hubiera ocurrido a nadie hasta el siglo XIX o quizás el anterior, ver que en esa exposición del desarrollo de la vida de la humanidad, como en esencia es la historia, todos los hechos históricos de



todo tiempo y lugar habían por fuerza de corresponder a la naturaleza del ser que los producía, y que pues era, es y será hombre el productor de los hechos que constituyen la historia, al hombre en todas sus manifestaciones tenía ella que referirse, y no tan sólo a su actividad brutal, y mucho menos a la brutalidad genial de tales o cuales monstruos brotados de la profundidad del Asia, como Atila y Gengiskan, o de la obscuridad de Macedonia, como Filipo y Alejandro, o de la podredumbre de Roma imperial, como Nerón y aun más Tiberio, o de las pasiones de una sociedad, como Napoleón, o de las monstruosidades de la hipocresía, como Felipe II o del fanatismo de un propósito, como Gustavo Adolfo, o de la personificación de una barbarie como Rosas y otros cien adalides del salvajismo victorioso en muchas sociedades de la América latina.

Teniendo la historia que referirse a todas las manifestaciones del ser humano, sólo es bueno y exacto aquel relato histórico que comprende todo lo sentido, pensado y realizado por la sociedad a que se refiere. En ese sentido, la crónica indigesta de algunos reinados de España, Francia, Nápoles, etc., es superior a la mayor parte de las Historias Universales, generales y particulares que corren en manos de escolares y de indoctos, porque al menos, dan una idea completa, aunque la den desordenada, del estado social, moral y mental de la época que abarcan. Sirvan de ejemplo las *Memorias del Duque de Saint-Simon*, que no son en realidad otra cosa que la crónica del reinado de Luis XIV. Ningún historiador, incluso Voltaire, ha conseguido presentar tan viva, tan exacta, tan fotográficamente, a aquel rey-estómago llamado rey-sol; a aquella familia real, que era pura grosería y sensualismo;



aquellos cortesanos orgullosos, que eran mera espina dorsal siempre encorvada; aquellos genios literarios y artísticos que, a fuero de cortesanos, no supieron elevarse casi nunca a hombres; aquel pueblo entero que, estando nada más que a dos reinados de la gran Revolución, sólo sabía estar arrodillado.

Aun así, no es el palaciego despechado de Luis XIV, el mejor historiador; pero entre él, que azota a un endiosado, y Thiers, que en volúmenes magníficos endiosa a un corruptor de su país, Saint-Simon es mejor historiador, pues se mantiene en la realidad de la naturaleza humana, que el endiosador de Napoleón viola, adultera violenta y desencamina. Los hombres de Saint-Simon son muchísimo más hombres que los genios de Thiers. Con las Memorias del uno se reacciona contra el Consulado y el Imperio del otro. El libro del uno, enseña a ser digno; el otro, a ser indigno. ¿Cuál de los dos será mejor historiador? El primero, porque, independientemente del estudio de los hechos, corresponde con mayor exactitud a la verdad moral, que es el fondo necesario de la historia particular o general.

Estas desordenadas reflexiones que por desordenadas convienen al ingenuo correr de la pluma en los escritos de periódicos, convienen también al examen que nos proponemos hacer de la *Historia de Santo Domingo* que el Señor José Gabriel García ha publicado y esperamos que completará.

El Señor José Gabriel García no ha seguido el triste procedimiento que acabamos de censurar. Sus Memorias y su Compendio de la Historia de Santo Domingo obedecen a un criterio más elevado y desarrollan un concepto más racional de la historia. En las Memorias, como ciudadano, y en el Compendio como



guía de a juventud, ha abarcado un horizonte de mayor extensión.

Esto es tanto más loable, cuanto que, fundador como puede considerársele de los estudios históricos en su patria, ha sentado un precedente que consultarán con frutos los que continúen su patriótica tarea y que harán de la historia de Quisqueya un todo menos inconexo y más completo que sería la historia patria, si él hubiera empezado por reducirlo a la narración de hechos dramáticos.

No faltan, por cierto en sus trabajos: que el dolor ha sido patrimonio de esta tierra miseranda, y desde el día mismo en que se reveló a Colón hasta el día en que se disputa la autenticidad de los restos de Colón, el pueblo autóctono y el pueblo transplantado han tenido que regar con lágrimas y sangre el suelo risueño de la patria. Mas, si era posible prescindir del drama en la vida luctuosa y en la siempre sangrienta sucesión de tiempos que median entre el pueblo ya cadáver que agotó su existencia en el primer momento de la historia de la Isla y el pueblo aún no nacido que, para darse por efectivamente nacido, necesita afirmar definitivamente la existencia que propios y extraños le disputan, el historiador de Quisqueya no ha concedido al movimiento dramático y a la actividad militante de los actores que se han sucedido en el escenario de la Isla, mas narración que la indispensablemente necesaria.

Descritas están por él en las Memorias, y a veces perfectamente dialogadas en el Compendio; allí, las patéticas escenas del primer momento histórico de la Isla; aquí todas las peripecias de las cinco primeras épocas que abarca la primera parte del Compendio. No por eso ha excluido el relato y, cuando el relato le ha



parecido inabordable, la mención de cuantos sucesos del orden religioso, político social e intelectual contribuyen al conocimiento histórico porque constituyen en realidad la vida que ha llevado en Quisqueya la porción de humanidad que ha substituído, en esta parte del territorio de la Isla, a aquella otra desventurada porción de humanidad en cuyo recuerdo no se fija la memoria sin que palpita indignado el corazón.

Prueba de este minucioso investigar —todos los estados por que ha pasado el pueblo quisqueyano (*)— es la segunda de las épocas en que el autor considera dividida la historia de su patria. En los ciento sesenta y cuatro años muertos que corresponden a esa época, oscura como la Edad Media, verdadera Edad Media de las sociedades constituídas en América por la conquista y organizadas por el coloniaje, en esa primera era colonial, todo quedaría reducido a paréntesis, a verdadero epitafio, a mera consideración de que “aquí vivió (vegetó) una fracción de la raza ibérica”, si no fuera por la afortunada diligencia que, no contentándose con la colisión de las dos colonias, la conquistadora y la intrusa (única peripecia que con las invasiones marítimas altera en Quisqueya la paz sepulcral del coloniaje), ha buscado y encontrado el autor los documentos de una vida un poco menos vegetativa que la hecha por nuestra raza siempre que no esté batallando y destruyendo.

En este periodo, en el no menos obscuro de las gue-

(*) Por qué no se ha de llegar de una vez al nombre verdadero de los habitantes de este pedazo de la Isla? Santo Domingo no ha sido nunca, sino por corruptela, el nombre de esta porción de la Isla; y por lo tanto, nunca han debido llamarse *dominicanos* sus habitantes. Y puesto que hay que buscar un nombre, el mejor es el indígena. Hostos.



rras de principios, sostenidos por los doctrinarios monárquicos de esta parte con los doctrinarios republicanos de la otra parte de la Isla, en todas y cada una de las épocas que comprende el Compendio publicado, es verdaderamente rico de caudal el de noticias de todo orden, y positivamente digna de alabanza la busca paciente de datos que revela el trabajo del señor García.

Cuando se reflexiona en las dificultades que, no ya por números sino por masas, se presentan al investigador en un país cuya agitada vida se muestra, particularmente, en la misma escasez de documentos y de datos que las continuas tribulaciones de la sociedad han hecho desaparecer o dispersado; cuando se piensa en la diligencia que ha tenido que emplear, en lo pequeño y en lo grande, quien, para redactar la historia de un país convulsivo como éste de seguro habrá tenido que acudir personalmente, y para la mayor parte de los hechos contemporáneos a la fuente viva de la tradición, la ancianidad olvidadiza; cuando en fin, se reflexiona en la tarea de descomposición y recomposición de datos que es necesario realizar antes de considerar exacto el suministrado por la memoria y la voz de más de uno, es preciso rendir homenaje de profunda y verdadera estimación al capaz de arrostrar tales obstáculos y de superarlos para poner en manos de sus conciudadanos la narración verídica de la vida vivida por la patria común.

Por nuestra parte, tan efectiva es la estimación que tributamos a esa benemérita tarea que ni siquiera nos hemos detenido a preguntarnos si es defectuosa la obra del señor García. Acostumbrados a reparar de una ojeada los defectos de obras y de hombres, por lo fácil de la tarea, la desdajamos; y así como en nuestra vida



cotidiana estamos por encima de la pobrísima pasión de los censores callejeros de conductas, así, en presencia de obras de entendimiento, abandonamos a los espulgadores el trabajo de espulgar defectos.



SOLEDAZ

La sencilla narración en buenos versos de que se ha valido el joven poeta Gastón Deligne para decir muchas cosas a la vez, por la mucha sustancia intelectual que contiene, es digna de la atención de todos aquellos que auscultan la sociedad dominicana para decirse a si mismo cual es, en medio de sus males y desgracias, el augurio del porvenir (*).

El joven poeta ha querido contar la historia eterna pero en términos tales, y con tal idea, que resulta nueva la venturosa vejez de amarse donceles y doncellas.

Una, como hay cien mil, que se llama *Soledad*, y que debiera llamarse *Sociedad*, según lo pronto que se acostumbra a ella en cuanto la sacan del campo, tiene todos los instintos de sexo cuando apenas ha llegado a la edad de los primeros ensueños. Como su abuela es una abuela al uso, que ama por sí misma más que por los nietos a quienes ama, la tiene tan consentida que consiente en la mas temeraria temeridad a que puede avenirse una dos veces madre de una dos veces peligrosa adolescente; la deja *ponerse cola*, vestirse de largo, entrar antes de tiempo en la categoría de mujer, ostentar títulos exteriores de nubilidad, autorizarse a ser amada.

Siendo esto lo que busca *Soledad*, pronto lo en-

(*) El que fue notabilísimo poeta, Gastón Deligne y Figueroa, tenía entonces 26 años. (1861-1913). *Soledad*, publicado en folleto en 1887, fue reproducido en G. F. Deligne, *Páginas olvidadas*, S. D., 1944.



cuentra. Y encuentra más de lo que merece la donosa casquivana, porque, a juzgar por su noble modo de morir por las idealidades indecisas del patriotismo, *Amando* merecía más de lo que encuentra en Soledad. Merecía, por lo menos quien lo amara por sí mismo, y no por lo que pudiera prometer, y ella es tal que, (y al fin y al cabo es natural, qué diablos!) como da el corazón por dar la mano, lo que le importa es la mano, y francamente manos vacías es feo darlas, pero es mucho más feo recibirlas.

Así dotada de esa sabiduría social, la coquetuela descubre un porvenir en un individuo que promete: es nada menos que uno de los que llaman hombres de situación en todas o casi todas las sociedades en donde no hay hombres para otra cosa. La gentil diablilla deja a *Amando* y se va a *Odiando*, como supongo que se llamaría (aunque el autor no lo declara) la antitesis viviente del primer amado de la versátil educanda de la abuela.

En esto estalla la revolución. Ese determinante demuestra que el teatro es una de estas felices sociedades en donde a cada paso se interrumpe la tarea de la vida social para atender a reclamos armados de derecho o a rechazos también armados de anarquía.

En esas tierras venturosas, la revolución es una borrasca en un cenegal; qué de ambiciones, qué de codicias, qué de concupiscencias, qué de traidores programas, qué de siniestras promesas, qué maroteo de pasiones infandas, qué agudo, qué profundo, qué intenso dolor el de las pasiones generosas!

Y eso lo pinta el joven poeta en cuadritos diminutos cuya jugosa sobriedad les da más realce, y con una secreta generosidad de sentimiento y una fuerza de concepto que auguran en él un poeta de reflexión.



Por supuesto, que de la revolución sale en el caso del poemita lo que sale en los casos de la vida real: unos cuantos arriba, otros tantos abajo, algunos malogrados, la patria desesperada, y *Soledad* y una amiga suya, que es figura de paramento en el poemita, viuda de corazón, ya que la guerra les llevó a sus futuros

El cuento, sencillo como es, está contado con mucha gracia poética al principio; con mucha profundidad de intención en la parte en que el poeta se pone un antifaz para juzgar, con palabras prestadas a un personaje episódico, el hecho social que sirve de nudo a la trama, y con muchísimo menos arte y sentimiento, al fin, de lo que reclamaba, no por cierto la catástrofe de un corazón fofo como *Soledad*, sino la catástrofe del patriotismo que pudo y debió personificarse y llorarse en Amando.

Por lo mismo que nuestra literatura está en la infancia, y que es, nos dicen, un joven muy joven el autor de este poemita, hay mucho que decir de él; pero no tengo tiempo para decirlo. Basten simples menciones: la carta de la abuela, felicísima imitación del estilo del más conceptuoso de los contemporáneos españoles, Campocamor; el retrato de la chicuela, tanto más notable cuanto más sobrio, las pinceladas críticas del observador de luchas sociales. Pero; qué lástima... No: más vale no poner reparos, y esperar a que ese joven siga produciendo. El papel de la crítica en los pueblos que se forman no debe consistir en retraer; consista en atraer.

Ese joven promete? Pues deje que dé. Cuando haya derecho para pedirle lo que deba dar, y no haya dado, entonces vendrá la crítica ceñuda, y vendrá bien. Por ahora, sonría afablemente al recién-llegado.
(1887).



TEMAS POLITICOS

El señor Alejandro Angulo Guridi, antillano muy versado en el estudio del derecho público, se presenta ante los doctos de Chile con una obra que ha impreso en Santiago y cuyo primer volumen está ya en circulación (*).

Los temas políticos que el autor desarrolló en este primer volumen, son cinco: el origen de la sociedad, la soberanía, la religión, la igualdad y la libertad individual. Algunas veces, como en el tratamiento del segundo tema, hace frente a tesis tan interesantes por sí mismas como el municipio y el carácter de los estados federales; y el acopio de ideas, comprobantes y citas que en todos emplea, los hace particularmente atractivos para la abundante clase de lectores contra quienes desde la portada de su obra se previene el autor al advertir, con palabras de López Pelegrín, que "en materias científicas no hay más jerarquía que el raciocinio y las pruebas"

La obra tiene valor literario y valor científico.

Como obra literaria, es muy amena, está escrita en buena lengua castellana y avivada por ingenio muy de hombre de mundo, de vida y de experiencia.

Como obra científica, es una contribución considerable a los estudios de legislación comparada que cada día va popularizando más la cada día más obvia

(*) Alejandro Angulo Guridi, *Temas políticos*, Santiago de Chile, 1891, 2 vols.



idea de que los estudios experimentales, en los cuales se procede por comparación, analogía y confrontación, son procedimientos, equivalentes al experimento de laboratorio en los estudios cosmológicos.

El propósito de estos estudios comparativos de legislación es exponer las diferencias que, en la expresión de las ideas relativas a cada uno de los temas escogidos por el tratadista, ofrecen entre sí las constituciones políticas de Chile, Argentina, Venezuela, Santo Domingo, México, Estados centro-americanos, Colombia Ecuador, Perú, Bolivia, —que el autor comprende bajo el nombre genérico de "Hispano-América",— el Brasil y Haití.

Como constitución típica, a la cual refiere con frecuencia los aciertos o los desaciertos de las otras, presenta la constitución por excelencia, la de los Estados Unidos.

No contento con los datos que esos códigos le suministran, va alguna vez a pedirlos a la carta otorgada por Solano López al Paraguay, y llega con los republicanos del Brasil hasta la constitución de la federación brasilera.

Si desde el punto de vista de los materiales alcanza hasta el día en que escribe, desde el punto de vista de la expresión de las ideas sube hasta a las nuevas concepciones de doctrina y a una información cabal del estado coetáneo de la ciencia del derecho.

Para ofrecer más aliciente a los lectores de latitudes elevadas, el autor no es teorizante. Aunque los temas políticos no le han servido sino como ejercicio de su propio criterio en la exposición de las ideas que ellos contienen, no es tanto la correlación latente de la doctrina, no tanto el doctrinar lo que le mueve cuanto



la contradicción patente, cuanto la crítica política, lo que ha puesto a discutir.

Es tal vez el fondo obscuro de la obra: el autor no es un apóstol de ideas buenas, sino un enemigo de ideas malas. Parece que ha vivido mucho para ver muchas inconsecuencias entre la teoría y la práctica del gobierno representativo en nuestra América, y habla más como espíritu indignado que como corazón compadecido.

En este concepto entra en las filas, de los críticos impositivos que tanto han procreado en nuestras naciones y ya insensibles sociedades, y se aleja del corto número de pensadores que reivindica la sensibilidad como un coeficiente de civilización y que se apena honda y sinceramente, como de males propios, y aún más que de sus propios males, con los que a cada paso producen en nuestra América las inconsecuencias con la libertad que a todo se refiere; con el derecho, que es el alma de la libertad; con el sentimiento de la dignidad, que es alma mater del derecho.

Pero, como quiera que sea, el autor trata los *Temas* con abundancia de ingenio y de conocimiento, y bien se ve que, a pesar de sus mordiscos, algún buen sentimiento lo ha movido, porque la exposición de esos temas corresponde a un proceso de selección en el cual se manifiestan, como promesas y principales, aquellos problemas de derecho público que efectivamente afectan más al desarrollo de nuestras sociedades y cuya incompleta comprensión y aplicación ha lastimado más al crecimiento jurídico y sociológico de los pueblos latinos del Nuevo Continente.

Con efecto, y a juzgar por esta primera parte de la obra, el autor no diserta a discreción y por mero entretenimiento del ingenio: la soberanía, las relaciones



de la Iglesia y el Estado, la fuerza constructora de la actividad individual, tres de sus temas, temas continuos son de cuantos entendimientos sanos ven en la América latina los efectos políticos de una incompleta iniciación jurídica, y las causas remotas y cercanas de esa incompleta iniciación.

Alguno de esos temas, el religioso, tiene cuanta extensión conviene a su procedencia, cuantas buenas intenciones corresponden a su influencia práctica y cuanto ameno dato entretiene e inadvertidamente educa la curiosidad vagabunda de la pluralidad de los lectores.

En el plan de la obra se deja ver también que, no obstante el risueño excepticismo del autor, se conoce la benéfica utilidad de este género de propaganda jurídica, porque es un plan aplicado con regularidad desde el principio al fin. El autor empieza por un preámbulo la exposición de cada tema; en seguida presenta el derecho constituido acerca de él, en cada una de las constituciones que compara, y hace, por fin, en largas consideraciones generales, la revista de las ideas comunes y científicas acerca del tema.

Tal como es el mencionado libro, es útil. Enseña, a los que quieran aprender, una noción precisa sobre todos y cada uno de los puntos tratados en la obra; enseña cómo han convertido en precepto esa noción las varias constituciones de la América latina; enseña, por último, qué piensan los pensadores, y qué el público de nuestros países, acerca de los problemas que más afectan a nuestro porvenir.

La circunstancia de haberse publicado este libro en los mismos días en que ha aparecido la obra póstuma del señor Huneus sobre derecho público comparado, debe considerarse como una fortuna para el señor Angulo



Guridi, por que el deseo de comparar entre sí esos dos libros gemelos dará más lectores a uno y a otro.

Que ambos los tengan en gran número, es el deseo más natural de quien sabe cuán íntima es la relación entre la lectura de esos libros y la fuerza del sentimiento del derecho.

(1892)



SALOME UREÑA DE HENRIQUEZ (*)

Esta poetisa dominicana, que habría sido la admiración y el orgullo de cualquiera sociedad antigua, (porque las sociedades antiguas aprecian más y saben apreciar mejor que las nuevas a los cultivadores de la poesía y de las letras), nació en Santo Domingo, Capital de la República Dominicana. Tendría a su muerte, ocurrida poco ha, unos 45 años de edad. Esto quiere decir que vivió entre los azares, amarguras patrióticas y desalientos sociales que entristecen a las grandes almas en los períodos de luchas civiles.

Salomé Ureña de Henríquez vivió así: nació entre las guerras civiles que precedieron a la anexión y la guerra nacional que sucedió a la forzada anexión de Santo Domingo a España.

Así nacida entre dos luchas, creció entre otras mil, pues todo el período que media entre el triunfo de la independencia dominicana, en 1865, y el principio de la estabilidad política en 1874, fue un lapso de continua agitación y de incesantes perturbaciones del orden público.

Después de este espacio de tiempo tan luctuoso, tan sangriento, la poetisa dominicana tuvo que vivir entre los halagos del progreso que tanto ambicionaba para su patria y el despecho que debía producirle el convencimiento de que el progreso alcanzado por su

(*) Dictada de viva voz al curso del 3er. año de Humanidades del Liceo Miguel Luis Amunátegui, Chile, junio 1897.



patria era tan desigual como el de casi todos los pueblos latino-americanos: mucho progreso material y mucho retroceso moral; rápido progreso intelectual y lento progreso de libertad.

Por lo mismo que vivió en un tiempo tan triste, Salomé Ureña de Henríquez se formó un alma muy fuerte; y como tenía vocación poética, es mejor decir, como por naturaleza tenía la capacidad de dar formas expresivas a sus sentimientos, se fue haciendo —y educándose por sí misma,— una gran personalidad moral y una grande artista de la palabra escrita.

Parece que desde temprano empezó a cultivar su talento poético, pues ya de años atrás lo revela en su composición a la Patria, uno de los poemas cortos más vibrantes de la lira contemporánea en nuestra América.

Pero cuando esta insigne poetisa desplegó su entusiasmo poético y cantó como una verdadera musa de la patria, con imponente tono y con solemne majestad, fue cuando su pobre patria empezó a convalecer un poco de la debilitante anarquía que la postraba. Esta convalecencia de la buena patria dominicana fue allá por los años de 1874, 1875 y 1876, años breves de esperanza, de buen gobierno, de efectiva libertad y de progresos. Desde entonces Salomé Ureña de Henríquez cantó todo lo que sentía la sociedad de que formaba parte; y lo cantó con tal fibra con tal fuerza, con tal unción, que parece en sus versos la sacerdotisa del verdadero patriotismo.

Es una desgracia de nuestra América Latina que sus pueblos vivan tan ignorados los unos de los otros, que apenas hay en Sud-América (como no sea en Venezuela y Colombia, vecinas a Santo Domingo) quien sepa el nombre de esta nobilísima representante de todos los deseos puros, de todos los entusiasmos patrióticos, que son la esperanza común de cuantos aman el



porvenir de nuestra América. Si no viviéramos en esa deplorada lejanía y aislamiento, el nombre de Salomé Ureña de Henríquez no sólo sería familiar en todos nuestros pueblos, sino que sus poesías se habrían vulgarizado en todo el Continente. Pero, dicha sea la verdad, la poesía de esta poetisa no es de las que gusta al vulgo. Lenguaje severo, tono elevado, sentimientos profundos; y ninguna de estas cualidades son accesibles al vulgo en parte alguna.

Salomé Ureña de Henríquez no se contentó con ser poetisa y patriota de palabra, sino que puso en práctica su entusiasmo poético y su devoción patriótica, consagrándose en cuerpo y alma a la más triste y penosa de las funciones sociales, pero también a la más trascendental: se dedicó al magisterio.

Naturalmente, no había de ser una maestra vulgar, y tomó sobre sus hombros la tarea de ayudar a la reforma de la enseñanza que entonces se estaba efectuando con grandes penalidades del reformador. La reforma de la enseñanza aplicada a la de la mujer, dio útil y fructuosa ocupación a aquella noble alma tan ansiosa de bien para sus semejantes.

Gracias a la sinceridad de su enseñanza y al cariño realmente maternal con que trataba a sus discípulas, formó un discipulado tan adicto a ella y a sus doctrinas, que bien puede asegurarse que nunca, en parte alguna y en tan poco tiempo, se ha logrado reaccionar de una manera tan eficaz contra la mala educación tradicional de la mujer en nuestra América Latina, y formar un grupo de mujeres más inteligentes, mejor instruidas y más dueñas de sí mismas, a la par que mejor conocedoras del destino de la mujer en la sociedad.

Además de poetisa y reformadora de la enseñanza, Salomé Ureña desempeñó otro alto ministerio: fue ma-



dre; y contribuyó este carácter a enaltecerla tanto, por lo altamente que desempeñó su misión de madre, que acaso no habría sido tan querida ni tan venerada por el pueblo, si no hubiera unido el sacerdocio de la maternidad al de la enseñanza y al de la poesía.

En nuestros pueblos, demasiado jóvenes todavía para apreciar a los que se consagran a las letras, a las ciencias y a las artes, es una verdadera maravilla que uno de ellos haya podido, sabido y querido estimar en vida y honrar en muerte a una mujer que se salió del trillo de la vida femenil. Por eso es tan honrosa para la República Dominicana su conducta en muerte y en vida con su inmortal poetisa.

En vida, a excepción de alguna que otra envidia, que aún los más modestos y los más hábiles en rehusarla no suelen esquivar, la poetisa y educadora de Santo Domingo gozó de las consideraciones que el mérito reclama de todos los que no llevan su envidia hasta la perversidad y la perversidad hasta la infamia.

En muerte, Salomé Ureña de Henríquez ha sido honrada del modo más sencillo, más digno y más patético, no por un pueblo que remedaba a otros pueblos, sino por una muchedumbre que lloraba.

La descripción del entierro de la poetisa quisqueyana enternece, estimula y edifica: casi se puede haber soportado la vida, con tal de morir entre corazones tan amigos.

Para honrar la memoria de esta noble mujer, que cuanto más sobreviva será más admirada por su patria, ya ha habido quien proponga tres cosas: la primera, establecer un Instituto Profesional con el nombre de Salomé Ureña de Henríquez, encargado de continuar su obra de reforma en la educación de la mujer; la segunda, la publicación de sus poesías; y la tercera...



pero la tercera es un sueño de enfermos: ¡figúrense ustedes que es nada menos que hacer una patria a imagen y semejanza de los nobles sentimientos y de las altas ideas de la poetisa-patriota!

Las poesías de Salomé Ureña de Henríquez son todas del género lírico y de carácter eminentemente subjetivo; pero como el sujeto es una entidad de primer orden en cuanto dice relación a sentimientos nobles y a ideas generosas, la tarea de la poetisa dominicana abarca todos los tonos: el familiar, cuando hablan en ella los sentimientos de familia; el elevado, cuando hablan los nobles impulsos y deseos de la educadora; y el tono de la indignación y del entusiasmo, cuando hablan ideas, sentimientos y aspiraciones patrióticas.

Indudablemente, lo más grande que hay en la poetisa dominicana es la fibra patriótica. Cuando se conocen en América los cantos patrióticos de Salomé Ureña de Henríquez, no habrá nadie que les niegue la superioridad que tienen entre cualesquiera otros de la misma especie en nuestra América.

Algunas composiciones consagradas por ella a la educación de la mujer, compiten con sus poesías patrióticas en alteza de miras y en nobleza de expresión. Aunque no muchas, estas composiciones son muy notables y dignas de coleccionarse.

Los tributos poéticos de Salomé Ureña de Henríquez a los afectos, a los seres queridos, al hogar, a su digno esposo y a sus hijos (*) forman una serie de composiciones extraordinariamente subjetivas, pues todas juntas sugieren la certidumbre de que la poetisa era

(*) Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, ex Presidente de la República; y Dra. Pedro, Máx y Camila Henríquez Ureña, figuras insignes de las letras americanas.



además una mujer; no hay ninguna de ellas que no sugiera algún sentimiento delicado, alguna recóndita sonrisa de complacencia, algún noble estímulo para la vida, alguna de esas tristezas reconfortantes que sirven de séquito, y a veces de ovación, al mérito moral e intelectual desconocido.



LO QUE NO QUISO EL LIRICO QUISQUEYANO

José Joaquín Pérez será tanto más estimado de sus compatriotas cuanto más se generalice entre ellos la capacidad de juzgar la sensibilidad poética y la facilidad de concepción y de composición del más nacional de sus poetas líricos.

Como lírico, descuella en tres composiciones palpitantes: la *Oda a la Industria*; la *Elegía* a Salomé Ureña de Henríquez; la narracioncilla *El Mambi*. Cualquiera de esas tres composiciones dice de un verdadero poeta subjetivo: especialmente en el canto elegíaco a la poetisa muerta. hablan con tal fuerza del poeta la entonación general y las vibraciones del sentimiento personal, que sólo medio ambiente faltó a la obra para ser considerada obra de arte.

Pero cuando se dice de José J. Pérez que es el más nacional de los líricos americanos se afirma a la vez una realidad, y se consigna una decepción.

Era tan nacional el lírico extinguido en estos días, que apenas se puede dar crédito al desencanto que se experimenta cuando en la obra del poeta no se encuentra lo que más se deseaba y esperaba: la expresión continua del sentimiento predominante en el alma del poeta.

De él se esperaba la obra lírica que mejor hubiera podido servirle para vaciar su corazón de quisqueyano, su conocimiento de la vida de Quisqueya, su entusiasmo por las cosas de su tierra, sus tristezas por los dolores de su tierra. De él se esperaba que, por nacionalismo, pasara de la lírica a la épica.



En realidad no era sólo esperar el cumplimiento de una promesa tácita que, juntas, hicieran facultades afectivas o aptitudes intelectivas del poeta: era también una promesa expresa. Y hecha en dos formas complementarias una de otra. En forma de libro como *Fantasías indígenas*; en forma de subtítulo de ese libro, cuando habla de colección de "Episodios y leyendas del Descubrimiento, Conquista y Colonización".

A eso a que él espontáneamente se llamaba en su obra juvenil es precisamente a lo que estuvo llamándolo la expectativa de los que supieron descubrir en *Fantasías* la levadura de una obra metódica, reflexiva y progresiva.

Las dos aptitudes para tal obra de arte y patriotismo, desde *Fantasías Indígenas* las mostró el poeta. Si las hubiera cultivado en una obra de esfuerzo reflexivo, habrían llegado a completo desarrollo y habríamos tenido no ya sólo un poeta de vocación, sino un artista de eficaz y fecunda reflexión.

Con la sensibilidad que por la patria histórica y demótica, es decir, en cuanto vida y costumbre de la sociedad en que nació y vivió, y con la facilidad de composición métrica que siempre tuvo, José J. Pérez estaba en capacidad de dotar a las letras patrias con la obra que acaso es más capaz de cerrar el ciclo del primer estado y abrir el del segundo estado de la vida nacional.

Esa obra era el *Romancero de Quisqueya*. De los pocos moldes métricos en que ha atinado la poética española para dar forma precisa al sentimiento poético de la familia iberosemítica, que va heredando la lengua conglomerada de los pobladores de la Península habitada por tipos humanos y lingüísticos tan diferentes como los turanios de la falda occidental de los Pirineos, los aria-



nos de las márgenes españolas del Mediterráneo y los semitas arraigados en las costas oceánicas del Oeste, el romance es el más eficaz.

Es tan eficaz para moldear la expresión que esa familia literaria da a sus afectos y a sus conceptos, y a la apasionada y conceptuosa imaginación con que substituye la realidad de la vida, que lo que no le cabe en el romance, no le cabe en ninguna otra forma métrica. Tan exacta es la afirmación, que el único molde en que ha cabido la epopeya de esa familia, es el romance.

A él apelan espontáneamente los poetas oriundos de España cada vez que necesitan dar expresión a sus afectos nacionales, y así en la Península como en la América española, las pocas tentativas épicas que efectivamente corresponden al carácter nacional son las que tienen por molde el romance.

Lejos de ser desdeñado o considerado, como indiscretamente es, una forma métrica de poco arte, se debiera cultivar del modo más cuidadoso, y con la mira premeditada de vaciar en él la epopeya de toda la familia.

Es seguro que si José Joaquín hubiera unido a su capacidad para hacer magníficos romances, la idea de que ellos son el molde único de nuestra familia en la fábrica de lo bello nacional, en la idealización de la vida nacional, en la construcción del ideal poético de la familia étnica, habría llegado infaliblemente al romance de Quisqueya.

Tan llamado era a esa obra, que a veces la comienza del modo más inconsciente, y sin percibir siquiera que está fuera del molde. Así en *Fantasías Indígenas*, que son un romancero malogrado, a cada paso despunta el romancero. Unas veces despunta en forma inadecuada; otras veces toma su forma nacional.



Cuando describe los cacicazgos aborígenes, que hubiera debido ser el segundo romance del Romancero de Quisqueya, tanto falta el molde a la idea poética, que instintivamente se van substituyendo las cuartetas con romances.

Cuando, al contrario, encierra en su molde natural la idea que ha de expresar, se manifiesta el consorcio de forma y fondo que caracteriza la obra poética lograda. Así en *Anacaona*:

Si la retrata:

Esbelta como junco de la orilla
De Ozama rumoroso, y sonrosada
Como esos caracoles que tapizan
El extenso arenal de nuestras playas

Si conserva para la posteridad poética su adiós:

¡Melancólica reina del misterio!
¡Apacible Nonum! oye mi adiós,
Y en mis noches de largo cautiverio,
Mis lágrimas reflejan tu fulgor.

En composiciones, como la dulce *Vaganiona*, que dá ropaje poético a un consejo popular, la parte de la composición que ha entrado en molde es mucho más eficaz en su objetivo estético, y muchísimo más en su propósito nacional, que la parte, aunque bella, en que sale del molde métrico de la epopeya española:

El indio de la montaña
Oye a veces en el viento
Profundísimo lamento
Que cruza la soledad...



Es que canta en la espesura
 La doliente *Vaganiona*,
 Cuando la tumba abandona
 Do la encerrara su amor.

Expresivos como son, esos versos concuerdan mucho menos con la idealización de la poética superstición metrificada por el vate, que estos fluentísimos versos de romance, que sólo por conducto de ellos habrían concluído por llevar al oído y al corazón del pueblo la dulce superstición de *Vaganiona*:

Un día llega en que la virgen
 De las márgenes de Ocoa,
 No recorre las colinas
 De la selva rumorosa,
 Ni con guirnaldas de flores
 La cándida frente adorna,
 Ni da al aura sus cantares,
 Cuando el alba tornasola
 Las nieblas de la mañana
 Mensajeras de la aurora.
 En su cabaña la tarde
 La sorprende silenciosa:
 Palidecen sus mejillas,
 Cubren su frente las sombras,
 Y su sueño es intranquilo,
 Porque cada leve hoja
 Que sacude el soplo errante
 De la noche, la acongoja,
 Fingiéndole una plegaria
 De tristísima memoria.
 ¡Ay! es que un amor perdido
 La inocente *Vaganiona*
 En el fondo de su alma
 Infeliz recuerda y llora.



Algunas veces, como en *El último Cacique*, el contraste de lo bello realizado con lo bello meramente concebido, se manifiesta a vista de miope, como para probar palpablemente el malogro de fuerza poética que acarrea, en las composiciones poéticas de carácter nacional, el desdén o el olvido o el descuido de los poetas de nuestro origen que expresamente no cultivan el romance como la única forma métrica que es adecuada en nuestro idioma para reseñar y perpetuar nuestras ideas épicas.

El último Cacique es una de las *Fantasías* más bellas de José Joaquín. Relato de un hecho lleno de dolor histórico; dibujo de un atleta moral que simboliza todos los anhelos, todas las zozobras, y al fin, toda la desesperación de una raza perseguida; episodio final del siniestro poema de la Conquista, se ha impuesto al poeta, que le ha consagrado tiempo, espacio, esfuerzo y entusiasmo. En general, es una bella pieza; pero, en general, es una obra malograda. Lejos de concurrir a su efecto poético la variedad de nombres y el alarde de riqueza metrofónica no han hecho otra cosa que debilitar la narración del hecho, la pintura del protagonista y la condenación de los consumidores del mal que el poeta ha querido encomendar a la memoria y al corazón de las generaciones justicieras.

Esa debilitación de esfuerzo y mérito se palpa. Basta oponer, exactamente como el poeta lo ha hecho, las robustas quintillas endecasílabas del exordio al facilísimo romance que retrata a *Cotubanama*: las quintillas son buenas; pero no son del molde; el romance, corriente como agua de su propio manantial, obtiene sin esfuerzo lo que las quintillas pretensorias no consiguen.



Dicen las quintillas:

Nebuloso el crepúsculo vertía
 Del ocaso, en su trémulo oscilar
 Tibios reflejos de la luz del día,
 Como postrera y lánguida agonía,
 Sobre las ondas del cerúleo mar;

Cuando rústica, indígena piragua,
 Donde reina perenne confusión,
 Va dividiendo con empuje el agua,
 Dejando atrás las costas de *Iguayagua*,
 Cual rápida, fugaz exhalación.

Tienen algo siniestro las miradas
 De los que en ella amontonados van,
 Y, al horizonte sin cesar clavadas,
 De una isla las costas vislumbradas
 Devoran con creciente y vivo afán.

¿Quiénes sor. los que así, desheredados
 De su tierra natal, su patrio edén,
 Lanzándose a la mar desesperados,
 Se ven a los peligros condenados,
 En pos quizá del inseguro bien?
 Bajo las palmas enhiestas
 Del bosque, al vago rumor

Dice el romance:

De ese concierto sublime
 Con que saludan a Dios
 La agreste naturaleza



Y el humilde corazón;
En indolencia apacible,
Sin cuidado ni temor,
La hamaca de leves plumas
En su rústica mansión
Colgaba el indio inocente
De *Iguayagua* habitador.
Era esa tribu temida
De Quisqueya en la extensión,
Por su indómito coraje,
Si tendía el arco veloz.
Cuando al combate llamaba
Del *lambí* guerrero el son.
La tumba de Cayacoa,
Del opulento señor
Que en lides mil el primero
Fundó su dominación,
Siendo del feroz caribe
El constante triunfador
Cantos de gloria perennes
Recibía en ovación,
Como una eterna memoria
De su inquebrantable ardor.
Cotubanama, el guerrero
Do gran prez, al que "el feroz"
Apellidaba el intruso
E inicuo conquistador,
El trono de los caciques
Ocupaba en la región
Vasta y rica de *Iguayagua*,
Paraíso seductor.
Ultimo sagrado asilo
Que codicia el esp !.



Si a todas las composiciones del volumen en que descansa la fama literaria de José Joaquín Pérez se aplicara la misma comparación crítica, de todas resaltaría la evidencia de que el romance es, para exponer en castellano el movimiento épico de nuestra familia nacional el molde único. Y como *Fantasías indígenas* son manifestaciones de sentimiento de la vida nacional, tal como lo experimentó un poeta de corazón y de talento, nada hubiera sido tan fácil para él como convertirlas en la epopeya popular del quisqueyano, vaciando en romances uniformes la materia épica que su obra contiene.

Cuando el agradecimiento que merece un bienhechor del alma de su pueblo, haya dado a José Joaquín el homenaje que él merece, se coleccionará toda su obra (*). Y entonces por sobre composiciones posteriores muy superiores en sí mismas a las mejores de *Fantasías Indígenas* descollarán las *Fantasías* que fueron la promesa del Romancero de Quisqueya.

(1900)

(*) En 1928 fue cumplido este voto con la publicación del volumen *La Lira de José Joaquín Pérez* (Santo Domingo, 1928, 293 págs.), en el cual fueron incluidas las *Fantasías indígenas*, aparecidas en 1877.



EL LIBRO DE AMERICO LUGO (*)

Hay dos trabajos de largo aliento que consagran el libro recién publicado por el señor Américo Lugo: uno de ellos, -- estudio de Derecho comparado, -- parangona la diferencia del estatuto personal francés y el estatuto personal dominicano; el otro, un breve tratado de la intervención en Derecho internacional.

De esas dos ramas de la jurisprudencia, a cual más interesante para la aplicación eficaz de la sociología a la reforma del Derecho positivo hacen las circunstancias que una u otra cosa sea más inmediatamente interesante según las exigencias de medio, tiempo y ocasión.

Por eso, si era importante en el tiempo en que apareció el estudio acerca del derecho el indagar cuáles eran en aquel momento los caracteres de ese derecho, no menos interesante para el mundo entero es hoy, cuando han acaecido actos de intervención tan nuevos como el llevado a cabo en Creta por las potencias europeas de primer orden, el realizado por los Estados Unidos en favor de Cuba, el intentado por las grandes potencias europeas con ayuda de la mayor potencia americana en China; la celebración del Congreso pan-americano; la tendencia de la razón pública en Occidente hacia el empleo del arbitramento en los negocios de interés internacional y de trascendencia humana. El asunto, en lo que se refiere a la ya de hecho resuelta cuestión de Cuba, está muy bien tratado por el libro; tan bien, que su autor.

(*) Américo Lugo, *A punto largo*, Santo Domingo, 1901.



como nosotros desearíamos, para así darle una prueba de confianza en su juicio, en su talento y su doctrina, podría seguir desarrollando el tema, con sólo seguir cultivando una idea fecundísima que en la antigua Catedra de Derecho Constitucional e Internacional se exponía, pero que aún no tiene en el mundo científico un número suficiente de paladines y propagandistas; esa idea es la que, siendo evolutivo el Derecho, como por necesidad lo es toda y cualquiera actividad de la civilización, ha pasado sucesivamente, por desarrollo, por crecimiento, por adaptación, de estructuras embrionarias a organizaciones definidas; y ha realizado esa evolución no ya sólo en cada una de las aplicaciones a la vida de las personas en el Derecho civil, con todas sus escuelas; a la vida de los grupos sociales, en el Derecho político y en el administrativo; a la vida de inter-nación o vida de relación de las naciones, en el Derecho internacional público y privado, sino que ha evolucionado desde Derecho personal al nacional, y desde ellos al derecho de Gentes. A consecuencia o en seguimiento lógico de su desenvolvimiento, el Derecho actúa en las relaciones internacionales como antes lo había hecho en las relaciones del Estado con la Sociedad, y como primitivamente lo hacía en las relaciones de las personas entre sí. Así, por ejemplo y para patentizar la importancia que ante el estudio sistemático de los problemas de Derecho tiene el tratadito de la intervención que estamos apreciando, en la estructura primera del Derecho aparece la intervención como una de las instituciones complementarias del derecho de las personas en el arbitramento obligatorio que ya tiene andada la mayor porción de su camino en la Nueva Zelandia; como una extensión de la función de árbitros, en la llamada política de compromisos, de la familia anglo-sajona, especialmente la variedad america-



na; como una adaptación del principio de compromiso político y de arbitramento civil, en la Ley de las naciones. Sin tiempo ni espacio más que para desflorar los asuntos de que trata el libro del señor Lugo, basten las indicaciones del carácter serio que tiene uno de los temas que hemos escogido para patentizar la seriedad del libro.

Veamos ahora, en el mismo libro, otros temas que brillan más por el arte del bien decir.

II

Si no hubiéramos suprimido deliberadamente las demografías ejemplares, reproduciríamos íntegra la porción más elocuente del artículo con que empieza su libro el señor Lugo. Mas, como nos iba pareciendo infructuosa la tristeza que tal vez sólo a nosotros mismos nos procurábamos con esas demografías, y dejamos de tomar los tristes datos que suministra la prensa del país, seríamos inconsecuentes con nosotros mismos, si reprodujéramos el retrato del pueblo dominicano que hace uno de sus mejores hijos. Por el afecto filial, que palpita en ese trabajo que es a la vez un acto de devoción a los principios y un acto de devoción a su país, agrega a la elocuencia de las ideas la de los sentimientos elevados.

El señor Lugo es un joven tan juicioso, que ni a sus gustos personales ni a las malas tendencias literarias de su medio social ha dado suelta en sus escritos. Por eso su estilo es sencillo, y no tiene nada de retórica su elocución. Así es cómo, tanto en el precitado como en los demás escritos que citamos, es de notar que el movimiento, la viveza, la elocuencia, resultan de la correspondencia entre la forma clausular de su estilo y la precisión de sus ideas; y no la producen en modo alguno, exceso de palabras y defecto de ideas, periodicidad y



ampulosidad de estilo: de estos defectos en que con razón ven los españoles de la nueva España naciente, (los Posada, los Unamuno, los Dorado), una de las expresiones de la decadencia literaria, moral y social de España, exento, por su juicio y buen gusto, está el autor de la defensa de S. Williams. Y eso que en la concepción paradógica y en la demostración, necesariamente por antítesis, que el abogado utiliza en su alegato, había ocasión para retórica sin suma. Sin embargo, es sobrio: a punto, que bien pediría el tema un nuevo desarrollo, y en dos formas igualmente útiles al Derecho: la una, desde el punto de vista del derecho de penar; la otra desde el punto de vista de la organización de la justicia penal.

Ese escrito, tan interesante como suele ser lo original, no interesará tanto a los lectores antillanos como las oraciones pro Cuba. Las tres que aquí se consideran, —vista ya de paso la que especialmente dedica al derecho de intervención,— son las composiciones más animadas del libro, por ser las más sentidas. Son como brotes de un injerto en que aparecen en concordia los dos generadores: dominicano de los mejores por la cultura, la doctrina y la razón, habla como cubano de los buenos. En la hora de la contienda de Cuba con España, debieron ser de efecto muy eficaz esas elocuentes versiones de doctrina.

Naturalmente, para quien esto escribe, no es un libro de recopilación como el que da, sino una obra de exposición de doctrina social, como la que puede dar el señor Lugo, lo que puede complacerle. Así y todo, recopilación que contiene lo ya dicho, ya valdría aunque no contuviera la biografía de G. Billini, que es una de las más felices casualidades que pueden ocurrir a un escritor. Este, sin tiempo para preparar su relato de una vida in-



interesante e instructiva, escribe las notas en que él cree que podía fundarse ese relato. Y cuando escribe la última nota, ha escrito una biografía completa, clara, precisa, atractiva y convincente. Así deberían ser, para ser buenos, los relatos de vidas memorables.





SEMBLANZAS DOMINICANAS

DUARTE Y SANCHEZ COMO EJEMPLOS DE PATRIOTISMO INFORTUNADO

Como han ido hermanados a la Historia, preséntense hermanados en el ejemplo. Pueden darlo esplendente del cumplimiento sin reserva del deber de vivir por la patria y de morir por ella.

Eran dos hombres diferentes; pero eran dos hombres que se completaban.

El uno, Duarte, el hombre de pensamiento y de organización; el otro, Sánchez, el hombre de impulso y de pasión. Lo que el primero vió antes que nadie, el segundo lo dió por hecho antes que nadie. Lo que Duarte organizó cuando nadie se atrevía ni aún a pensar, Sánchez lo realizó cuando nadie lo hubiera realizado. Lo que al uno faltó para ser completo, el otro lo tuvo y lo cedió. El uno tenía más pensamiento, y lo prodigaba; el otro tenía más resolución, y la dilapidaba. Lo que no podía el uno organizando, el otro lo podía estimulando. Lo que no consiguió el uno desuniendo a los enemigos de la Patria, el otro lo conseguía atrayendo y uniendo a los patriotas.

En sólo una cualidad eran iguales: en el sentimiento de su deber patriótico.

Sin embargo, hubo otra cosa en que también fueron iguales. Era de esperarse: fueron iguales en el infortunio.

Las varias contingencias de aquellas dos vidas azarosas tuvieron casi siempre separados a aquellos dos hombres que el mismo sentimiento tenía unidos; pero a



los dos los separaba siempre idéntico motivo. Antes de Febrero, la persecución de los haitianos; después de Febrero, la persecución de los hermanos.

Antes y después, cuando Duarte no había tenido que fugarse, había tenido Sánchez que esconderse. Cuando Duarte se dirigía a la Costa Firme, Sánchez era dirigido a una costa helada.

Cuando Duarte no encontraba más que obstáculos para volver a la patria redimida, Sánchez no encontraba más que verdugos en donde él había sido redentor. Cuando el uno gemía en el destierro, el otro maldecía en la soledad abandonada.

Y así, para uno y otro, pasaron años y más años, cinco, ocho, doce, diez y siete años! hasta que llegó el momento del mayor de los riesgos que la patria había corrido.

La hora de la vergüenza había sonado: la República dejaba de ser República para volver a ser colonia; los dominicanos dejaban de ser dominicanos para volver a ser españoles; los iguales iban a dejar de ser iguales para volver a ser hidalgos.

Hasta había quien tuviera lágrimas en los ojos, al ver sustituir con la española la bandera del evangelio y de la cruz; pero nadie se había levantado. Al contrario: parece que muchos se habían acostado satisfechos. España tenía mucha plata.

Y sin embargo, muy pocos hechos más contrarios a la voluntad de un pueblo se han llevado a cabo. En el mismo día en que los españoles arriaban la bandera nacional y enarbolaban la bandera mal buscada, allá en el campo se había opuesto varonilmente el pabellón nacional al extranjero. Y en el mismo día, y antes y después, (honra sea de los dominicanos verdaderos), los hombres de buena fe y los patriotas de buen corazón,



protestaron en distintos puntos del territorio mal cedido.

Fuera del país había también quienes maldijeran la anexión, quienes protestaran contra ella, quienes lloraran, no con lágrimas de niños enternecidos, sino con lágrimas de sangre vengadora, la sustitución de la independencia con la esclavitud.

Entre esos protestantes varoniles, dos se irguieron a la vez; los dos que primero debían erguirse: Duarte y Sánchez.

Y cada uno de los dos se irguió según sus cualidades personales: el uno, para venir a organizar; el otro, para venir a combatir.

El hombre de la acción llegó primero; pisó el suelo de la patria, sintió las convulsiones de la alegría que da el suelo amado al desterrado, vió ante sus ojos la nueva independencia, la tuvo por segura porque estaba seguro de sí mismo, reunió unos cuantos de esos anónimos fieles de la patria, les puso las armas en las manos, se puso al frente de ellos, los llevó a El Cercado...

Brillaba el 4 de julio de 1861.

Ese es un día que brilla siempre en todo el continente americano: la naturaleza se ha comprometido con América a que el 4 de julio sea siempre un día de gozo y de ventura.

Y era 4 de julio, y hacía precisamente 85 años que se había firmado en Filadelfia el acta de independencia americana, acta que no fue solo de la independencia de una porción del continente, sin que, en realidad fue el acta de la independencia continental.

Pues bien; era día 4, y era el 85 aniversario de



aquel día de 1776 en que los americanos del Norte hicieron, en nombre de todo el continente, el juramento de que América no había de seguir siendo esclava de Europa.

Y a los 85 años, día por día, hora por hora, minuto por minuto, caía con el cráneo destrozado, el hombre más resuelto que había tenido la independencia de la República Dominicana.

Y no había caído destrozado por balas enemigas: balas amigas, balas de hermanos, balas que debieron fundirse con las suyas, fueron las que dejaron yerto a Francisco del Rosario Sánchez.

Muerto, como vivo, siempre siguió siendo una protesta contra la dominación extranjera.

Desgracia de su patria ha sido que, además de protesta contra la dominación del extranjero, su muerte sea vergüenza y anatema.

Eran el mismo espíritu en dos cuerpos, y tras del uno debía caer el otro. Duarte había ido en la vida antes que Sánchez; justo era que fuera en la muerte tras de Sánchez.

Pero la muerte de Duarte, muerte también causada por la ambición o la ingratitud de sus hermanos, no fué tan venturosa ni tan pronta como la del primer adalid de la primera y segunda independencia: la muerte de Duarte fue una agonía de catorce años.

Cuando el Cibao, a quien estaba encomendada la restauración de la independencia de la patria, hizo los prodigios que hizo y pudo señalar en el horizonte de un porvenir cercano la restauración de la República, Duarte se presentó a ocupar su puesto.



Parece que en aquel momento dió comienzo su agonia. Parece que desde aquel momento volvió a ver de cerca la ingratitud que lo había desterrado hacia ya mas de veinte años. Parece que desde aquel momento vió la incompatibilidad que había entre él y los otros, entre los nuevos y los viejos organizadores de la defensa de la patria. Parece que desde aquel momento se condenó a muerte en el destierro.

Indudable es que Duarte se desterró otra vez, que otra vez fue a vagar hambriento, y solitario, solitario y hambriento, por campos tan impróvidos como estos, y como casi todos, para la abnegación y el patriotismo.

Pero también es indudable que la patria le debió un último servicio abandonando su suelo: el de morir lejos de ella, quitándole de encima el peso del remordimiento.

Mañana, cuando en medio de esos alborozos premeditados con que los pueblos compran la indulgencia de la Historia, entren triunfalmente en esas calles los restos del que jamás pudo pisarlas con tranquilo pie (*); mañana, cuando el sentimiento colectivo del deber haya descendido por su propio peso al nivel de las vanidades que se disipan pronto, digno de la solemnidad de aquel momento será que tomando de la mano a nuestros pequeñuelos, y mostrándoles con severo índice esos restos, digamos sin ira y sin estudio:

Ahí van los despojos de uno que fue grande en su conciencia, y más grande todavía en su desgracia. La patria por quien todo lo sufrió, lo había olvidado. Olvidada, la triste, de si misma, solo para su continuo dolor tenía memoria. Y hoy, más feliz, la ha recobrado para sus grandes hechos y sus grandes hijos. Fabricadores del

(*) Los restos de Duarte, entonces traídos de Caracas.



porvenir, generaciones nuevas! aprended en su ejemplo, que la capacidad de agradecer está en proporción de la capacidad de manifestarse agradecidos. Y si queréis, contrayendo grandes méritos, que, la patria no los olvide y los exalte, ¡fabricad tal patria, que nunca la contriste el dolor de la guerra fratricida o el más hondo dolor de la libertad encadenada. Entonces no tendréis que consagrar con el martirio vuestro mérito. Entonces no tendréis que ser Duarte o Sánchez. Entonces no tendrán que exhumar del suelo del cadalso, o del suelo del desierto, vuestros restos. Entonces no tendrá la patria que mezclar con sus victores sus ayes, al devolver a su seno, al repatriar las cenizas de uno de sus bienhechores. Entonces, en vez de dormir inquietos el sueño amigo del no ser en tierra extraña, dormiréis para siempre en patrio suelo, habitaréis para siempre en tierra propia, la tranquila mansión de los que fueron.

(1884)



GREGORIO RIVA, COMO EJEMPLO DEL DEBER DE FOMENTO (*)

Una de las casas mejor dispuestas que hay en toda la República, está en una de las tres poblaciones realmente bonitas que el corredor de pueblos puede ver en los campos de Quisqueya.

Esa casa, francamente abierta a una hospitalidad completamente libre, tiene la mayor parte de los medios de solaz y aseo que faltan en la mayor parte de nuestras habitaciones coloniales. Desde el balcón de aquella casa se domina el panorama entero de la linda villa: las oscuras montañas del Cibao, hacia el N.; los llanos de la Vega, hacia el S.; los Caos de la Hilería Central, Jarabacoa y su cabellera de pinares, hacia el N. O.; el valle de la Vega, al rededor.

Aquella es Moca, el más bello embrión de ciudad que hay en el llano.

Y de aquella Moca es Gregorio Riva, el mejor esbozo de fomentador desinteresado y de empresario de buena fe que he conocido.

Moca sabe lo que le debe; pero el distrito de Samaná debe saber que se lo debe todo. Día llegará, el día de la terminación del ferrocarril de Samaná a los Caballeros, en que el distrito y la provincia y el Cibao entero reconozcan los esfuerzos realmente meritorios, los sacrificios realmente beneméritos, que ha hecho

(*) *Esto*, y los demás artículos de este tipo insertos, forman parte de las lecciones de Moral Social que Hostos dictaba a sus alumnos de la Escuela Normal, en 1884.



a los provincianos del N. aquel mocano bueno y sencillo, aquel excelente cibaño.

Si en algún individuo puede la moral social indicar sin error y sin reserva el cumplimiento constante del deber que tenemos de concurrir al fomento de nuestra provincia, ese individuo es Riva.

No es hoy, cuando acaso esté él regocijándose interiormente con la esperanza de ver triunfante en la vía férrea uno de sus proyectos mas soñados, no es hoy, ni es en honra de buen éxito, cuando hay que ver brillar y resplandecer en la oscuridad de todas las oposiciones, el sentimiento del deber que anima al fundador de la navegación del Yuna.

Para estimarlo con expansiva estimación, hay que verlo luchando y reluchando a solas por abrir al mundo las puertas de Samaná desconocida; pugnando y propugnando él sólo por desahogar en la bahía-portento los tesoros de que pudo el Yuna haber sido temprano conductor.

Cuando hay que ver al hombre de su deber es cuando se debate él sólo contra las asechanzas que le pone el comercio de mala fe, contra las perfidias de sus propios asociados contra la conjuración de la envidia que es tan omnipotente factor de estancamiento, cuando no lo es de retroceso, en estos pobres pueblos que el coloniaje encadenó y que la independencia no ha sabido todavía desencadenar.

Felizmente, cuando un bueno se propone hacer un bien, insiste en él toda su vida. Y, así vemos que a pesar de las luchas en que ha caído, otras tantas se ha levantado Gregorio Riva, y siempre se ha levantado con los mismos proyectos que había acariciado; y por medio de lanchas y vaporcitos puso los productos del Yuna en el mercado de Samaná, estableció en las orillas del río el



Almacén (*), a la vez depósito y colonia, llevó hasta el Camú el movimiento de vaivén de los productos importados y exportados, concibió la roturación y cultivo, en grande escala, de las tierras comarcadas de la bahía, buscó en el extranjero los auxiliares que casi nunca lo han auxiliado, encontró en el país, y sin buscarlos, la ardiente desafición del envidioso y la todavía más peligrosa afición tibia y cobarde de los que, no decidiéndose a querer ni ~~atreviéndose~~ a odiar, son absolutamente incapaces de servir de estímulo y ayuda a quien, como Riva, cumple con un deber e ilustra con su vida el deber de fomento que a todos nos liga en la sociedad provincial de que formamos parte.



(*) Común de Villa Riva, llamóse San Antonio del Yuna

EL PADRE BILLINI

Santiago de Chile, junio 5 de 1890 (*)

Señor Lucas T. Gibbes y compañeros, Santo Domingo.

Queridos discípulos: He sentido de veras la noticia que Uds. me dan de la muerte del Padre Billini.

Generalmente suelo no sentir la muerte de los hombres por ellos mismos: casi siempre la muerte es un descanso de una carga que no se sabe llevar, y que fatiga, o irrita, o desespera. En el caso del buen varón que tan apasionadamente buscaba y encontraba los medios de hacer bien, satisfaciéndose con deleite en él y en la buena fama que el hacerlo le atraía, siento la muerte por el hombre mismo: la vida estaba llena de objetivos, y el hombre la merecía y todavía no había llegado a la mitad de su tercera etapa.

Además, siento por la tierra dominicana que haya muerto uno de sus mejores hijos; y siento por la República que haya caído uno de los verdaderos cuidadores.

Desde el principio, aún desde aquel principio en que el buen evangelista cometió el error de desconocerme y atacarme con franqueza, lealtad y publicidad que aplaudí y agradecí; desde el principio descubrí en

(*) En nuestro opúsculo *El Padre Billini y Eugenio María de Hostos*, S. D., 1941.



la personalidad del Padre Billini el lado resplandeciente: era aquella parte de su persona moral que tenía el derecho por ideal.

No parece que aquel hombrecito endeble, ensimismado, tenaz, imperioso, consagrado a dominar voluntades para hacerlas servir a propósitos que tenía por buenos, y que eran casi siempre buenos, pudiera dar asidero tan robusto a la santa pasión del derecho.

Sin embargo, aquel curita delicado era un fuerte ciudadano.

Lo vi tal en momentos capitales: en aquel negro momento de la hecatombe del cementerio en aquel instante fugaz de patriotismo, en que él centralizó las fuerzas expansivas de todo lo que aún palpitaba por la patria quisqueyana; y en aquella hora tristísima en que los que por primera vez se levantaban a defender el derecho, caían con él en la sima de donde nunca mas los hombres se levantan, y de donde tarda años y años en levantarse el derecho.

La primera vez en que se me mostró ciudadano, la protesta del Padre Billini parecía tan temeraria, que yo mismo la condené en el primer momento.

Eran los siniestros albores del personalismo a que tantos, por miedo y por codicia y por ambición y por falta de dignidad han ayudado. . . (*).

Después, cuando otra revolución hizo nuevas víctimas y entre ellas cayó como esforzado aquel excelente Félix Tavares, cuya notoriedad como cuñado de Luperón hacia más significativa cuanta demostración se hiciera en honor de su memoria, apareció en *Regina* un túmulo conmemorativo en que, al través de la piedad

(*) Alude a la dictadura de Heureaux.



que lo elevaba, se distinguía al ciudadano que aprovechaba la ocasión para condenar.

Hubo un momento, el mas hermoso que se ha contado entre las horas de Quisqueya, en que coincidieron los votos del ciudadano por el establecimiento definitivo de las instituciones republicanas, y los votos del patriota por la definitiva solución del problema negro. El General Billini en la Presidencia de la República, y el Padre Billini en la dirección de la Sociedad fundada para la Defensa Nacional, simbolizaron entonces las esperanzas nacionales. La actitud del Presbítero fue digna de la fe que él inspiraba.

Es singular que, teniendo como medio general de atracción los siempre coercitivos de la propaganda y la autoridad religiosa. Billini fuera, para quien desde lejos y desapasionadamente lo observara, tan liberal en su conducta y tan hombre de derecho en el fondo de su ardiente corazón.

Verdad es que Billini era un hombre de deber. Como tal hubiera brillado sin oscuridad alguna, a no haberle su obligación de cura impuesto exterioridades que el hombre de deber echa de sí.

Por lo demás, tan de su deber era aquel hombre, que aquello en que parecía más contradictorio de su papel de humilde era precisamente lo que mejor modelaba en su figura los signos y caracteres del hombre de deber. Era, decían, extraordinariamente vivo y violento en sus pasiones; y muchas veces era injusto en sus arrebatos de pasión. Mas, exceptuando las que tenían carácter personal, todas las demás fluían de una concepción falsa o certera, pero de una concepción de su deber. Y cosa extraña!: casi siempre el esfuerzo de su deber correspondía a algún concepto de derecho. Por eso era tan vivo, tan apasionado, tan vibrante, tan resuelto siempre,



y a veces tan temerario. Cierta que, también a veces, procedía con cautela de taimado. Pero ¡quién no aprende, entre lobos, a mirar furtivo!

En suma: lo he sentido. Lo he sentido como vecino, como ciudadano, como patriota y como hombre. Y Uds. han hecho bien al rendir homenaje de admiración y de respeto, al digno de respeto y de admiración.

Como suspiros para el noble ido, tengo aclamaciones para Uds. Ya se puede empezar a esperar algo de una sociedad en que un hombre como Billini tiene quien lo juzgue con justicia.

Pero el juicio no quede en demostraciones exteriores; pase a la obra que dejó pendiente el generoso filántropo: es indispensable que la muerte del obrero no mate la obra meritoria. Si Uds., y cuantos han demostrado adhesión póstuma por el hombre de caridad quieren ser dignos de haberlo estimulado en su mayor virtud, háganse cargo de su obra, sosténganla, háganla resistir al embate de la indiferencia pública, y prueben prácticamente que, por mucho que pudiera la caridad de uno, puede más la beneficencia de muchos. Es buena hora para afirmar una doctrina, y no la desaprovechen.

Así los quiere siempre,

Su *E. M. Hostos*

